

LOS GRANDES

CRIMENES



*La estiraca a nivel*

# LOS ENTERRADOS VIVOS

POR  
**EDUARDO GUTIERREZ**



N. TOMMASI, EDITOR.

Buenos Aires

1896



EDUARDO GUTIERREZ

LOS  
ENTERRADOS VIVOS

---

*(Continuación del asesinato de Alvarez)*



BUENOSAIRES  
N. TOMMASI, EDITOR  
1896.

**ES. PROPIEDAD DEL EDITOR**





# LOS ENTERRADOS VIVOS

---

(CONTINUACIÓN DEL ASESINATO DE ALVAREZ)

---

## **El negrero**

---

Allá por el año de 1865 los pueblos fronterizos de Corrientes, se hallaban aterrados por la presencia de un hombre extraordinario.

Este sér extraño por su aspecto, lo era más aún por el género de vida que había adoptado y la profesion que había elegido para ganarse la vida.

Se contaban de él escenas de lo más fantástico y contradictorio, unas veces asumiendo una actitud noble y generosa y otras en que aparecía como un sér destituido de todo sentimiento humano.

Aquel hombre era un misterio para los habitantes de la campaña correntina por donde va-

gamundeaba, misterio tenebroso que ninguno se atrevía á penetrar.

Alto y vigoroso, aquel hombre demostraba tener unos cincuenta años, apesar de su plateada y espesa barba, y de los largos rizos de su cabello que caían sobre sus hombros, divididos naturalmente.

En su fisonomía imponente siempre, había algo de profundamente melancólico que hacía nacer un sentimiento de piedad en el que lo miraba.

Era algo como un profundo abatimiento, mezclado á cierto hastío de la vida, que saltaba como á relámpagos de su ojo inteligente y habitualmente entornado.

Su aspecto era suave si se quiere, á pesar de su conjunto bravío.

Es que lo que en él imponía hasta el terror, era la mirada de sus ojos de tormenta, con que iluminaba á su interlocutor en ciertos momentos, y al tocar ciertos temas de conversación.

Su traje se componía de una ancha camiseta y un chiripá descolorido que envolvía sus piernas, un sombrero de castor de anchas alas, un poncho pampa que enrollaba en el fuerte brazo.

y un largo puñal ó daga que sujetaba á la cintura una ancha tira de cuero de tigre, que no era ni tirador ni cinturón, aunque desempeñaba ambos oficios.

Nunca venía á los pueblitos, prefiriendo vivir entre los montes, acompañado de una trahilla como de doce perros, que no se le separaban un minuto.

Aquellos eran tremendos mastines, de todas las razas, que estaban siempre pendientes de su mirada y su ademán.

—Son más nobles que el hombre, decía, cuando alguno miraba á sus perros con curiosidad: lo digo yo y basta, pues sé porque lo digo.

En los montes donde vagaba, no se le conocía choza ni nada que se pareciera á habitación.

Dormía donde lo tomaba la noche, rodeado de sus perros, sin preocuparse de que el menor peligro amenazara su vida.

O no se le importaba perderla, ó estaba convencido que no habían de venírsela á disputar allí.

Cuando alguno se había atrevido á preguntarle si no tenía miedo de dormir así cuando

tanto desertor del Paraguay andaba por los montes, respondía en medio de un relámpago:

—Con qué no tengo miedo de vivir, y he de temer la muerte.

Mi peor enemigo sobre la tierra soy yo mismo y ya ven ustedes que todavía no he dirigido mi puñal á mi corazón.

Y miraba en seguida de una manera que significaba no estar dispuesto á oír más preguntas. Cuando necesitaba proveerse de tabaco ó algunos otros artículos de necesidad, solía llegar á las casas de negocio ó pulperías más próximas, donde hacía sus compras, permaneciendo unos dos días como quien quiere darse algun descanso.

Aquellos negocios y pulperías estaban siempre concurridos por gente brava que, andaba ocultándose del servicio ó eran desertores de la guerra del Paraguay.

Muchos de ellos riendo buenamente del temor que le tenían los demás, quisieron hacer alarde de su guapeza interrogándolo sobre su vida y aún peleándolo si se ofrecía el caso.

Pero al llegar á él, al colocarse bajo el foco tremendo de aquellos dos ojos, se habían senti-

do dominados hasta el punto de retirarse sin pronunciar una palabra.

¿Aquel hombre sabía que dominaba y se daba cuenta de este extraño dominio?

Probablemente sí, porque su ademan era siempre tranquilo y calmoso.

Muy rara vez se le vió llevar la mano á la cintura en busca de su puñal.

Pero ay! de aquél que se le hubiera puesto enfrente en aquel momento!

Poco tiempo habría estado de pié.

Sus rasgos de nobleza y escenas de gran valor, se contaban por todas partes, pasando de pulpería en pulpería como fantástica tradición.

Y ninguno tenía de él la menor queja!

Los pulperos que al principio le habían fiado por temor, lo hacían despues convencidos de que su palabra era como dinero.

Muchas veces, despues de seis meses de ausencia, habia llegado á un negocio, á pagar cuatro ó seis patacones que quedara debiendo.

Y este pago era esencialmente voluntario, porque nadie se hubiera atrevido á exigirselo.

Cuando permanecía varios días en alguna casa de negocio, escusaba siempre la cama que se le

brindaba y se retiraba á dormir al monte, regresando por la mañana.

—Tengo muy mal dormir, decía entónces, de un modo pavoroso, y no quiero incomodar á nadie.

Mi sueño, solo mis perros pueden tolerarlo— otros huirían de mí como de una horrible pesadilla!

En todos aquellos pueblitos, aquel hombre era conocido por *El Negrero* á causa de su oficio inhumano é incomprensible en un hombre que, con riesgo de su vida había dado pruebas de ser generoso y noble.

Los puntos donde más frecuentemente se le hallaba, era cerca de las fronteras de Uruguayana, Itaquí, San Borja y otros pueblos brasileros con los que hacía su vergonzoso tráfico.

Aprovechando la marcha de los cuerpos donde iban forzados á la guerra, muchos negros brasileros lograban desertar y asilarse en territorio correntino.

Otros infelices esclavos, huían de los pueblos que dejamos citados, buscando en Corrientes la libertad y la tranquilidad de sus carnes azotadas por el látigo del amo ó del capataz.

Aquellos infelices pensaban que eran cosas de otro mundo, cuentos encantados, aquello de que había pueblos en que el hombre era igual al hombre, cualquiera que fuera su color, aquello de que nadie podía lacerarles la carne á golpe de látigo, porque el hombre negro no era una propiedad miserable del hombre blanco.

Escuchaban con una sonrisa estúpida aquello de que en tierra argentina el padre era dueño de sus hijos sin que nadie viniera á arrancárselos para cambiarlos por una suma de dinero, y en que era el único marido de su mujer, cuya venta iufame, por mano del amo, no venía á golpear su corazón con un golpe de cadena.

Aquellos séres desventurados que no eran dueños ni siquiera de manifestar sus impresiones, ni aún de llorar sus desventuras, se sentían conmovidos de una manera extraña, pensando que dejarían de ser propiedad del amo y pasto del látigo, viniendo á una tierra donde el hombre como el pájaro del cielo, disponía de su libertad y sus afectos.

Estas noticias que llevaron á oídos del esclavo brasilero el contacto del ejército argentino, alentaron á aquellos desventurados que día



á día huían de sus amos, buscando los pueblos correntinos como quien busca el cielo.

Y era tras el rastro de estos desventurados que se lanzaba el tremendo negrero, en el monte, seguido de sus mastines!

Los pobres negros, muchas veces de á cuatro ó de á cinco, luchaban de una manera desesperada, porque pensaban en lo que perdían si eran agarrados y lo que les esperaba en tierra brasilera, si eran devueltos.

Pero el negrero era tremendo.

A una fuerza de Hércules reunía una agilidad de tigre, y negro que caía entre sus brazos de fierro, era vencido y fuertemente amarrado.

Algunos podían escapar ilesos y llegar hasta la inmediata población donde se guarecían.

Pero estos eran pocos porque los perros, hábilmente adiestrados, les hacían un cerco, de donde sin morderlos no les permitían salir.

¿Qué hacía entónces el negrero con aquellos esclavos miserables, vencidos y atados fuertemente?

Los volvía á sus amos, mediante una gratificación más ó menos generosa.

Muchos de estos infelices, aterrados ante la suerte espantosa que les esperaba, suplicaban al negrero los dejara en libertad, ó los matara, que para ellos era preferible que ser devueltos á sus amos.

Algunos se le prendían de las rodillas implorando su compasión de todos modos.

Entónces aquel hombre que habia luchado tanto para apresar á los negros combatiendo con ellos de una manera tremenda, hasta ser herido muchas veces, se conmovía de un modo extraño, desataba al suplicante esclavo y le decía:

—Anda con Dios, que ningún derecho tengo yo á apresarte.

El hombre, cerrándome todas las puertas del trabajo honesto, me ha sitiado por el hambre, obligándome á este tráfico infame: yo no tengo la culpa!

Y se volvía á vagar por los montes seguido de sus perros, y entregado á meditaciones sombrías.

Así como luchaba con los esclavos, luchaba también, ayudado de sus perros, con los tigres

y pumas cuyas pieles vendía por una pequeña suma, ó cambiaba por alimentos.

Cuando el hambre lo apuraba, ó sus necesidades se hacían irresistibles, no había entónces piedad para el pobre esclavo, que era entregado á su amo mediante la gratificación estipulada de antemano.

Hecha la entrega del esclavo, se le veía seguirlo con una mirada llena de ternura, como lamentando la acción que acababa de cometer.

Pero bien pronto guardaba el dinero y alzaba los hombros.

—Yo no tengo la culpa, decía, me han obligado y hay que apurar esta copa hasta que Dios disponga otra cosa!

El hombre es perverso por temperamento — ¿porqué me ha cerrado todas las puertas? no tienen bastante con 27 años de espiación?

Y erraba por los espesos montes, como otra fiera, hasta que la necesidad lo empujaba á las casas de negocio.

La autoridad conocía este tráfico infame, pero no se animaba á capturar al negrero.

Se decían de él cosas extraordinarias, y luego sus perros infundían un sério respeto.

Y sin embargo, el negrero no se habría resistido.

Estaba dispuesto á dejar cumplir la voluntad de Dios, sin la menor resistencia, según lo había manifestado cuando algún pulpero le avisó que lo buscaban.

—Todo me es igual, decía, aunque la muerte me sería mas grata que la misma vida: si no me he muerto antes, es porque no quiero contrariar la voluntad de Dios.

Con haber ocultado mi nombre, estábamos del otro lado!

Pero nadie se había atrevido á preguntar aquel nombre, que vino á saberse por una de las muchas acciones heroicas que cometía.

Una tarde se hallaba el negrero en una pulpería de Curuzú-Cuatiá, donde había llegado hacía dos días.

En aquella pulpería se juntaban noche á noche una ó dos docenas de bandidos y cuatros.

Entre ellos, y como el de más prestigio, se hallaba un napolitano llamado Juan Brunetti, fugado de los astilleros de la Boca, teatro de sus crímenes.

De Juan Brunetti se contaba una historia tremenda.

Enamorado de Julia Denegri, la más preciosa niña de Bella Vista, había tocado serias dificultades porque sus padres, que algo conocían la historia de aquel bandido, se negaron á recibirlo.

Brunetti tenía además un exterior repugante, afeado aún más por una terrible bizquera de sus ojos.

De modo que Julia, lejos de encontrar amor hallaba un invencible espanto en la mirada de su pretendiente.

Brunetti, por medio de una carta, hizo proposiciones de fuga á la hermosa niña, que entregó la carta á sus padres, manifestándoles el terror que aquel hombre le inspiraba.

Sabedor de esto, Brunetti juró vengarse de una manera tremenda.

Se retiró de Bella Vista, todo el tiempo que creyó necesario para ser olvidado y cuando calculó que ni Julia ni su familia lo recordarían siquiera, se presentó una noche en la población.

Era una noche de verano, de esas en que

los correntinos abren sus puertas para dormir bajo el hálito tibio de aquella atmósfera perfumada.

Brunetti saltó las paredes de los fondos y logró meterse en el interior de la casa, llevando un gran paquete bajo el brazo.

Penetró cautelosamente al cuarto donde sabía que dormía Julia, y de donde volvió á salir muy pronto sin el paquete que había llevado.

Acomodó en el suelo una mecha de yesquero, cuya punta encendió con un cigarro, y volvió á saltar la pared del fondo, alejándose tranquilamente hasta una fonda que había á las dos cuadras.

Allí pidió una copa, y esperó sonriente y bullicioso.

No habrían pasado veinte minutos, cuando sintió una explosión horrible.

Todas las personas que había en la fonda se lanzaron prontamente á la calle á inquirir la causa de aquella explosión.

Solo Brunetti no se movió de su asiento, y se puso á reir de una manera diabólica.

—¿De qué se rie usted hombre? le preguntó

el fondero.—Sabe Dios que desgracia ha sucedido.

—Me río, contestó el bandido, porque esa explosión no es otra cosa que los Denegri que han reventado.

Momentos después una noticia terrible circulaba por todo el pueblito.

La casa de Denegri estaba envuelta en una roja nube de llamas y ni éste, ni su esposa ni sus hijas se veían por parte alguna, lo que probaba que estaban adentro.

Se intentó combatir el incendio, se intentó salvar á las víctimas, pero no pudo lograrse nada.

La casa de los Denegri era un montón de escombros y de llamas.

Según los vecinos, era allí donde había tenido lugar la explosión.

Por lo que se supo después, Brunetti había colocado bajo la cama de Julia y desparramado en la habitación cincuenta libras de pólvora, que era el bulto con que entró á la casa, metiendo entre la pólvora la mecha de yesquero que incendió al retirarse.

La explosión de la pólvora hizo volar á la



pobre niña en mil pedazos y desplomar la casa bajo cuyas ruinas y llamas pereció el resto de la familia.

Los que duden de esto pueden preguntarlo al distinguido doctor don Pastor S. Obligado, que como juez del crimen, intervino más tarde en esta causa espantosa.

Brunetti era el tipo que se hallaba en la fonda de Curuzú-Cuatiá capitaneando á otros tan bandidos como él, aquella tarde en que se encontraba también el negrero.

Entre cuatro ó cinco individuos que acompañaban á Brunetti, parece que habían concertado un crimen, cuyo móvil indudable era robar á un joven que debía concurrir aquella noche á la fonda.

Los bandidos estos se habían sentado al rededor de una mesa, donde bebían y hablaban misteriosamente, como si temieran que fuese alguno á escuchar lo que decían.

El negrero miraba silenciosamente á aquellos hombres sin perderles un solo movimiento.

Brunetti salía á la puerta de cuando en cuando y miraba á todos lados con marcada ansiedad.

Era indudable que aquellos hombres espera-

ban la llegada de alguien y de alguien que tenían gran interés en ver aparecer.

Se habían retirado ya la mayor parte de los concurrentes extrañando el fondero que aun el negrero no se hubiera ido, porque tenía por costumbre hacerlo más temprano, cuando llegó á la fonda un nuevo personaje.

Era éste un jóven de unos treinta y cinco años, con todo el exterior de una persona que llega de una estancia, sin duda de su propiedad.

El joven puso sobre una mesa la pequeña balija que tenía en la mano, y después de pedir que dieran un poco de pasto al caballo en que había llegado pidió de comer para él.

A la aparición de aquel joven, el negrero observó un movimiento de agitación entre los bandidos, que indicaba ser aquella la persona que habían estado esperando.

El joven por su parte miró á aquellos hombres con gran indiferencia, como á las demás personas que en la fonda estaban, incluso el negrero.

Poco despues le servían la cena, que em-

pezó á comer con la tranquilidad del que nada teme.

Al sentarse se había sacado de la cintura, un tirador bordado de monedas, donde estaba colocado un pequeño puñal, única arma que tenía consigo, poniéndolo sobre la mesa, sin preocuparse de si quedaba ó no al alcance de su mano.

Brunetti cambió entonces con sus compañeros una mirada de inteligencia que no pasó desapercibida para el negrero que no los perdía de vista.

Se conocía que la presencia de este incomodaba á los bandidos, que lo miraban de cuando en cuando con marcada desconfianza.

El joven entre tanto estaba comiendo distraídamente, sin parar la atención en las personas que se hallaban presentes.

Sin duda perdiendo la esperanza de ver alejarse al negrero, y decidido á todo, Brunetti dirigió la palabra al joven.

—¿Viene de muy lejos, amigo? le preguntó.

—De más de diez leguas de aquí, respondió éste sin extrañar la pregunta.

—Pues parece que viniera de mucho más le-

jos, agregó el bandido con cierta burla, por lo mal criado.

Indudablemente, había por parte de los bandidos la marcada intención de provocar á aquel joven, á una lucha desigual.

Al oírse apostrofar de una manera tan grosera, el viajero se puso lívido, pero rehaciéndose bien pronto replicó con cierta travesura:

—Parece que no es malo el vino de esta fonda, ¿no? veo que por lo menos dá cierta alegría á los consumidores.

—Es que cuando se entra á alguna parte, se saluda á los que están, y por lo ménos, por fórmula se les invita á tomar algo.

—Perdone el caballero, otra vez tendré cuidado de hacerlo: mozo, agregó, sirva al señor lo que guste tomar; y sonrió con infinita picardía.

—Y nosotros seremos perros, saltó otro de los bandidos.

—Pues sirva vd. á todos.

—Ahora puede guardarse su invitación que no hace falta, y otra vez sea más educado, su guarango.

—Vaya, vaya, dijo el jóven: parece que el

vino de esta fonda pone tambien de mal humor á los consumidores; es una lástima.

—Lo que parece, dijo Brunetti dando un puñetazo sobre la mesa, es que usted pretende tratarnos de borrachos; tenga un poco la lengua el guazo, si no quiere llevar una buena lección!

No había ya la menor duda de que aquellos hombres querian armar pelea con el recién llegado.

Este que lo comprendió así, y que sin duda no era persona de intimidarse á dos tirones, siguió comiendo tranquilamente, pero respondió de una manera enérgica.

—Prevengo que he llegado aquí á comer y no á molestarte ni á hacer caso de simplezas, con que á tomar la copa si quieren, ó á dejarla si no quieren. Se concluyó pues la cuestión.

—Un diablo, se concluyó, exclamó Brunetti—nos ha llamado borrachos, nos ha insultado y tiene que darnos una explicación, de lo contrario nos vamos á ver las caras.

—Me parece, contestó el jóven sin alterarse, que hace un gran rato que nos estamos viendo—

he prevenido que no quiero camorras y pido que se me deje comer tranquilo.

—He dicho y repito, dijo Brunetti, poniéndose de pié, que nos ha tratado de borrachos y que tiene que darnos una esplicación, de lo contrario le rompo el alma.

El jóven no pareció intimidado por esta nueva amenaza, y miró al bandido de una manera particular, como si estuviera indeciso entre enojarse ó tomar á chacota las palabras y amenazas de quien él creía un borracho.

La actitud asumida por Brunetti, produjo profunda impresiõn entre los que presenciaban aquella escena, temiendo fuese á degenerar en un lance sangriento y desgraciado para el joven, pues conocían de lo que eran capaces el napolitano y los que le acompañaban.

Todos estaban profundamente emocionados, menos el negrero que sonreía apaciblemente, dejando caer sobre los bandidos la mirada profunda de sus ojos espresivos.

El jóven entretanto, sin participar de la emociõn general, se sirvió un vaso de agua, dejando el botellon al alcance de la mano.

—Lo que yo mando se hace! gritó Brunetti de

una manera feroz: ó nos pide perdon por habernos llamado borrachos, ó le rompo el alma; y avanzó uno ó dos pasos en dirección á la mesa que ocupaba el joven.

Este comprendió que había caído en una aventura difícil, del que no era posible salir airoso sinó imponiendo á aquellos bandidos.

A pesar del peligro que lo amenazaba, no perdió un momento su tranquilidad, miró al bandido de una manera severa, diciéndole enérgicamente.

—Hasta aquí no llegan las chanzas amigo mío; siga bebiendo no más y déjeme tranquilo, que la paciencia tiene sus límites y no hay que apurarla.

Ni yo voy á pedirles perdon, ni usted me vá á romper nada, conque si no está borracho siéntese y déjeme en paz, que será la mejor prueba.

A estas palabras Brunetti sacó de su cintura un agudo puñal y avanzó resueltamente sobre el jóven, que se puso entónces de pié, apoyando la mano derecha sobre el cuello del enorme botellon, mientras que con la izquierda recogía el tirador donde estaba el puñalito.

En esta posición esperó al italiano.



Los compañeros de éste se habían levantado también, sacando cada cual su cuchillo ó su daga, todas de fabuloso largo.

No había que pensar mucho para asegurar al joven un resultado trágico y fatal para él.

Esperó sin embargo dispuesto á defender su vida de todos modos.

Los bandidos, siguiendo á Brunetti, y blandiendo las dagas, avanzaron sobre el jóven.

Este, convencido que no había ya medio de conjurar la tormenta, levantó el botellon y lo lanzó sobre Brunetti con toda la fuerza de su brazo.

El botellón pasó silbando sobre la cabeza de Brunetti y fué á chocar en el pecho de uno de los bandidos que venían detrás, quien lanzó un alarido y un vómito de sangre.

El joven sacó entónces su puñalito, y tomando con la mano izquierda, á guisa de escudo, la silla en que estaba sentado, retrocedió hácia la pared, buscando una defensa para su espalda.

Los bandidos se lanzaron sobre el joven, todos á una, con gran espanto del dueño de la fonda y el mozo, que como los demás que allí había, no se atrevieron á intervenir.

Se defendía el jóven de los primeros golpes

que le dirigían, cuando una voz de trueno lanzó una maldición á espaldas de los bandidos, y Brunetti rodó por el suelo.

Los bandidos dieron vuelta á inquirir el nuevo peligro que los amenazaba, encontrándose con el negrero que blandía de una manera terrible su cuchillo formidable.

Al ver el asalto que llevaban estos sobre el joven, se puso en dos saltos sobre los bandidos dando con el cabo de su cuchillo un golpe en la cabeza de Brunetti, que cayó sin sentido.

—Donde está Pancho Alzaga, gritó, nadie asesina á nadie! atrás ó concluyo con todos! voto á mi nombre maldito!

El negrero acababa de nombrarse, dejando de ser un misterio.

Y su mirada sombría y amenazadora brillaba á la luz del quinqué como la hoja de su cuchillo. Los bandidos se decidieron rápidamente al combate, cargando sobre el nuevo enemigo, pero el primero que se puso al alcance de su mano rodó al lado de Brunetti con el pecho abierto de una puñalada.

Con la misma rapidez que habían aceptado el combate comprendieron los bandidos que no ha-

bía lucha posible con aquel hombre, retrocedieron rápidamente y se pusieron en precipitada fuga.

Pancho Alzaga sonrió de una manera soberbia levantó la mirada como si mostrara al cielo su acción y buscó en seguida al jóven cuya vida acababa de salvar esponiendo la propia.

Y lo halló sonriente, que le tendía la mano diciéndole:

—Me complazco en declarar que le debo la vida, amigo mio: sin su contingente poderoso y bravo, era yo hombre muerto.

Cuente pues con un hermano, más que un hermano un amigo, de cuyo corazón no se borrará jamás el recuerdo de su acción y de su nombre.

¿Me conocía usted acaso? ¿qué móvil le ha llevado á esponer su vida por salvar la mia?

Es la primera vez de mi vida que veo á usted, repuso Alzaga.

He jurado hace muchos años que no permitiría jamás cometer un crimen de esta naturaleza, y al defender á usted no he hecho más que cumplir con mi juramento.

El joven agradeciendo á Alzaga con toda efusión el servicio que acababa de hacerle, se sentó de nuevo á la mesa acompañado de su

salvador y rodeado de los que habían presenciado aquella escena tremenda.

Empezaron á conversar, y pronto se dieron exacta cuenta del móvil que había impulsado á aquellos hombres.

El jóven era un estanciero llamado Félix Martinez, que se dirigía á la capital de Corrientes, llevando en su balija algunos miles de patacones.

Sin duda Brunetti sabía aquello y había buscado á los otros bandidos para asesinarlo y robarlo en seguida, cosa que hubieran logrado sin la intervención de Alzaga.

¿Cómo estaba allí Alzaga?

¿Por qué había elegido aquel género de vida y adoptado aquel oficio miserable de cazador de negros, oficio que estaba en contradicción con la acción que acababa de cometer y con sus propias palabras?

Esto es lo que vamos á ver, siguiéndolo desde que embarcado por Ladislao Martinez fugó de Buenos Aires.

---





## **La muerte civil**

---

Alzaga había salido de Buenos Aires, sin darse cuenta exacta del porvenir tremendo que le esperaba.

Su cabeza era un caos de sentimientos diversos y de encontradas ideas.

El remordimiento mas agudo roía su corazón haciéndolo sufrir de una manera indecible y la idea del suicidio empezaba á brotar en su cerebro.

Pensaba en Catalina, en la estupenda y embriagadora hermosura de su jóven esposa, y al recordar su negativa á seguirlo y el desamor que había leído claramente en su última mirada, acariciaba aquella idea del suicidio, como el eterno descanso de su espíritu atribulado.

¿Qué podía ya brindarle la vida que le fuera agradable?

Nada más que la muerte! la muerte que es el olvido de todo y el único lenitivo á las heridas del alma.

Su propio hijo crecería sin conocerlo siquiera, concluyendo tal vez por maldecir al padre que por toda herencia le había dejado un nombre infamado con la última vergüenza.

Era el suyo un estado tremendo, imposible de aceptarse con resignación, porque él compendiaba las heridas más sangrientas y dolorosas que pueda recibir el corazón de un hombre.

Tenía una esposa que amaba ahora con la vehemencia de lo imposible y esta no solo lo abandonaba á su destino miserable, sinó que al hacerlo le dejaba comprender que su corazón no abrigaba para él, ni siquiera la piedad que inspira al corazón de una mujer la agena desventura, sea quien fuese el que la soporta.

Tenía un hijo de cuyas caricias quedaba privado para siempre y que sería el primero en maldecir su recuerdo.

Sus amigos, sus parientes, sus hermanos mis-



mos no recordarían en él más que un objeto de desprecio, y la patria misma le cerraría sus puertas, negándole el derecho de descansar en el seno de su tierra, el último y eterno sueño!

El crimen había empezado á producir sus frutos de maldición.

Una esperanza, sin embargo, irradió como un relámpago en la tormenta de su espíritu.

¿Podría probarse el crimen de manera á producir una sentencia de muerte?

¿Podrían comprobarse hechos que no habían sido presenciados sinó por las personas que más interés tenían en ocultarlo?

¡Quién sabe! Jaime Marcet era muy vivo y con la misma habilidad que había destruido los rastros destruiría las sospechas, salvándose él y sus cómplices.

Alzaga empezó á alimentar esta única esperanza á la que debería su salvación.

Cierto es que ante la opinión podría quedar como un asesino, puesto que él mismo, borracho ó no, había narrado los hechos.

Pero esto no era lo que más le mortificaba.

Lo que hacía su mayor desesperación era la

idea de una sentencia de muerte que lo inhabilitara para volver á la patria durante el resto de su vida para ver á Catalina y para acariciar á su hijo, de una sentencia que lo dejara sin siquiera los derechos que conquista la muerte: el perdón y el olvido.

La muerte civil era para él cien veces peor que la muerte física.

Alzaga se decidió á esperar en la Colonia el resultado del sumario, para adoptar en seguida el género de vida que había de llevar ó el género de muerte que terminara en él aquella insostenible agonía.

Desde allí estaría al corriente de todo, y en aptitud de obrar como mejor le pareciera.

El sumario siguió los trámites que el lector conoce.

Cuando Alzaga leyó el edicto en que el juez Cueto lo llamaba á responder á la tremenda acusación que sobre él pesaba, creyó morir de vergüenza.

Aunque desde que llegó á la Colonia se había cambiado el nombre, le parecía que todos lo miraban con repulsión y que evitaban su contacto como el de un sér maldito.

Es que el asesinato de Álvarez, narrado por la prensa, había producido tremenda impresión entre la sociedad oriental.

¿Quién no conocía la tragedia de los altos de Lafranca?

Y allí como aquí parecía que todos se hubiesen puesto de acuerdo para señalar con zaña el nombre de los tres jóvenes.

—Todo lo espero del talento y habilidad de Marcet, decía Alzaga y escribía á su amigo y salvador Terrada, para que lo tuviera al corriente del giro que tomara el sumario y de lo que se decía en la sociedad.

Y Terrada cumplía el encargo del desventurado Alzaga, enviándole cuanto decía *El Tiempo*, que tanto se ocupó del crimen, é imponiéndolo de la marcha del sumario y de las principales declaraciones.

Por el momento no había ningún peligro sério.

Lo actuado en el sumario hacía más pertinentes las sospechas, pero no daba causales bastantes para dejar comprobado el crimen.

Aún había mucho que esperar dada la negativa tenaz de los presos y la habilidad con que ambos habían declarado.

No podía perderse aquella esperanza, mucho más conociendo el talento del doctor Agrelo, defensor de Marcet.

Cuando Alzaga recibió la noticia de su sentencia de muerte, declarándolo asesino alevoso, su dolor no tuvo límite.

Tomó sus pistolas y se sentó á escribir para su amigo Terrada, su última carta.

Con el peso formidable de aquella sentencia, la vida era imposible, y Alzaga se había resuelto á cumplirla él mismo, eliminándose del número de los vivos.

Y escribió largamente, haciendo en aquella cartas sus más dolorosas reflexiones.

En seguida escribió para Catalina, á quien había ligado al horror de su desventura, con toda la fuerza de aquel hecho monstruoso.

El pensamiento doloroso de que jamás volvería á ver á aquella mujer espléndida cuyo recuerdo lo exaltaba con toda la fuerza de las pasiones humanas, le detuvo la pluma y su mano tembló.

No tenía miedo de quitarse la vida y tenía horror á arrancarse del corazón, con ella, esta esperanza querida: volverla á ver, volverse á

extasiar en la contemplación de su belleza extraordinaria, y mendigar de su mano artística la última caricia.

Alzaga despedazó las dos cartas y arrojó lejos las dos pistolas.

—¡No me mato! exclamó: acepto el horror de mi vida, que me parece menos terrible cuando vuelve el espíritu á este pensamiento: volverla á ver!

El cielo me condena al castigo formidable de este remordimiento que me roe el alma, empezando por arrebatarme su cariño: sin embargo, no hay llaga que no cure la acción del tiempo—tal vez mi mismo martirio sirva para purificarme, regenerarme ante sus ojos pensativos.

Tal vez el amor del hijo me vuelva el amor de la madre.

No hay nada eterno sobre la tierra, y si la misma felicidad concluye ¿por qué no ha de concluir también la desventura?

¿Quién sabe lo que me guarda el tiempo y mi sincero arrepentimiento!

Alzaga recogió de nuevo la pluma y bajo la impresión de estos pensamientos, escribió á Ter-

rada otra carta en la que virtió toda la amargura de que estaba lleno su corazón.

En ella le pedía á su amigo que viera á su esposa, que sondara íntimamente su corazón y que lo informara de si algún día podía esperar una reconciliación que le devolviese aquel cariño, única cosa capaz de hacerle querida la existeneia á pesar de todo.

Espero tu contestación, decía, para dar á mi vida, el rumbo que debo seguir en este naufragio del que ni siquiera he salvado los derechos de los muertos, ya que la ley me arranca la vida civil.

Véla y escíbeme.

La contestación á esta carta demoró un poco pero vino á alimentar de cierto modo su esperanza.

“Aún no es el momento oportuno para cumplir tu encargo, le decía Terrada, porque los hechos están demasiado frescos aún.

El éco de las descargas que arrancaron la vida á Arriaga y Marcet, resuenan aún en el oido de esta sociedad, que tiene todavía delante de la imáginación las horcas donde se suspendieron los cadáveres.

Esperaré el momento mejor y más propicio para el desempeño de mi comisión.

No hay que afligirse tanto ni pensar de una manera tan desesperada.

Una mujer recuerda siempre con cariño al padre de sus hijos y su corazón está siempre dispuesto á la clemencia y al perdón.

No te exajeres á ti mismo y ten esperanza: tal vez, como tú lo dices, aún puedas ser feliz al lado de tu mujer y bajo un nombre desconocido que puedes hacer estimable por tu conducta futura.”

Alzaga leyó cien veces el final de esta carta, y concluyó por convencerse que aún podía ser feliz sobre la tierra.

La vida que llevaba eran tan económica, que con el dinero que tenía y el que le envió con Martinez su hermano, contaba poder vivir mucho tiempo esperando la feliz respuesta de Terrada.

Pero aquel dinero debía guardarlo para el caso en que Catalina consintiera en seguirlo, y al pensar en esto, Alzaga pensó también en el trabajo.

Era preciso trabajar para vivir.

Oculto detrás del nuevo nombre que había adoptado, buscó un trabajo que estuviera en relación con sus conocimientos y necesidades.

Joven de brillante educación, como todos los miembros de su ilustre familia, esto no le fué muy difícil y bien pronto halló una colocación provechosa en la casa de comercio de un Sr. Gomez.

Su trabajo se reducía á llevar los libros y la correspondencia de Gomez, obteniendo un buen sueldo, casa y comida.

Gomez era un hombre solo, había perdido su esposa, muy joven, y había quedado sin hijos.

Simpatizó con Algaza de una manera extraña, augurándole á su lado un buen porvenir.

La fatalidad parecía empezar á alejarse del asesino.

Si su esposa consentía en venir ¿qué más podía desear?

Por lo pronto, ya tenía asegurada una existencia cómoda aunque no lujosa como la que hasta allí había llevado.

¿Pero quién sabe si al lado de aquel hombre, con el tiempo no podría labrarse una existencia feliz y una posición independiente?

Alzaga comunicó á Terrada su presente risue-



ño y sus esperanzas más risueñas todavía, encareciéndole que viera á Catalina y que bajo esa base le trasmitiera sus deseos.

Terrada deseaba complacer á su desventurado amigo, deseaba contribuir á embellecer aquella existencia desgraciada, pensando en la rehabilitación de Alzaga, pero no se atrevía á hablar á la esposa de éste.

Aquella mujer debía estar dolorosamente resentida, y hablarle de Alzaga no podía tener otro resultado que abrir la llaga que tal vez empezase á cicatrizar.

Catalina no había hecho tampoco gran aparato de duelo.

Para su corazón libre de cariño, tal vez su esposo no merecía ni aún la manifestación del dolor que su situación excepcional debía causarle.

Poca ó ninguna esperanza tenía Terrada en el buen resultado de su misión, pero no quería desengañar á su amigo sin haber dado el paso, y le decía siempre que aún no era tiempo que tuviera paciencia y no desmayara.

Alzaga seguía trabajando con anhelo y alimentando su esperanza.

Habían pasado seis meses, durante los cuales

concluyó de ganar la confianza de Gomez, que hacía de él las mayores ponderaciones.

Cansado de esta espera y creyendo que Terrada se dejaba andar sin motivo alguno, le escribió una carta pidiéndole que viera á su esposa sin pérdida de tiempo, y le contestara prontamente.

Apesar de lo apremiante de la carta, Terrada dejó pasar aún más tiempo, hasta que se resolvió á cumplir su difícil misión.

No tenía ya la menor esperanza de éxito, pero no podía contestar á su amigo sin haber hablado con ella y escuchar su resolución que no podía ser otra cosa que negarse á seguirlo, invocando el temor de verse envuelta en un nuevo crimen.

La sociedad se ocupaba ya algo de la esposa de Alzaga con su habitual malignidad, llegando algunos hasta decir que la Estrella del Norte había recibido propuesta para contraer nuevo matrimonio, puesto que el primero quedaba disuelto en virtud de la sentencia de muerte pronunciada contra su marido.

A pesar de todo esto, don Carlos Terrada, afrontó la situación y se fué á verla.

Le espuso de la manera más dulce el motivo de su visita, mostrándole la primera carta que

le escribió Alzaga, carta conmovedora y á propósito para interesar su corazón de mujer y de esposa.

Apenas había acabado de hablar Terrada, sin querer leer la carta que le ofrecía, la Estrella del Norte se puso de pie más resplandeciente que nunca.

—¿Con qué derecho viene vd. á hablarme de ese hombre? dijo; por qué viene usted á turbar la paz de mi espíritu con el recuerdo de un sér despreciable, condenado á la última pena que ha evadido con la fuga?

Terrada que se esperaba ya una respuesta análoga, quiso calmar la agitación de la señora con mil reflexiones discretas.

—Su esposo no ha sido tan culpable, le decía, y es preciso tener presente que no hay falta que no pueda borrarse con una vida de arrepentimiento, á la que no pueda ponerse una sola tacha.

Bajo otro nombre, Francisco está dedicado al trabajo y á reconstruir su porvenir, que es el de usted y el de su hijo.

—Yo nada tengo que ver con ese hombre, repuso ella altivamente, porque nada tengo que ver con los muertos.

—Sin embargo, no se puede ser tan severo con un hombre que ha tenido la desgracia de un momento de extravío al que fué arrastrado.

—Prohíbo á usted terminantemente que me siga hablando de ese hombre, interrumpió Catalina de una manera terminante.

Terrada guardó silencio un momento como para dejar que volviera la calma á aquel espíritu agitado y con toda la finura de que era capaz añadió.

—Voy á permitirme hablar un poco de usted entonces.

Su posición ahora, con la fuga de su marido y lejos de él, es un poco falsa.

Usted es joven, hermosa, y llena de mil otros atractivos que escuso enumerar.

El mundo es malo y la sociedad más mala aún.

Para estar á cubierto de estos peligros, una mujer de sus condiciones, en ninguna parte está mejor que al lado de su esposo, sea éste como sea, teniendo la ventaja que mientras más desventurado es el hombre, más digna de respeto es la mujer que le tiende su mano amiga y magnánima.

—Yo no tengo esposo, replicó Catalina—yo soy viuda!

—Eso no, porque Alzaga vive.

—Alzaga ha muerto civilmente y yo soy viuda. Hay una sentencia de muerte que pesa sobre él y que se ha cumplido en sus cómplices: esa sentencia lo despoja de la vida civil y por consiguiente de todos sus derechos.

Me considero pues legítimamente viuda y como viuda será que me manejaré.

Terrada estaba vencido.

Catalina estaba no solo dispuesta á desconocer todos los lazos que la ligaban á Alzaga, sino aleccionada, parecía, en las razones que para ello debía de alegar.

Su misión había terminado y todo argumento se hacía ya perfectamente inútil.

—Tendré el dolor de dar á ese desventurado una contestación tan inesperada para él, que en su recuerdo solo cifra todo el embellecimiento de su vida miserable.

No le deja vd. más camino que el de la muerte ó una vida errante y miserable.

—Es la mano de Dios que lo castiga.

Esta es la única respuesta que puede dar á usted la viuda de Alzaga.

Terrada se retiró con el corazón oprimido.

Lo único que podía hacer ahora, en beneficio de su amigo, se reducía á retardar aquella respuesta tremenda y endulzársela todo lo posible.

Alzaga, que no pensaba en otra cosa, escribió á su amigo exigiéndole una respuesta pronta y categórica y éste no tuvo más remedio que dársela, llena de mil cariñosas reflexiones que la hicieran menos sencible.

“Piensa en el porvenir, le decía, que tal vez te reserve días de felicidad no lejana y sigue firme en el camino de la regeneración.

Tal vez el cielo quiere poner á nueva y dura prueba la fortaleza de tu espíritu y lo firme é inmutable de tu arrepentimiento. Acéptalo como una expiación, amigo mío y al fin tendrás tu premio y recompensa.

Catalina, al tener siempre noticias de tu conducta, verá que tu arrepentimiento es sincero y te devolverá el cariño que tanto ambicionas y que yo no creo extinguido en ella.”

Alzaga recibió aquella carta, cuyo contenido le dejó aturrido de una manera dolorosa.

—Quiere decir que no solo no me ama sinó que me detesta, porque no se hace tanto mal á un hombre, sinó abrigando por él un odio inmenso!

No le importa que me vuele los sesos ó que me resuelva á seguir una existencia tremenda! Parece imposible que á tan amarga desventura me condene el sér que más he amado y que más amo en el mundo.

Dios bendito! hoy que la pierdo para siempre y siento todo el rencor que me profesa, me asombro yo mismo del mundo de cariño que, á pesar de todo, guardo aún para ella!

Por ella y para ella me había salvado—sin su cariño, la felicidad y la desventura, el placer y el dolor, la muerte y la vida, todo, todo es lo mismo.

Acepto el martirio eterno á que me condena el cielo, sin economizar el menor detalle—caiga su castigo entero sobre mí y vuélvase un verdadero infierno esta expiación á que gustoso me someto.

Para evitar una mala tentación que lo empujara al suicidio, destruyó sus pistolas.

—Quiero vivir, dijo, y vivir con todo el horror de mi suerte.

No quiero sustraerme á todo el rigor de la justicia del cielo y empiezo por volver á ser Francisco Alzaga.

La posición que me había labrado, concluirá con el falso nombre á cuya sombra la formé.

Seguir usando ese nombre sería sustrarme á la parte más terrible de mi castigo.

Volvamos á usar el nombre maldito que me cerrará todas las puertas, abriéndome solo las del odio y el desprecio.

Y Alzaga que con su nuevo nombre podía haber evitado su principal martirio, renunció á él, entregándose desnudo de toda defensa á la zaña y el odio de todo el mundo.

Una vez adoptada esta resolución, Alzaga se dirigió al escritorio de Gomez á quien dijo tenía que hablar de un asunto muy serio.

Yo no puedo abusar más de su buena fe, le dijo, y del interés inmerecido que usted me dispensa.

—¿Cómo de mi buena fe é inmerecido interés que yo le dispenso? preguntó sorprendido el comerciante.

Usted se ha hecho acreedor con su comportamiento y honradez, á mi mayor respeto: tengo de usted una alta idea, y creo firmemente que nunca la verá desmentida.



—Pues usted se equivoca desgraciadamente, señor Gomez, dijo el desdichado joven.

Por mejor que haya sido mi conducta durante el tiempo que hace soy su dependiente, no soy acreedor á la menor de sus consideraciones.

A Gomez le pareció que aquel joven no estaba en su sano juicio, y empezó á alarmarse.

Alzaga tenía los ojos desmesuradamente abiertos y saltados fuera de sus órbitas: en el fondo de aquella mirada había una especie de reto que Gomez no podía explicarse.

La sonrisa fría y sin otra expresión que la de un dolor íntimo, contrastaba con aquella mirada de rencoroso odio.

¿A qué venía aquella inesperada manifestación tan sin objeto aparente?

Gomez miró intensamente á Alzaga, y concluyó por corroborar su primer pensamiento: el joven debía haber perdido la razón.

—Pues amigo mio, le dijo, como queriendo evitar una explicación, usted me sorprende con su extraña revelación: vaya á recogerse ahora, pues me parece que usted no está bueno—mañana tendremos tiempo de conversar.

—Gracias, señor Gómez—yo no estoy enfermo y deseo concluir esta noche con el objeto que tuve al venir á verlo.

Le declaro que no soy digno de su confianza, y quiero darle las pruebas de ello para que usted no crea que estoy loco.

—Yo no creo que usted está loco pero estoy persuadido que está enfermo.

Vaya descanse que no hay ningún apuro.

—Enfermo sí, estoy enfermo, dijo Alzaga como si hablara con él mismo, pero es una enfermedad que en nada ofusca al cerebro.

Yo tengo aquí en el corazón una enfermedad que está minando sus senos con golpes de muerte.

Esta pena es precisamente la que me obliga á dar el paso que me ha traído á su presencia, pues ella ha hecho desaparecer los motivos que tenía para guardar una incógnita rigurosa.

Yo amaba la vida, señor Gomez, y deseaba formar un porvenir feliz y desahogado.

Para conseguir este fin me presenté á usted con un nombre que no era el mío y con el propósito firme de trabajar con lealtad.

Mi conducta ha sido hasta hoy la de un hom-

bre leal y honrado, porque esa es mi índole y porque esos son los principios que recibí desde la cuna.

Y si veinte años hubiera permanecido á su lado, los veinte años me hubiera conducido de la misma manera.

—¿Cuál es el motivo entonces para que usted no se crea acreedor á las pocas consideraciones que yo le dispenso?

—El motivo no está en lo que soy ahora, sino en un pasado que ha llegado hasta hacerme ocultar mi propio nombre.

Gomez estaba sorprendido ante aquellas palabras, y Alzaga al acercarse el momento de revelar su secreto, se había puesto lívido como un cadáver.

—¿ Y por qué ha cambiado usted de nombre, si sus intenciones eran tan honestas como la conducta que ha observado hasta ahora?

—Por mi nombre que me hubiera cerrado las puertas de su casa, como las de todo hombre honrado, como me las cerrará desde hoy.

Ahora han desaparecido los motivos que tenía para desear formarme un porvenir, y todo me es ya indiferente, lo bueno como lo malo,

lo terrible como lo sublime: todo es igual para mí.

—¿Y cuál es el motivo, cuál es la causa de que mis puertas se hubieran cerrado á usted al sonido de su nombre, que tal vez no conozco?

—Que usted conoce mucho, y que encierra toda la historia que vengo hoy á revelar.

Señor Gomez, continuó con un acento indefinible de dolor y de vergüenza; yo no me llamo Felipe Carreras, porque mi verdadero nombre es el de un condenado á muerte—yo me llamo Francisco Alzaga!

Ni una granada haciendo explosión á los piés del viejo comerciante, ni un rayo caido á tres varas de su cuerpo hubiera causado más espanto en él.

—Francisco Alzaga! exclamó abriendo los ojos desmesuradamente y poniéndose de pie como para huir la presencia de aquel hombre.

—Francisco Alzaga, el asesino de Alvarez, condenado á muerte en rebeldía! ¿Es posible Dios mio, ó usted quiere divertirse conmigo y darme un susto?

—Soy el mismo que usted dice — yo sí que no me he equivocado en mis pronósticos—us-

ted, desde este momento no querrá tenerme ni siquiera en la misma manzana de su casa.

Y Alzaga lo miraba con los ojos arrasados en lágrimas.

—He aquí la expiación de mi crimen, añadió, mucho más tremenda de lo que yo me había imaginado.

—Efectivamente, dijo á su vez Gomez después de una corta pausa—usted no puede permanecer en mi casa, porque tal vez la justicia lo buscará, y al hallarlo aquí podrían hacérseme muy serios cargos.

Voy á arreglar á usted su cuenta, rogándole no se ofenda por la determinación que tomo.

—¿Y cómo he de ofenderme si yo mismo la he provocado, si yo mismo he anunciado á usted sus consecuencias?

Aquí no cabe ofensa posible, señor Gomez; en cuanto á mi cuenta, poco me importa de ello; puede usted guardar su importe ó hacer con él lo que mejor le parezca.

El señor Gomez se resistió á quedarse con aquel dinero, pero no hubo forma de hacérselo aceptar.

¿Qué le suponía un poco de dinero al que ha-

bía visto caer, hecha girones, su última esperanza?

Todo había concluido para él, y como lo había dicho, ya que tenía el propósito de vivir para expiar su crimen con el más acerbo remordimiento, todo le era lo mismo.

—Adios, señor Gomez, concluyó—mañana ó pasado dejaré para siempre la Colonia, usted tiene un buen corazón y yo le deseo todas las felicidades de que me encuentre privado; y le tendió la mano en señal de eterna despedida.

Por más lástima que sintiera Gomez por aquel desventurado, no se atrevió á estrecharle la mano—bajó la vista y en seguida dió vuelta el rostro.

Una lágrima de fuego abrasó el semblante del joven y sollozó estas palabras:

--No importa, á pesar de esta crueldad, yo le deseo á usted toda clase de felicidades: adios señor Gomez.

Y salió de allí como un desesperado, sofocado por el peso de la vergüenza y del dolor.

Oh! la viüa que le esperaba debía ser tremenda.

De la casa de Gomez, Alzaga se dirigió á la

mejor fonda del pueblo, donde pidió un cuarto.

En el tiempo que había permanecido en la Colonia, casi todos lo conocían, por el comercio importante y lo frecuentada que era la casa del señor Gomez.

En cuanto entró al cuarto, pidió útiles de escribir, y dirigió una última carta á su amigo Terrada, anunciándole su resolución y avisándole los pasos que ya había dado.

«Cuéntalo á Catalina, le decía al terminar, agregando que yo la perdono y la amo siempre.

Al día siguiente todos conocían la revelación hecha por Alzaga á Gomez, acercándose muchos incrédulos á preguntar al primero de una manera indirecta, si aquello era cierto ó una simple broma de Gomez.

—Cierto es, respondía Alzaga—yo me llamo Francisco Alzaga y quiero seguir llamándome así por todo el resto de mi vida.

Ese mismo día pudo apreciar Alzaga todo el efecto del paso que había dado.

Los que hasta el día anterior lo habían tratado con el mayor cariño, daban vuelta la calle para no acercársele, dejando sin respuesta el saludo que les había dirigido.

Al pasar él las personas murmuraban en voz baja como mostrándose mutuamente.

Al entrar á la fonda aquella tarde, el fondero lo llamó aparte y le dijo que era necesario que cambiara de alojamiento, porque todos sus huéspedes y parroquianos le habían prevenido que si él seguía viviendo allí, todos se retirarían.

Alzaga miró al fondero con su expresión de infinita amargura.

—Si esto me hubiera pasado quince días atrás, hubiera hecho pasar un malrato á todos sus parroquianos y huéspedes, enseñándoles como sé yo obligar á que, por lo menos, me respeten en lo que valgo.

Hoy es distinto, me he resignado á sufrir y cumpliré el deseo de esos señores parroquianos que temen mancharse habitando la misma casa que yo.

Tal vez los más exigentes sean los que menos razón tengan para eurostrarme mi vergüenza, pero no importa, yo me retiraré.

Alzaga salió de la fonda y fué á buscar alojamiento en otra parte, hallándolo en un fondín miserable, cuyo dueño no tuvo inconveniente en



recibirlo, tal vez por que no conocía su historia, ó no recordaba su nombre.

Al día siguiente Alzaga salía de la Colonia, dirigiéndose al Rosario de Santa Fe, desde donde pasó á Corrientes, punto que eligió como residencia, por la proximidad de los montes del Chaco, en donde se guarecería en último caso.

En Corrientes su crimen sería menos conocido que en los pueblos de la Banda Oriental.

---



## **El placer de la infamia**

---

Alzaga llegó á la capital de Corrientes donde era totalmente desconocido.

Había pasado ya algún tiempo del drama de los altos de Lafranca, y solamente en la sociedad de Buenos Aires se conservaba fresco el recuerdo, porque aquí vivían las familias de los asesinos.

De otro modo los acontecimientos políticos que se sucedieron hasta la muerte del mismo Dorrego, habían hecho olvidar aquel sangriento suceso.

La provincia de Corrientes, demasiado preocupada de los combates librados entre federales y unitarios lavallistas, poco tiempo tenía para ocuparse de asesinatos sucedidos en otros puntos.

Francisco Alzaga, sin ocultar su nombre,

según su propósito, pasó dos meses metido en un fondín, reflexionando sobre la manera más humilde y productiva de ocupar su tiempo.

El ejército del general Paz le brindaba entre sus filas un puesto de honor y un medio de librarse de la existencia sin atender á ella.

Más probabilidad hay de morir en un campo de batalla, que en medio de la vida tranquila de la ciudad.

Francisco Alzaga se presentó en las filas de aquellos valientes como uno de tantos voluntarios, pidiendo se le diera de alta en cualquier clase ó entre la tropa misma.

Aquí esperaba á este sér desventurado un nuevo golpe tan rudo ó más aun de los que había experimentado.

El jefe de Estado Mayor, con quien habló le hizo esperar, mientras consultaba con el general Paz, si podía accederse á su pedido.

La respuesta del ilustre jefe fué tremenda é inesperada para el solicitante.

—Contesten á ese hombre, dijo, que puede retirarse, porque en las filas de mi ejército no se reclutan asesinos.

El jefe de Estado Mayor no quiso dar la res-

puesta con tanta dureza, y la modificó en sus términos.

—Está bien, dijo Alzaga al conocerla, yo me retiraré, pero creí que ni aun á los perros se les negaba el derecho de morir por la buena causa.

Y regresó, vencido por el dolor, al fondín donde se alejaba.

Era un hombre que no tenía ni siquiera el derecho de morir por la patria.

Otra vez pensó en el suicidio, pero otra vez se contuvo.

—He de apurar hasta el fin, dijo, el martirio á que Dios me ha condenado.

Cúmplase pues su voluntad.

Alzaga, sin tener de qué ocuparse, empezó á vivir de su dinero, entregado á sus horribles pensamientos.

Durante el día, no hacía sino pensar en Alvarez, en sus tiempos felices, en Catalina y en su hijo.

Por todas partes veía la silueta de estos seres, amenazadora y cadavérica la una, llenas de odio y desprecio para él las otras.

Alzaga pensaba en su hijo, y su fantasía,

exaltada por el estado de su espíritu, lo hacía contemplarlo un hombre que maldecía su memoria y el borrón que llevaba en su apellido.

Y salía á la calle y vagaba y vagaba tratando de borrar de su mente aquellas imágenes.

Pero todo era inútil, puesto que las llevaba incrustadas en el espíritu.

El sueño de la noche, en el que creía hallar algún descanso, era un nuevo martirio, más terrible que aquel, porque soñaba cosas terribles que lo hacían lanzar ayes desgarradores.

El soñaba que Alvarez, llevando bajo el brazo su propia cabeza, venía á tomarle cuenta de su crimen infame.

Y soñaba que aquel espectro sangriento le señalaba su mujer y su hijo, maldiciéndolo en ellos de la manera más tremenda.

Y soñaba por fin que la hermosa Catalina, llevando á su hijo en sus brazos y por efecto de aquella maldición tremenda caía entre un grupo de asesinos que la degollaban arrojándole la cabeza á la cara.

Y Alzaga, dormido, se debatía como un desesperado, lanzando alaridos de terror y voces de

socorro, que ponían en alarma á los demás huéspedes de la fonda.

Las primeras noches algunos de éstos, presididos por el dueño de casa, entraron al cuarto de Alzaga, donde tenía lugar una escena tremenda.

Este, en medio del cuarto, con los ojos abiertos hasta saltar fuera de las órbitas y la boca entreabierta por esa expresión estúpida que imprime el terror en la fisonomía del hombre, se debatía de una manera desesperada contra enemigos imaginarios, á quienes apostrofaba de la manera más acerba.

—Asesinos! gritaba, asesinos cobardes que venís tres contra un hombre solo—atrás, atrás!

No me degüellen, yo soy inocente de delito alguno, yo les pagaré mi libertad con cuanto poseo.

De pronto se paraba como fatigado, y reposaba un momento.

—Verdugos! exclamaba, forcejeando de nuevo, con otros entes imaginarios: no me cuelguen en aquella horca! que no quiero morir!

Catalina! Catalina! por el amor de nuestro

hijo! huyamos! huyamos donde no pueda alcanzarme la justicia de los hombres!

Vamos pronto, vamos pronto, que este espectro maldecido se ha amarrado á mi planta con el peso de un grillete!

Perdón, Alvarez! perdón! yo estaba borracho, y aquel maldito que había armado mi mano me empujaba, con una fuerza incontrastable.

Aquel espectáculo conmovió de una manera profunda á los que lo contemplaron, que no sabían hallar la explicación de aquel fenómeno.

Aquel hombre bañado de sudor, haciendo esfuerzos supremos, postrado por la fatiga y con aquella expresión de terror incalculable, era algo que imponía sin fuerza suficiente para contrarrestarlo.

El dueño del hotel, más dueño de sí que sus huéspedes, tomó á Alzaga de un brazo y lo sacudió violentamente.

—Amigo, amigo, gritó creyendo que se las había con un loco—no tenga miedo que aquí estamos nosotros, mire que aquí no hay ningún enemigo suyo!

Alzaga, sacudido de aquella manera violenta,



se estremeció poderosamente y despertó, quedando aturdido al verse rodeado de tanta gente.

—¿Qué es esto? dijo, sin conservar memoria de su pesadilla tremenda — ¿á qué han venido ustedes aquí? ¿por qué me tienen agarrado?

Cuando le refirieron lo que había sucedido, su confusión fué grande.

Por las pocas palabras que le repitieron comprendió que podían haber penetrado su secreto, y la vergüenza de su mancha le hizo bajar la cabeza.

—Estas son pesadillas muy frecuentes en mí, dijo, y me acometen desde una gran enfermedad que tuve á la cabeza.

Disculpen el mal rato que debo haberles dado, que yo prometo tratar de que no se repitan.

Convencidas de la verdad de aquellas palabras, las personas se retiraron compadeciendo á aquel hombre tan joven y simpático, víctima de una enfermedad que tanto debía hacerlo sufrir.

Y aquello era realmente una enfermedad que Alzaga empezaba á contraer y que iba á ser

uno de los peores tormentos que en adelante tendría que apurar.

Dos ó tres noches lo pasó más tranquilo, pero la cuarta fué víctima de un ataque aun más violento que el anterior.

Atraídos por los gritos y las palabras descompuestas, tanto el dueño del hotel como sus huéspedes volvieron á su pieza, sacándolo de la pesadilla por medio de violentas sacudones.

Los ataques empezaron entonces á repetirse dos ó tres veces por semana, hasta que Alzaga llegó á ser un inconveniente para el hotel.

Los huéspedes empezaron á quejarse de que no podían dormir, y algunos de ellos se despidieron, yendo á buscar posada en otra parte.

Alzaga comprendió que estorbaba, y antes que el dueño del hotel lo despidiera, resolvió mudarse y salir de la capital, con la esperanza de encontrar algún trabajo que pudiera distraer su espíritu y hacer más llevadera su existencia.

—Amigo, le dijo un día, yo me voy—desearía permanecer en su casa, pero veo que á pesar mío incomodo — nadie puede dormir en

mi vecindad, y día llegará en que todos sus huéspedes cambien de fonda por causa mía.

—¿Y por qué no se cura usted de una enfermedad que tanto debe mortificarlo?

—Porque mi enfermedad no tiene cura, yo he consultado algunos médicos y todos me han dicho lo mismo.

Estoy condenado así á este martirio eterno.

Alzaga había sentido impulsos de confesar su delito, causante de aquella situación, pero se detuvo á tiempo.

No debía él mortificarse, dejando solamente libre curso á su fatal destino.

Salió de la capital de Corrientes, siempre con el ánimo de buscar un trabajo que engañara las preocupaciones de su espíritu y se fué á Curuzú Cuatiá.

Como debía huir á la vida de hotel, por las mismas causas que acabamos de apuntar, buscó una casita que amuebló pobremente y allí se encerró huyendo al contacto de la sociedad.

Buscando los medios de dedicarse á un trabajo honesto y provechoso en que, por un exceso de practicar el bien á la humanidad borrara el mal que había causado, se le ocurrió

establecer un colegio y educar gratis á los niños pobres, cobrando á aquellos que pertenecieran á familias acomodadas.

En cuanto concibió esta idea, la puso en práctica con verdadera pasión.

Todo el dinero que le quedaba, que no alcanzaba á sumar treinta onzas, lo empleó en muebles y útiles para la fundación de la escuela.

Y con tal desvelo tomó el empeño, que un mes después, se abrió al público la escuela de Alzaga, bajo los mejores auspicios, para aquella época, en que una escuela en aquellos pueblitos, era un verdadero acontecimiento.

Los discípulos empezaron á acudir, pobres y ricos, al extremo que, pocos meses después tenía que ensanchar el establecimiento.

Relativamente á su situación desesperante, Alzaga empezó á encontrarse verdaderamente feliz.

Tenía empleado su tiempo desde por la mañana hasta la noche, entre el bullicio de los jóvenes, á quienes trataba con la mayor dulzura y cariño.

Solo la noche seguía siendo para él tremenda.

Siempre el ensangrentado espectro de Alvarez viniendo á turbar su sueño! Siempre la luminosa imagen de Catalina, mostrándole para desespe-

rarlo más, el ídolo flamante de sus amores! Siempre la silueta de su hijo maldiciéndolo y despreciándolo!

Alzaga se levantaba, encendía luz, y se ponía á leer y á pasearse por el aposento.

Y así lo sorprendía el día y el primer discípulo que llegaba á la escuela, disipando aquellos sueños terribles y aquellas cavilaciones más terribles aún.

Esta vida duró para aquel infeliz algunos años.

Hacía todo el bien que le era posible y rogaba á Dios, con todo el ardor de su alma, lo arrancara de aquella vida espantosa.

Durante aquellos años, Alzaga había encanecido de una manera notable.

Su barba estaba gris y su cabello completamente blanco, le daban el aspecto de un hombre de cincuenta años.

Todos los conocimientos que había adquirido en su juventud, y las lecturas que hacía continuamente lo ponían en condiciones de ser un excelente profesor de educación primaria, así es que las familias de los discípulos estaban contentísimas del adelanto de éstos, rodeándolo de consideraciones.

Era recibido en las casas más respetables, donde él empezó á concurrir, para robar esas horas de la noche á sus terribles pesadillas.

Todos lo respetaban al extremo de que llegó á creer que, en vista de su sincero arrepentimiento, Dios lo había perdonado.

Creyéndolo soltero, puesto que los antecedentes de su vida eran desconocidos, las niñas recibían sus visitas con bastante agrado, descan-  
do serle interesantes.

Las mismas canas de su cabello y su barba, haciendo un fuerte contraste con la juventud vigorosa de sus facciones, doblaban el fuerte interés que despertaba su persona.

Alzaga comprendía que agradaba, pero procedía siempre con la mayor circunspección.

Y si alguna vez la fresca imagen de aquellas espléndidas jóvenes conmovió su espíritu, la impresión fué instantánea y pasajera.

La belleza suprema de Catalina, de que estaba lleno su corazón, cruzándose ante la conquista, apoyaba en él cualquier destello de pasión y de cariño.

—Oh! ingrata! murmuraba entonces—nunca podrás calcular la intensidad de este cariño su-

perior á toda otra manifestación de mi pobre espíritu!

Y se retiraba á la soledad de su aposento, donde permanecía largas horas absorto y extasiado ante el recuerdo de la Estrella del Norte, hasta que el espectro de Alvarez venía á arrancarlo de su arrobamiento.

Cuando Alzaga empezaba á olvidar un poco su pasado, en medio de aquella existencia feliz, un nuevo golpe, más terrible que los anteriores, vino á hacerle comprender que el martirio de su expiación, en vez de haber terminado ya, empezaba recién á hacerse sentir de la manera más amarga.

Sin poder explicarse la causa de una manera satisfactoria, empezó á notar que las familias retiraban los niños de la escuela, al extremo de que en una semana, sus discípulos se redujeron á una mitad.

Al principio miró esto como cosas casuales, pero viendo que la retirada de los discípulos aumentaba, notó que las familias le retiraban su confianza y por consiguiente su estimación.

Las familias que antes lo recibían con tanto agrado y muestras de simpatías, le cerraban la

puerta de la manera más descortés, pues cuando no era una criada que le decía «la señora no puede recibirlo», era el mismo dueño de casa que le notificaba no volver más á la casa que desde aquel momento le quedaba cerrada.

Alzaga sintió el golpe con toda su violencia, y bajó la cabeza comprendiendo la causa: se había sabido quién era, y sorprendido el secreto de su vida.

¿Pero quién era el autor de la delación?

¿Quién era aquel espíritu perverso y pequeño, que iba á darle un golpe de muerte en su solitario retiro?

Aquello no era noble ni siquiera humano.

Ir á vengarse de aquella manera de un hombre que vivía purgando un delito, en medio de los mayores sufrimientos, no era perdonable.

¿Qué mal hacía á nadie? ¿no se había conformado con la muerte civil á que fué condenado?

¿No había aceptado la vida desesperante que llevaba como una pena que él mismo se imponía para borrar su mancha y satisfacer con su martirio á la sociedad que había ofendido?

Pensando en quién podía ser el autor de aque



lla venganza cobarde, Alzaga recordó la presencia de un español que había estado allí unos quince días sin más objeto aparente que pasear, y que hacía ya un par de semanas había salido de allí.

—Este es el autor de la infamia, se dijo— algún enviado de Angel Alvarez que viene á ejercer su venganza, turbando mi misma expiación; que Dios le perdone su falta de sentimientos, es natural que sea implacable con los asesinos de su hermano!

De la escuela habían emigrado, como de un presidio, hasta los mismos á quienes daba educación gratuita, con un cariño paternal.

Alzaga resolvió salir de aquel pueblo, donde hasta el saludo se le negaba.

Y como no encontró quien quisiera negociar con él la compra de su escuela ni aún de sus útiles, lo abandonó todo, alejándose de allí con el poco dinero que en tantos años había economizado y que no alcanzaría á mil patacones.

Antes de ausentarse de allí para siempre, fué á visitar á la única persona que había tenido la piedad de no cerrarle la puerta de su casa.

—Siento su desgracia tanto como usted, le

dijo, pero aquel hombre ha referido cosas tan tremendas, que usted no debe extrañar lo que le ha pasado.

¿Porqué no se justifica usted, si puede? ¿porqué no destruye una calumnia que lo coloca en condiciones tan desesperantes y despreciables?

Yo quiero creer que usted no es lo que aquel hombre ha dicho, pero esto no basta, es preciso que usted haga oír su palabra y tal vez entonces le devolverían la confianza que le han retirado.

—Ninguno me ha manifestado la causa, replicó Alzaga tristemente: se me han cerrado todas las puertas, me han retirado todos los niños de la escuela sin que uno solo me haya manifestado la causa de tal proceder.

Yo tampoco he tratado de averiguarla—he bajado la cabeza y me he conformado con todo.

—Es que aquel hombre decía cosas espantosas, que no sé como no han llegado á sus oídos.

—¿Y qué decía de mí, para autorizar esta conducta muda?

—Decía que usted, con otros dos, habían asesinado á un amigo por robarlo, y que usted era un condenado á muerte en rebeldía.

—Ese hombre miente! gritó Alzaga con toda la fuerza de su indignación—yo no soy un asesino!

—Entonces ¿por qué no se justifica usted?

—Porque no puedo: yo he estado complicado en un crimen, que ha traído sobre mi cabeza una sentencia de muerte!

¿Qué quiere usted que diga?

Acepto lo tremendo de mi suerte y me conformo á ella—contra lo único que protesto es contra el calificativo de asesino, porque no lo soy —sin embargo todas las apariencias me han condenado, hasta el extremo de pronunciarse contra mí, sin que yo me haya defendido, una sentencia de muerte.

Y las lágrimas brotaron abundantes de aquellos ojos tan expresivos, hundidos por la vigilia y el insomnio.

Aquel último amigo que le quedaba, dejó de serlo desde aquella confesión.

Para él Alzaga no era más que un asesino condenado á la última pena: el viajero había tenido razón.

Alzaga regresó á Corrientes, después de haber andado vagamundeando por todos los pue-

blitos de los alrededores, donde no se había atrevido á fijar residencia.

Mientras le duró el dinero que tenía, no intentó emprender ocupación alguna, pero la falta de éste y la necesidad, lo impulsaron de nuevo á la ciudad de Corrientes.

Era ya el año 42; y el asesinato de Alvarez estaba olvidado por la acción del tiempo.

Habían transcurrido catorce años.

Catorce años durante los cuales el espíritu de aquel hombre desventurado no había tenido ni un solo momento de reposo!

Catorce años de tortura, de vergüenza y de remordimientos!

Alzaga, siempre en su sistema de no ocultar bajo otro nombre su personalidad funesta, empezó á buscar trabajo, cualquiera que fuese.

Se creía olvidado de todos y mucho más allí, donde era desconocido.

Allí concibió una nueva esperanza de concluir con su vida, de una manera ajena á su voluntad, idea que acarició como el término de su maldecida jornada,

El ejército del general Lavalle había sido vencido en los campos del Quebracho, y sus restos

se habían internado á la provincia de Corrientes.

—Lavalle no es Paz, se dijo Alzaga, necesita soldados y no es probable que me rechace de sus filas: el tiempo todo lo purifica y ya llevo catorce años de martirio.

Alzaga se lanzó al encuentro del ejército de Lavalle, y pronto dió con su Estado Mayor General.

El jefe y algunos oficiales que con él estaban, á pesar de saber quién era, puesto que él dió su nombre al presentarse, recibieron á Alzaga de una manera seria pero cortés.

Algunos de ellos que lo habían conocido en sus buenos tiempos, hasta lo saludaron con lástima, mostrándole algún interés.

—En qué puedo serle útil? le preguntó el jefe de Estado Mayor.

—Desesperado de mi vida que detesto y que no quiero cortar por mi mano, respondió Alzaga, vengo á sentar plaza de soldado en el ejército del general Lavalle.

Creo que no se me negará esta gracia y se admitirá el contingente de mi brazo, como se admite el del primer llegado.

El jefe de Estado Mayor no se atrevió á tomar por sí una resolución.

El general Lavalle era sumamente delicado y quién sabe como miraría la presencia de Alzaga en las filas del ejército, porque al fin y al cabo aquél era un condenado á muerte por la justicia ordinaria.

Tenga la bondad de esperarme aquí un momento, dijo, que voy á consultar con el general.

Y efectivamente, se dirigió á donde estaba Lavalle.

—Ahí está Francisco Alzaga, le dijo, que pide ser dado de alta en el ejército, en calidad de soldado.

Al oír esta noticia, el general Lavalle se mostró sorprendido, pero de una manera desagradable, preguntando:

—¿Alzaga, el condenado á muerte?

—El mismo, parece que está en una situación desesperante y que su objeto es buscar la muerte.

—Pero un asesino no puede ser admitido en ningún ejército que se estime! ¿á dónde iríamos á parar?

Puede decirle terminantemente que un asesi-

no no puede ser soldado del general Lavalle y que se retire del ejército inmediatamente.

—Ese hombre, en los años que han trascurrido desde entonces, y á juzgar por su aspecto, debe haber sufrido de una manera tremenda.

Puede dársele algún pretexto más ó menos aceptable, para no amargar más su vida.

El general Lavalle reflexionó un momento y repuso:

—Está bien, puede decirle que estando para disolver el resto de mi ejército, no puedo admitir nuevas altas.

Aquel hombre bondadoso pidió permiso á Lavalle para añadir algunas onzas á la respuesta, pues el estado de Alzaga debía ser precario, á lo que el general accedió inmediatamente.

El jefe de Estado Mayor regresó á donde estaba Alzaga, y con palabras cariñosas, le expuso las razones porque no aceptaba su contingente, entregándole de parte del general ocho onzas de oro.

—Inútil es dorarme la píldora, dijo Alzaga con profunda amargura, porque conozco ya el veneno que contiene; ya veo que no tengo que esperar perdón de los hombres, que no quieren

olvidar en mí lo que perdonan á cualquier galeote.

Quede en paz este honorable ejército y no tema ya la mancha que le arrojaría el contacto de mi persona.

Adiós, señores, y gracias por la limosna, que es lo único que puedo dar yo en esta vida, y lo único que puede aceptárseme sin temor de mancharse.

Y tomando las ocho onzas, se retiró altivo y rápido.

—Me precipitan á la mala senda! exclamó me obligan á buscar la vida de una manera ilícita, arrojándome, con la exhibición de mi llaga, de los refugios que me hago á fuerza de labor y de constancia.

Sin embargo, voy á luchar aún hasta donde me sea posible.

No quiero aborrecer á la humanidad, tengo miedo de un aborrecimiento que podría engendrar en mi corazón un germen de venganza.

He de tener resignación para sufrir hasta donde ya no es posible; el día que mis fuerzas se acaben, entonces Dios dispondrá lo que ha de ser de mí.



Y su pensamiento se volvió á su hijo, que debía contar ya unos catorce años, y de cuya existencia no tenía la menor noticia.

¿Viviría? le habrían enseñado siquiera á pronunciar su nombre y á respetar su memoria, ocultándole su crimen?

Oh! la muerte civil! la muerte civil! cien millones de veces es preferible la muerte física, término indiscutible de todo sufrimiento!

Siquiera no hay recuerdo que venga á turbar la fría paz del sepulcro, sobre cuya lápida se estrella todo odio y toda venganza humana!



## **Las miserias humanas**

---

Alzaga se guareció en la ciudad de Corrientes, ávido siempre de matar el tiempo y sus recuerdos, por medio del trabajo honrado.

En lucha encarnizada el país contra la tiranía de Rosas que había enlutado á la sociedad argentina, no se ocupaban los hombres de tal ó cual crimen aislado.

La historia del bandido de Palermo y del bandido de Santos Lugares preocupaba demasiado la atención para recordar la historia de los asesinos de Alvarez.

Alzaga, olvidado de todos y á la sombra de una vida ejemplar, pudo levantarse nuevamente, ennoblecido por el trabajo.

Primero empezó á hacer las veces de procurador y comisionista de todo género.

Poco á poco empezó á hacerse de crédito,

hasta que reunió una clientela que le daba lo suficiente para atender á sus necesidades.

Vivía en un cuartito miserable y comía una vez cada veinticuatro horas.

De esta manera lograba hacer sus pequeñas economías, que iba atesorando como un avaro.

Porque su aspiración era reunir una suma que le permitiera establecer una escuela, porque era la ocupación que más se amoldaba á su espíritu.

Al frente de una escuela tenía todo su tiempo ocupado, y distraída su imaginación con los deberes que aquella ocupación le imponía.

Poco á poco y con una constancia ejemplar, iba formando clientela y amigos que más tarde le serían de gran utilidad.

Y fué gradualmente prosperando hasta que, al cabo de dos años, sus economías le permitieron no solo abrir una escuela, sinó darse una vida mejor y un trato más humano.

Francisco Alzaga parecía haber rejuvenecido cuando llegó á contar diez discípulos en la escuela.

Su cabello no era tan blanco, y su aspecto era más juvenil.

Fué entonces que se resolvió á escribir de nuevo á Carlos Terrada, pidiéndole noticias de su mujer y de su hijo, que debía ser ya un hombre.

Su corazón, ávido de cariño, lo hacía soñar imposibles que el pobre rodeaba de las ilusiones más risueñas.

—¡Quién sabe! decía: cuando Catalina me vea con una posición formada á fuerza de desvelos y de fatigas tremendas; cuando ella sepa lo que he luchado durante estos diez y seis años por su amor, tal vez venga á mí y quiera compartir mi dolor y mi suerte.

El corazón de la mujer es generoso y bueno y no creo que Catalina pueda guardar un rencor que dure veinte años!—Al fin soy el padre de su hijo y esta consideración ha de hablar mucho en su espíritu.

No se rompen infame y bruscamente, los lazos que ha formado el cariño y la sangre!

Quiero siquiera hacerme esta ilusión, única cosa que aún me liga á la humanidad.

Y en este sentido escribía el desgraciado á Terrada, una larga é íntima carta, que era el amargo resumen de sus desventuras y el risue-

ño bosquejo de las ilusiones que se torjaba su corazón, privado de todo cariño sobre la tierra.

«Díme si puedo seguir alimentando estas ilusiones, le decía, y si puedo aspirar á la eterna dicha de estrechar á Catalina entre mis brazos.

Díme si se me recuerda, aunque solo sea para odiarme, ó si mi memoria se ha borrado, tambien allí como mi estado civil.

Háblame la verdad, por dura y triste que sea; te exijo la misma franqueza que exigiría al médico que me asistiera de una enfermedad de peligro.

Tengo valor para todo, porque á todo estoy dispuesto.

Ocultándome la verdad, no lograrías más que hacerme seguir alimentando una esperanza, cuyo desengaño sería más funesto mientras más tiempo pasara.

El que ha perdido hasta la vida civil, no tiene que asombrarse de nada, ni aún de verse rechazado por el único sér que ama en el mundo y que está privado de ver hacer diesiseis años.

No me economices entonces mal trago alguno y háblame la verdad».

Alzaga hacía además mil proyectos felices

que contaba como una recompensa de todo lo sufrido y como una señal de perdón divino.

Terrada recibió esta carta, pero no se atrevió á contestarla por el momento.

No necesitaba hablar con Catalina para conocer la respuesta que ésta había de darle.

Y era tal la vehemencia de la carta de Alzaga y tal su convicción en que sus esperanzas se realizarían, que temió decírselo con la franqueza que él exigía, pues tal vez en su demencia amorosa llegara hasta venirse á Buenos Aires, á exigir el cumplimiento de la sentencia infamante.

Alzaga esperó un mes la contestación de Terrada, sin alarmarse.

Hablar á Catalina no era obra de un día: tal vez su amigo, antes que formular una entrevista decisiva, necesitaría preparar el espíritu de aquella mujer, abatido aún por aquellos sucesos dolorosos.

Y esperó, pensando que aquella demora era de buen augurio para sus esperanzas.

Entre tanto su posición iba mejorando de una manera notable.

Los discípulos aumentaban rápidamente, contando ya con un número de ochenta.

Sus mismas noches eran ya más tranquilas pues su pensamiento, dulcemente fijo en el porvenir, se alejaba de los malditos recuerdos del pasado.

El espectro de Alvarez lo atormentaba menos, pues tenía reconcentrada toda la sensibilidad de su espíritu en el cariño de Catalina, que había llegado á ser su verdadera pesadilla.

Y se le veía rejuvenecer diariamente, y modificar la expresión de su físico, tan abandonado poco antes.

La prosperidad de su escuela era tal, que varias veces habían querido confiarle pupilos, las familias más respetables de Corrientes, pero él los había rechazado, no porque no le halagara tenerlos, sino porque recordaba sus terribles pesadillas, y temblaba de que alguien fuera á escuchar lo que hablaba bajo la influencia de aquéllas.

Porque ahora que tenía la loca esperanza de que Catalina pudiera venir en su busca, ocultaba su pasado en lo más recóndito de su alma.

¿Qué sería de ellos si se llegaba á descubrir el secreto de su vida y se veía nuevamente priva-



do de aquel medio honorable de ganarse la vida?

En previsión de cualquier mal suceso y para que Catalina, en caso de venir, no careciera de nada, había seguido haciendo sus economías y ocupándose de algunos asuntos de importancia, en que era procurador, y que podían dejarle á su terminación, una buena comisión.

Y esperaba la contestación de Terrada lleno de alegría y de buen humor, porque por lo mismo que tardaba creía que no podía ser mala.

Así, en su inocente delirio, llegaba hasta pensar que tal vez la misma esposa, con su presencia, le trajera la contestación ansiada.

Es que Alzaga no conocía á su esposa, había estado poco á su lado, y durante ese tiempo aquel espíritu no se había manifestado á él bajo ninguna forma.

Y se hacía la ilusión de que era un espíritu elevado, lleno de magnanimidad y abnegación.

¡Oh! el desengaño iba á ser tremendo.

Lo único que venía á turbar á Alzaga las felicidades que soñaba para el porvenir, era el recuerdo de aquel español maldito que lo hizo salir de Curuzú Cuatiá.

¿Quién era aquel hombre que se prestaba á acción tan cobarde, y á quiénes obedecía, puesto que no podía obrar por su cuenta?

Indudablemente al hermano de Alvarez, única persona que podía guardarle un sentimiento de odio vengativo.

¿Vendría también aquel hombre á turbar la paz de su nuevo retiro?

¿Vendría á arrancarle otra vez los medios de vida que se había formado con tanto sacrificio?

—¿No lo quiera Dios, pensaba estremeciéndose de los pies á la cabeza, porque si repite su iniquidad estando Catalina á mi lado, no seré dueño de mí mismo y sabe Dios la nueva tragedia en que sería autor, á pesar mío.

Yo puedo cargar sobre mí todas las consecuencias de mis faltas, puesto que las cometí.

Y puedo afrontar la vergüenza, la ruina y la miseria, puesto que he aceptado la expiación de mi crimen, cualquiera que sea.

Pero yo no puedo tolerar á un miserable que venga á ejercer una venganza á través de dieciséis años ; cuya venganza al aplastarme, caería también sobre los séres que me rodean.

¿No están aún satisfechos, con lo que he sufrido?

Caramba, que no venga ese hombre á disputar á Catalina la tranquilidad del espíritu y el bocado que se lleva á la boca.

Que no venga, santo cielo, porque doy al traste con mi propio remordimiento y lo coso yo mismo á puñaladas.

Respeten los muertos, ya que soy uno de ellos, y no vengan á turbar la paz de mi soledad con un odio de diesiseis años, durante los cuales no he hecho más que llorar y sufrir por aquel error maldito.

Todo lo sufriré por mí, exclamaba exaltándose poco á poco, pero respétenme á Catalina si quieren que yo les respete el corazón.

Causado de esperar y de formar todo género de proyectos para el porvenir; volvió á escribir á su amigo, dos veces más, en el intervalo de quince días, exigiéndole la contestación pendiente.

«¿Me has olvidado ya, le decía en la última, y me cuentas en el número de los muertos?

Confieso que no lo esperaba de tí, mi salvador.

Hay ilusiones que cuesta mucho arrancárse-las del corazón, y que parece que salen con un pedazo del alma.

Prefiero esperar un poco más, porque la pérdida de tu amistad sería el último trago del veneno que vengo bebiendo desde que salí de allí para no volver más.

¿No volver más dije? quién sabe! nadie puede prever el porvenir!

Quién hubiera dicho hace veinte años, que sobre mi cabeza pesaría una sentencia de muerte!

Nada hay más obscuro y misterioso en la existencia del hombre que el día de mañana!»

Apremiado por estas cartas, Terrada contestó por fin, al cabo de seis meses, una carta lacónica pero tremenda, capaz de hacer estallar la razón en un hombre que no hubiera tenido un alma tan extraordinariamente templada.

Alzaga había estado esperando seis meses aquella carta con una ansiedad febril, una vez que la tuvo en su mano y reconoció la letra de Terrada, no se atrevió á abrirla.

El, que tan seguro estaba hasta entonces de una respuesta favorable, temía ahora una respuesta fatal, y miraba aquella carta que traía

la decisión de su porvenir, sin atreverse á abrirla.

Tenía miedo y cada vez que llevaba la mano trémula al sello de lacre la retiraba estremecido.

Seis días tuvo Alzaga la carta en su poder mirándola de todos modos, pero sin atreverse á abrirla.

A pesar de estar resuelto á todo lo malo, tenía terror de haber sido olvidado por Catalina.

Por fin la duda llegó á serle insoportable y resolvió por fin aclarar su situación.

En la mañana del séptimo día, tomó una resolución heroica; rompió el lacre con mano temblorosa y desdobló la carta de Terrada, pero no se resolvió aún á leerla.

El mismo laconismo de la carta le hacía revivir sus esperanzas.

Una entrevista de resultado negativo debía haber sido larga, y entonces para afrontarla sería necesario una carta más extensa.

Por fin la incertidumbre se hizo intolerable y en una sola ojeada Francisco Alzaga devoró el contenido de aquella carta.

¡Qué efecto tremendo produjo en él la lectura de aquella carta!

Lívido como un cadáver la estrujó entre sus manos, mientras las lágrimas caían sobre ella, como muda expresión de su dolor.

—¡Me lo temía! exclamó, aunque como un gran imbécil trataba de ocultármelo á mí mismo! Esa mujer es una hiena con una forma divina! no tiene amor por nada en este mundo, ni guarda su falso espíritu un átomo del encanto que encierra el corazón sensible de toda mujer!

Maldito sea el momento que puse mis ojos sobre esa belleza deslumbradora y le entregué mi corazón, recibiendo la promesa de su fe.

Oh! Catalina, Catalina! en mí tienes el ejemplo de la manera tremenda y despreciable con que Dios castiga!

Me has herido de muerte el corazón, arrancándome la última, la única esperanza que alimentaba.

No puedo hacer ahora otra cosa que maldecirte, y te maldigo con la misma pasión que te había amado—no gozarás, ni aún en el féretro, un momento de reposo!

¿Qué contenía aquella carta que tan terrible efecto había producido en Alzaga?

¿Era una negativa terminante de Catalina ó era el anuncio de una catástrofe mayor?

Veamos lo que decía.

«No te he escrito antes, porque me cuesta enormemente dar una mala noticia.

Tú tienes el espíritu fuerte, según me dices, y templado al diapasón de toda desventura, y es bueno que lo prepares á un rudo golpe.

Al llegar aquí cierra los ojos y piensa en lo tremendo que pudiera sucederte, algo peor que la muerte misma del sér que tanto amas, porque solo ha muerto para tí.

He creído inútil verla y hablar con ella, porque su conducta es la más categórica respuesta que pudiera darme.

Catalina se considera tu viuda, más que tu viuda aún, pues ni siquiera ha guardado tu apellido ligado á su nombre.

Nadie la conoce por otro nombre que por el que ella usa: el de su familia.

Su corazón no puede guardarte la menor consecuencia, porque en él, pobre amigo, has sido también reemplazado.

Comprendo que te estoy destrozando el tuyo, pero es preciso—tú mismo me lo exiges.»

Muerto y reemplazado en su corazón, no puedes ya pensar en ella—olvídala, pobre amigo, y persiste con toda tu fuerza en el camino de la regeneración.

Ahoga en tu corazón el recuerdo de esta mujer, y piensa en tu hijo.

Educado por tu familia y al lado de tus primos, es un hermoso joven lleno de inteligencia, tal vez destinado á hacerte olvidar todo lo que has sufrido.

No desmayes, pues, y cuenta con tu siempre amigo, etc.»

Esta era la carta cuya lectura había producido en Alzaga un efecto tan tremendo.

Alzaga estuvo largo rato con aquella carta en la mano, meditando la noticia fatal que le traía.

Nunca hubiera creído á Catalina capaz de una perfidia semejante!

Negarse á seguirlo, no podía reprochárselo desde que no tenía por él el menor cariño; era lo natural.

Odiarlo por el acto miserable que lo había llevado á aquella situación, era explicable, puesto que por él no guardaba amor, y quedaba en una situación tirante.



Pero reemplazarlo en su corazón, borrarse su apellido, destruir todo aquello que pudiera importar un recuerdo suyo, era demasiado para poderlo disculpar.

—Ella tiene derecho á odiarme, á despreciarme y á olvidarme, exclamaba, pero no tiene derecho de hundir mi memoria en la infamia y en el ludibrio, haciendo rodar á su mismo hijo en ese abismo de vergüenza que está cavando!

Pobre de mí! gritó dejando correr de sus ojos un raudal de lágrimas—no tengo ni siquiera el recurso de la venganza, ni el derecho de ir á tomar cuentas de esta ofensa sangrienta.

Aquella era una situación tremenda, que se necesitaba un carácter de acero para sobrellevarla.

—Es justo, dijo al fin enjugando su llanto— es justo!

Tengo que pagar aquella falta espantosa, y no me quejo—quiera Dios que este sea el último golpe que reciba!

Parece que no tuviera desventura que apurar ni afrenta que sufrir, y sin embargo tengo miedo!

Hasta ahora mi mala estrella ha respetado á

mi pobre hijo, quiera el cielo dejarme siquiera la felicidad de verlo bueno siempre y el consuelo de saber que nada ha de faltarle al lado de mis hermanos.

Alzaga se decidió á arrancar de su corazón hasta el recuerdo de Catalina, jurando no volver en su vida á ocuparse de ella.

—Ella ha muerto, dijo para siempre, en mi corazón, como he muerto yo para la vida civil.

Seguiré hasta el fin esta vida miserable, hasta que el cielo creyéndome suficientemente castigado, aparte de mi camino esta maldición que acompaña mi pisada.

Y se dedicó con más afán que nunca á los deberes que le imponía su escuela.

Así transcurrió mucho tiempo, sin que ninguna otra desgracia viniera á turbar su existencia miserable.

Había logrado estirpar de su espíritu hasta la imagen de su Catalina, y junto con ella todos los recuerdos de su vida pasada.

Había logrado hacer algunas relaciones con familias de la principal sociedad, en cuyas casas pasaba la mayor parte de la noche.

Desde que perdió la esperanza de volver á ver

á Catalina, parece que su alegría habitual había renacido.

Alegre y bullicioso, lleno de cuentos graciosísimos, insigne tocador de piano y cantor á la guitarra, á su lado se pasaban momentos agradables, al extremo de sentir cuando se retiraba, por tarde que fuera.

Mas de una vez el corazón de Alzaga no pudo ser indiferente á las hermosas niñas de aquella sociedad inocente, pero aquel principio de simpatía fué prontamente sofocado en su corazón.

No quería llevar sobre nadie la desgracia que lo perseguía con tanta zaña.

Además, ¿qué objeto podía tener al alimentar una simpatía que podría trocarse en pasión?

El, en cambio de un amor puro y noble, no podía ofrecer sino vergüenza y veneno.

¿Para que turbar entónces la paz de aquellos que con tanto cariño lo recibían en su casa?

Así, sofocando al nacer toda simpatía, logró mantenerse entre sus deberes y sus amistades sinceras.

Sus utilidades eran suficientes para sufragar sus gastos y hasta para guardar, pues á más de las entradas de la escuela se había hecho de

gran crédito como procurador, teniendo á su cargo asuntos de la mayor importancia.

A fuerza de bienestar, Alzaga había llegado hasta olvidar su desgracia en Curuzú Cuatiá, hasta que la venganza de los hombres vino á golpear de nuevo á su puerta, haciendo en él nueva y sangrienta presa.

Los tramoyistas de Cabildo, picados con el crédito de que gozaba como procurador, le hacían todo el mal posible.

Murmurándose algo de su pasado, aunque sin precisar hecho alguno, uno de ellos resolvió buscar informes, tendentes á destruirlo y anonadarlo, corriéndolo, si posible era, de la provincia de Corrientes.

Al efecto, vino á Buenos Aires, donde empezó á tomar datos de Francisco Alzaga.

Fácil le fué entonces conocer en sus menores detalles la historia tenebrosa del asesinato de Alvarez.

Aquel procurador, cuyo nombre reservamos porque no es necesario á la narración, se puso en contacto con don Angel, quien le suministró todos los datos necesarios á su objeto.

Entre aquellos dos hombres concertaron el plan que debía inutilizar á Alzaga.

Angel Alvarez no estaba contento con el castigo que la justicia humana y divina habían dejado caer sobre los asesinos de su hermano, ni podía contentarse con la vida miserable que arrastraba Alzaga.

Quería verlo muerto, pero después de haberle hecho apurar todas las amarguras posibles.

Rico hasta donde no había soñado nunca por la muerte de su hermano, hacía contribuir aquel dinero á su venganza.

Así es que en cuanto supo que aquel procurador venía exclusivamente á buscar armas contra Alzaga, le proporcionó todas cuantas pudo.

Yo necesito algunas, decía el procurador, necesito la prueba de todo eso, porque no me lo creerían y él podrá negarlo, y lo que necesitamos son armas que él no pueda negar.

—Pues lo mejor es una copia del proceso, dijo Alvarez, copia que se puede publicar con profusión, y de esa manera tendrá que salir de Corrientes donde será despreciado y tal vez perseguido por la justicia.

Aquellos dos hombres extractaron el proceso eu

su parte más perjudicial á Alzaga, con sentencia de jueces y descripción del fusilamiento.

Y aquel procurador que no tenía más motivo de odio contra Alzaga que trabajar con buena suerte, se embarcó para Corrientes llevando consigo una buena cantidad de los folletos destinados á tan ruin venganza.

El pobre Alzaga estaba completamente ignorante del infame plan que se ponía en práctica contra él.

Con nadie había tenido ia menor cuestión, ni siquiera un cambio de palabras desagradables, á nadie había ofendido ni hecho mal.

No podía entónces imaginarse que hubiera una persona interesada en hacerlo emigrar de Corrientes.

El folleto empezó á circular entre las familias donde Alzaga visitaba, y en los parajes más públicos.

Y todos se asombraron hasta el espanto de que aquel hombre de existencia tan tranquila y ejemplar, fuera el mismo que figuraba en el proceso, de una manera tan tenebrosa.

Alzaga, inocente de todo, empezó á notar una

frialdad marcadísima y hasta agresiva, entre las familias de su relación.

Algunos en la calle se hacían los que no lo veían, por no saludarlo, y los niños empezaron á emigrar de la escuela.

El recuerdo de Curuzú-Cuatiá golpeó la memoria de Alzaga, y se sintió sin fuerzas para luchar contra su suerte.

¿Habrían desparramado aquí las mismas voces que allí?

¿Habrían hecho público en Corrientes aquel suceso tremendo?

Alzaga se sintió desfallecer ante perspectiva tan dolorosa.

Sin embargo, esperó el desenlace de la nueva campaña emprendida contra él.

Los niños siguieron retirándose del colegio, y muchos padres le dieron la razón de aquella retirada, previniéndole que era inútil negarlo, puesto que habían leído el proceso.

Cuatro días después de esto, Alzaga no tenía ya ni un discípulo, ni había en todo Corrientes quien le confiara la dirección del asunto más insignificante, ni quien le saludara en la calle.

Se encerró en su casa entónces á meditar sobre

su porvenir, evadiendo las venganzas de Alvarez, que era sin duda para él, el autor de todas aquellas infamias.

Y allí mismo en su retiro, recibió un ejemplar del extracto de su causa.

Entonces se explicó el rigor con que lo había tratado la sociedad que hasta entonces le dispensó toda su consideración y confianza.

—Yo no puedo permanecer más aquí, se dijo, sería exponerme á una desgracia, porque en cada mirada, en cada ademán, estoy viendo traducido este anatema: asesino!

Arregló su reducido equipaje y llevando todo el dinero que poseía, pasó á los diferentes pueblos de aquella provincia, deteniéndose lo suficiente para no aburrirse ni hacerse conocer.

Y así empezó á recorrer toda la provincia, durante muchos meses, pasando al Entre-Rios y algunos pueblos de la costa Oriental.

Alzaga vivió así mientras le duró el dinero.

Cuando de sus bolsillos hubo desaparecido hasta el último medio, adoptó la vida de vagancia, hasta que la miseria y el hambre lo empujaron al oficio inícuo en que lo hemos presentado.

Después de meditarlo mucho, se había decidi-



do á no atentar contra su vida, ni siquiera pensar en el suicidio.

Pero también se había decidido á salir al encuentro de todos los peligros, á ver si algun bandido le arrancaba aquella existencia ya inaguantable.

Cuando veía alguna pelea, como al principio de esta historia, se ponía entre los combatientes, apoyando siempre al mas débil.

Tenía la esperanza de que alguno le cruzaría el corazón de una puñalada.

Pero hasta en esto lo perseguía su mala estrella.

Su presencia, como lo hemos visto, hacía terminar toda lucha á facon, siendo tratado con cierto temor y respeto, por los compadritos y la chusma que se tenía por mas brava.

Así vivió Alzaga una buena cantidad de años habitando los lugares de mayor peligro, retando á los bandidos que se tenían por mas bravos y metiéndose, puñal en mano en los lances mas peliagudos.

Los negociantes de los parajes que él frecuentaba, lo tenían como una garantía de orden.

¿Quién se hubiera atrevido á armar camorra donde estaba Alzaga?

Su solo aspecto infundía respeto á hombres para quienes el temor era cosa desconocida.

En 1866 cuando el ejército de la triple alianza cruzaba en todas direcciones la provincia de Corrientes, algunos vecinos de los parajes frecuentados por Alzaga, se presentaron al juzgado del crimen, denunciándolo como negrero y bandido tremendo.

Entónces era juez del crimen en la provincia de Corrientes, nuestro actual juez correccional, doctor don Pastor S. Obligado.

Este magistrado, dando toda la importancia que tenía á esta denuncia, ordenó la prisión del negrero.

¿Pero quien la efectuaba? esta era la dificultad.

El negrero logró evadir la acción de la justicia guareciéndose en los montes, donde no se atrevía nadie á irlo á buscar.

Pero tanto hizo el juez del crimen, tanto recomendó su prisión, que un día le trajeron al juzgado el feroz negrero.

¿Qué partida lo había tomado? — ninguna: aburrido de vagar y decidido á concluir de

una vez con su suerte, se había presentado á una autoridad que hizo noche en una pulpería.

Así concluirían de una vez sus sufrimientos y su vida de vagancia.

El juez Dr. Obligado empezó á seguirle una causa por el tráfico vergonzoso á que se había dedicado, haciéndolo comparecer á prestar la declaración consiguiente.

Grande fué la sorpresa del magistrado al escuchar las primeras respuestas de Alzaga, que lo ponían en conocimiento de un personaje colocado en tan especiales circunstancias.

—Me llamo Francisco Alzaga, había dicho el negrero, con el mismo aplomo de cualquiera que nada hubiera tenido que temer de la justicia de los hombres.

—Francisco Alzaga!...el mismo ligado á un proceso célebre que...

—Si, señor, el mismo, que debía estar bajo tierra hace muchos años si se hubiera cumplido la voluntad del Dr. Cueto, pero á quien Dios dispuso castigar de una manera bien diversa y terrible.

—¿Y por qué se ocupa usted en un tráfico

tan criminal y reprobado por las leyes de la civilización y la humanidad?

—Porque he sido empujado á él por la misma mano del hombre que me ha cerrado todas las puertas del trabajo honrado, con una zaña inmotivada é inconcebible.

Y reasumió brevemente la historia terrible de su vida desde que huyó de Buenos Aires.

Para vivir, aunque de una manera pobre y miserable, es preciso trabajar, de cualquier modo, para no caer en la senda del crimen del que me había apartado después del acontecimiento maldecido que usted conoce.

He sido perseguido como una fiera, en la misma soledad á que me condenara yo mismo cerrándome todas las sendas del trabajo.

No tenía más remedio que elegir entre el crimen y el vicio, ó esta industria que usted califica con tanta dureza.

Yo persigo á los esclavos brasileros con riesgo de mi vida y con grandes sacrificios y fatigas, para optar á la recompensa que me dan los amos, de otro modo hubiera tenido que recurrir al crimen y al robo.

Sin mi consentimiento, mi prisión habría sido

imposible. porque se me teme mucho, pero francamente, me cansa ya la vida que llevo y yo mismo me he presentado.

Si no encuentro ninguna ventaja en lo que pueda ofrecirme la cárcel, saldré de ella con la misma facilidad que entro: no lo dude el señor juez. “

Inclinado á la compasión que inspiraba este sér desventurado y miserable, el doctor Obligado suspendió la instrucción del sumario, deseando antes consultar con los tribunales de Buenos Aires el procedimiento que debía seguir.

Y Alzaga quedó detenido en la cárcel de Corrientes, con todas las precauciones que merecía un hombre tan peligroso.

† Por orden del mismo juez Obligado se le quitó la barra de grillo que se le había puesto para mayor seguridad, quedando bajo la custodia de los empleados de la cárcel y del cuerpo de guardia perteneciente á la policía correntina que allí prestaba sus servicios.

Pero aquella prisión se prolongaba demasiado, sin que Alzaga vislumbrara una cercana

resolución en su causa que parecía haberse archivado.

La vida del presidio lo sofocaba y lo enfermaba.

Entre las cuatro paredes de su calabozo, se habían renovado aquellas terribles noches, en que el espectro de Alvarez y la imagen de Catalina y su hijo venían á turbar su sueño agitado é intranquilo.

Sus pulmones empezaron á reclamar más espacio y más aire y Alzaga empezó á temer que si no trataba de distraer su espíritu llegaría á perder la razón.

—Mi causa va larga, se dijo un día: sabe Dios cuando y de que manera la van á resolver.

La vida se me hace insoportable dentro de esta cárcel infesta é inhabitable, es preciso entonces que yo recupere mi libertad si quiero escapar á la locura.

Consecuente con este pensamiento, Alzaga se proporcionó un puñal que le facilitó otro preso y con él en la cintura, de una manera visible, una mañana salió de su calabozo; á penas le fué abierto, y se dirigió de una manera

tranquila y resuelta, y la puerta principal de la cárcel.

El negrero era demasiado conocido para la mayor parte de presos y guardianes, que lo temían, conociendo todos los cuentos fantásticos y hechos de valor que de él se contaban.

Así es que aunque todos lo vieron y comprendieron que se evadía, ninguno intentó cerrar el paso.

Imponente y resuelto, altivo y sombrío, cruzó los patios sin alterar la tranquilidad de su marcha y sin siquiera dignarse mirar á los policiaños que encontrara en ellos.

Así llegó á la puerta de la cárcel y así salió á la calle sin que nadie se atreviera á dirigirle la menor palabra.

Sin cambiar su actitud y sin alterar el reposo de su marcha, cruzó toda la ciudad alejándose en dirección á la Esquina.

Alzaga caminó todo aquel día, y toda aquella noche, sin reposar un minuto.

Al día siguiente, después de tomar algun descanso y proveerse de alimentos suficientes para un par de días, siguió su camino sin un rum-

bo fijo y sin más idea que la de alejarse de las ciudades todo cuanto le fuera posible.

Volvería y su vida de vagancia, exponiéndose como antes á todo género de peligros, hasta que Dios se sirviera sacarlo de entre los vivos.

El se acercaba á las estancias donde pedía algun poco de carne para atender á las necesidades del camino, y un poco de hospitalidad que no prolongaba en ningún caso más de tres ó cuatro horas.

Cuando pasaba por alguna pulpería, se detenía entónces á tomar un descanso más largo.

Si tenía lugar alguna jugada, tomaba parte en ella, con la esperanza de hacerse de algunos pesos con que atender á sus más apremiantes necesidades.

Bastaba la presencia de Alzaga, para que á los dos ó tres minutos y después de haber dejado ganar un par de paradas al recién venido, terminaran la jugada.

Parecía que hasta aquellos mismos hombres, bandidos y vagabundos en su mayor parte, tuviesen recelo de que se hiciera estensiva á ellos la maldición que lo seguía á todas partes.

Si durante su permanencia allí se producía



alguna pelea, de esas inevitables en toda reunión de vagos y jugadores, se le veía saltar inmediatamente, puñal en mano, y siempre en defensa de la parte más débil, como el día en que nuestros dos estudiantes lo hallaran en la Colonia.

Entonces ya hemos visto como su actitud y el rayo de su mirada incomparable, imponían á los más famosos bandidos, capaces de hacer frente á todo peligro que no fuera la presencia del negrero.

Parecía, como lo decía él mismo, que aquellos hombres leyeran en sus ojos la resolución de hacerse matar, pero vendiendo la vida á un precio demasiado caro.

—¿Pero por qué me temen? exclamaba desesperadamente—¿valgo á caso más que cualquiera otro hombre en mis condiciones?

A mí! canallas, ó la emprendo con todos á puñaladas!

Pero era inútil, sus palabras no eran recojidas y los más guapos se retiraban silenciosamente esquivando su presencia.

Una vez que otra se presentó en algunos de  
*Los Enterrados Vivos.*

aquellos bailes tradicionales que se *arman* en nuestra campaña, con el deseo de engañar sus desventuras.

Pero siempre tuvo que retirarse por no deshacer la inocente fiesta.

No había quien se atreviera á permanecer mucho tiempo en compañía del negrero.

Alzaga empezó á vagar de pueblo en pueblo, como huyendo de sí mismo.

Había concluido por sentir un profundo hastío de la vida.

—Vamos donde no nos conozcan, se decía, tal vez dé así con algun hombre que ponga término á esta desdichada existencia.

Pero todos sus esfuerzos se estrellaban en la suerte que lo perseguía de aquella manera implacable.

A pesar de no conocerlo, no había quien arrostrara con serenidad el rayo de aquella mirada intensa.

En aquella vida errante y miserable Alzaga, hizo relación con una joven paraguaya, de una hermosura poco común.

Sorprendida ella con el trato atrayente de este hombre desventurado, y seducida por la eterna

melancolía que respiraba toda su persona cobró por él una pasión tan violenta, que buscó su unión á todo trance.

En vano Alzaga quiso convencerla de su situación precaria y miserable, en vano demostró el abismo de su vida errante y desesperada, en vano quiso convencerla que era él un sér maldito destinado á envenenar cuanto se le acercaba.

La joven mientras más inconvenientes hallaba á su pasión, sentía que ésta se aumentaba con una vehemencia irresistible.

Alzaga no pudo luchar más y se rindió á aquella pasión purísima.

El también amaba á la joven con toda la intensidad de su corazón ávido de cariño.

Durante treinta años había vivido como una fiera, sin haber tenido siquiera el consuelo de una expansión íntima: había vivido bajo el azote de su suerte, olvidado de cuantos había amado en su vida y odiado de aquellos cuyo cariño hubiera querido conservar á costa del mayor y más doloroso sacrificio.

Bajos las alas de aquel cariño purísimo que venía á abrir un rayo de luz en las tinieblas de

su espíritu, Alzaga se cobijó bendiciendo al cielo que por fin le concedía un momento de felicidad suprema, y ligó su destino al destino de aquel ángel que venía á reconciliarlo con la vida.

Francisco Alzaga aspiró el perfume de aquel amor, con una ansiedad tremenda.

Sintió rejuvenecer su espíritu bajo aquel cariño inesperado y se creyó perdonado.

Al fin Dios se apiadaba de él.

Desde entónces cambió el sistema de vida que había llevado.

Fijó su residencia en Misiones, donde se construyó una choza, y empezó á vivir de la caza y del cuidado de una pequeña hacienda que poseía la jóven paraguaya.

Ella feliz, con el amor de Alzaga, trataba de hacerle olvidar con su cariño y por todos los medios á su alcance, los recuerdos de un pasado tan doloroso.

Y ayudaba á llenar las necesidades ínfimas de aquel hogar miserable haciendo tejidos que Francisco iba á vender á las ciudades próximas.

Aquí empezó una nueva existencia para este ser que había expiado su crimen de una manera tan terrible.

Véamos que había sido de los seres ligados á él por los vínculos más sagrados, y que lo habían olvidado después de haberle hecho sentir las palabras más duras y despreciativas.

Vamos á encontrarlos en una situación bien diferente y dolorosa.

Parecía que la maldición divina hubiera caído sobre todos aquellos seres ligados al asesino de Alvarez.





## La Estrella del Norte

---

El año 64 á 65, se presentaba ante el defensor de pobres una mujer que le pedía una audiencia de diez minutos.

El defensor de pobres era uno de los abogados más distinguidos hoy, y que más llama la atención por su eterna y distinguida juventud.

En los momentos en que aquella mujer se presentaba, el defensor de pobres estaba muy ocupado, por cuya razón mandó decir á la desconocida que volviera al día siguiente.

—Me es imposible, contestó aquella mujer— para venir hoy he tenido que hacer un verdadero sacrificio, por el estado de mi salud, sacrificio que no sé si podré repetir mañana.

El abogado, que se distingue por su bondad

habitual y la fineza esquisita de su trato, hizo entónces que aquella mujer esperara un momento, teniendo en consideración su estado precario, pues solo aquellos individuos indigentes en extremo eran los únicos que iban á verlo en su carácter de defensor de pobres.

Un cuarto de hora después, el doctor O. hacía entrar á la desconocida á su despacho,

Era esta una mujer que, por el estado de su traje, acusaba hallarse en la última miseria.

Vestía una pollera de coco, de color indefinido, lleno de remiendos de diferentes géneros y colores, un pañuelo hecho girones, con el cual se cubría hasta la cabeza, dejando ver por entre sus agujeros unos mechones entrecanos, enmarañados, entre los que el peine no había entrado hacía mucho tiempo.

Aquella mujer, sin embargo de su estado de dejadez y miseria, andaba con un aire distinguido y poseía un rostro hermoso, á traves de cuyas arrugas se adivinaba una juventud de suprema belleza.

Sus ojos espléndidos y de un fulgor intenso, miraban todavía con una blandura arrobadora.

Aquella mujer, fuera de toda duda, era las rui-



nas de una de aquellas bellezas que el tiempo y la miseria no han podido destruir por completo.

Su boca era la única facción desagradable, la única nota discordante entre aquel conjunto de facciones bellas.

Era una boca donde el vicio había impreso profundamente sus huellas terribles y desagradables.

Era una boca de labios marchitos y descoloridos, trémulos y eternamente estirados por una sonrisa de idiota.

Con aquella boca desagradable y aquella expresión estúpida, hacía raro contraste una dentadura magnífica por su igualdad y su blancura.

El tiempo y el vicio no habían podido ejercer su acción maldita sobre aquella dentadura espléndida.

Sus piés pequeños y aristocráticos, estaban calzados con unas alpargatas mugrientas y rotas.

Era aquella mujer la expresión mas imponente de la miseria.

El doctor O. miró sorprendido aquella mujer extraña y le indicó con la mano una silla á su lado.

—¿En qué puedo servir á usted señora? le preguntó con un ademan lleno de bondad y finura.

—En todo señor, respondió ella con una voz melodiosa aunque saturada de aguardiente; tal vez sus servicios pueden arrancarme á la miseria espantosa en que vivo de mucho tiempo á esta parte.

Tengo un pobre hijo á quien las desventuras de la vida han hecho perder la razón, al extremo de verse hoy reducido al estado más miserable.

Sin embargo, mi hijo es dueño de una herencia que se le retiene indebidamente, y con una mínima parte de la cual podíamos ser ambos felices.

Yo vivo en el rincon de un cuarto, que una morena me cede con la compasión que podía cedérsele á un perro.

Mi único haber en este mundo, fuera de este traje de paseo que usted me vé, se reduce á un colchon de paja y una botella vacía donde cuando lo tengo, pongo un cabo de vela,

Y al decir esto mostró con ademan desesperado los andrajos de que iba vestida.

—La situación de mi pobre hijo es más deses-

perante todavía, porque su falta de razón lo hace insensible á todas las necesidades de la vida.

Nosotros eramos felices, todo lo felices que pueden ser personas que gozan de una posición brillante y de una buena fortuna.

Un miserable atrajo sobre nosotros una maldición de cuarenta años, que aún nos persigue sin piedad y que sabe Dios á donde nos conducirá todavía.

Como he dicho á usted, con una pequeña parte de la herencia que retienen á mi hijo sus parientes, podríamos ser aún felices, y es por eso que he venido á verlo, puesto que ejerce la noble tarea de defender á aquellos que no tienen sobre la tierra quien los consuele siquiera en medio de este martirio insostenible ya.

El doctor O. seguía mirando á aquella mujer con profundo asombro.

A medida que hablaba, lanzaba bocanadas de aliento saturado de aguardiente y tabaco.

Aquella mujer era indudablemente uno de aquellos seres desgraciados que se dejan arrastrar por el vicio hasta la última capa de fango.

—Ante todo, dijo, yo necesito saber quien es usted y quien es su hijo, de donde proviene la

herencia que reclama y porque causa se la retienen sin querérsela entregar.

La mujer aquella dió una espresión más íntima á su sonrisa de idiota, apagó el fulgor brillante de sus ojos con una nube intensa de melancolía y despues de mirar al abogado atentamente, le dijo:

—Yo no soy ahora más que la sombra dolorosa de una mujer bellísima á quien allá en mis buenos tiempos llamaban con ó sin razón la *Estrella del Norte*.

—¿Sería usted acaso la mujer de Francisco Alzaga?

Catalina Benavidez, que ella era en efecto, dejó asomar á sus ojos una espresión de ódio tremendo, y como con una especie de placer contestó:

—La mujer no, yo soy su viuda, por mi desgracia,

—Creí que Francisco Alzaga vivía aún, me parece que no ha mucho he hablado con alguien que acababa de verlo en Corrientes.

—Soy su viuda, repitió de una manera imperativa: ¿olvida usted que Francisco Alzaga murió bajo el peso de una condena terrible?

Si logró evadir la acción de la justicia, robándole una vida que aquella le arrancaba tan justamente, no logró evadir su muerte civil, que le hizo perder todos sus derechos sobre la tierra.

Yo soy su viuda pues, porque fui la primera que cavó su fosa en mi corazón, enterrando hasta su último recuerdo.

Ese hombre funesto ha sido la causa de todas mis desventuras como de la desgracia de todas aquellas personas á él ligadas.

—Sin embargo, la vida miserable de remordimientos que ha arrastrado y arrastra, lo hace acreedor, por lo menos, al perdón por aquel único error de su vida.

—No señor, no tiene perdón, porque ninguna disculpa pudo alegar para atenuar su crimen!

¿Porqué lo cometió? ¿necesitaba acaso el dinero que robaron? ¿lo empujaba algun deseo de venganza, alguna enemistad personal?

No, ese hombre no tiene perdón, ni puede tenerlo.

Todavía siento las consecuencias tremendas de su crimen infame! para ese hombre no hay perdón posible.

Y aquella mujer se mostraba tan enconada,

como si hablase de su enemigo más irreconciliable.

Después de desahogar su odio, empezó á explicar al abogado los motivos que tenía para el reclamo que pretendía entablar y á reasumir á grandes rasgos las causas de aquel cambio terrible de posición.

He aquí su vida reasunida, desde que Alzaga huyó de Buenos Aires hasta aquel momento.

Su pobre vida había sido un tejido de desventuras y de lágrimas.

Cuando Alzaga salió de su casa á ocultarse en la de su amigo Terrada, la Estrella del Norte no podía aún darse cuenta de su situación terrible.

Creí que su esposo huía por algo que no podía explicarse, pero que aquella ausencia no debía de ser larga.

No podía sospecharse que una sentencia tremenda había de alejarlo de la patria y la familia, para siempre.

Sabía que se había cometido un delito de magnitud, pero como todo se lo ocultaban por no afligirla, no podía presumir las consecuencias que aquel crimen iba á tener para todos

aquellos que estaban ligados á sus perpetradores.

Cuando la policía, despues de aprender á Marcet y Arriaga empezó á buscar á Alzaga, recién Catalina tuvo conocimiento de la causa verdadera de aquella persecución.

Su esposo era un asesino y ladrón, llamado por edictos á que se había dado toda la publicidad posible.

Cuánta vergüenza sintió aquella mujer desgraciada al conocer todo el peso de la horrible verdad!

Ella tan feliz antes, gozando de todas las comodidades de la vida, de una fortuna brillante y una posición distinguida, venía á quedar aislada, privada de todo y sin más que la herencia de oprobio que el asesino dejaba para ella y su hijo, aquella tierna y hermosa criatura, que tan temprano venía á abatir el soplo del infortunio.

La Estrella del Norte lloró con toda la amargura de su pobre alma y se refugió en el cariño de su hijo, única cosa de que podía disponer en esta vida.

Mientras se siguió el sumario, ella pudo ali-

mentar una esperanza, aunque débil, de que tan monstruoso delito no fuera obra de su esposo.

Esta esperanza no era engendrada por el amor, pues el poco cariño que le inspirara su esposo, había sido muerto por su vida licenciosa y alejada del hogar.

No era hija de la estimación y del respeto porque el crimen de que se declaraba autor á Alzaga, había muerto en ella todo sentimiento de respeto.

Era el deseo de alejar de la frente de su hijo aquella mancha horrible, y el horror de hallarse ligada para siempre con un asesino ladrón.

A medida que el sumario avanzaba é iba quedando constatado el crimen y sus autores, la Estrella del Norte iba perdiendo poco á poco todo el brillo de su fulgor esplendente.

El peso de la vergüenza iba agobiando poco á poco su semblante juvenil y espléndido.

Y empezó á aglomerar en su corazón purísimo hasta entónces, un odio profundo por el hombre causante de aquella situación.

Su hijo empezó á serle indiferente á pesar del esfuerzo que hacía por combatir aquel sentimiento que la embargaba poco á poco,



Es que su hijo se parecía al padre, renovaba su recuerdo y avivaba el odio y el desprecio que por él sentía.

En su situación delicada se encerró en su casa negándose á ver á todos los que no fueran los miembros inmediatos de su familia, quienes por no afligirla más, le ocultaban el verdadero estado del proceso.

Pero llegó un momento en que toda ocultación era inútil é imprudente.

Alzaga, como sus cómplices, constatado el crimen, habían sido condenados á muerte, pena á que escapaba Alzaga por su pronta fuga.

No podía ser más rudo el golpe para una mujer delicada y criada entre toda clase de mimos.

—Pero Alzaga no está aquí, balbuceó, no podrán matarlo.

—Pero no por eso escapa á la acción de la justicia, cuyo fallo se cumpliría si se atreviera á volver á Buenos Aires, en cualquier época de la vida.

—Pero ese hombre podrá compelerme á seguirlo, podrá arrancarme mi hijo.

—Ese hombre ha perdido todos sus derechos,

ha muerto civilmente, y la justicia y las leyes no pueden reconocerlo sinó como un muerto.

Tú eres la viuda de Alzaga, porque la ley que lo condenó á muerte, al hacerlo, lo ha despojado de sus derechos.

Alzaga no puede ser considerado sinó como un muerto.

—Quiere decir que yo soy la viuda de un asesino y de un ladrón!

—Desgraciadamente esa es la verdad: tu vergüenza no tiene remedio: el tiempo y la estimación de los que te conocen te volverán la quietud del espíritu que ese miserable te roba.

—La estimación de los que me conocen! ¿y dónde están esos que me conocen y me estiman?

Desde que se fué ese hombre, ninguno se ha acercado ni siquiera á saber si he muerto de vergüenza!

¿Temen acaso mancharse con mi contacto? ¿soy por ventura responsable de los actos cometidos por un hombre fatalmente ligado á mí?

Yo cuando me casé, no podía adivinar que me amarraba á la suerte de un ladrón y un ase-

sino: él pertenecía á familia distinguida y era entónces un cumplido caballero.

¿Por qué quieren entónces hacerme responsable de sus crímenes é infamias? ¿no soy yo su primera y más desgraciada víctima?

Solo Trápani se ha condolido de mi, solo su palabra amiga ha sonado á mi oído con el dulce acento del consuelo y la noble intención de enjugar mis lágrimas.

Fuera de él, no tengo que esperar nada de nadie!

¿Quién era este Trápani tan dulcemente nombrado por la Estrella del Norte?

¿Qué especie de interés le llevaba á consolar con palabra dulce y cariñosa el dolor de la hermosa viuda?

Trápani era uno de sus parientes más próximos, hombre hermoso y de una fortuna brillante.

Aunque mayor que Alzaga, era Trápani un hombre joven, de una acentuada belleza varonil y de un corazón hidalgo en todo el sentido de la palabra.

La celeste belleza de Catalina, había cautivado

desde sus primeros años, su corazón impresionable y apasionado.

Amaba á Catalina de una manera íntima y pura, amor que se manifestaba en galanterías delicadísimas y sutiles.

Pero Trápani no había nunca despegado sus labios para revelar la intensidad de su pasión.

Creía que aún no había llegado el momento de hacerlo y que con su conducta y sus cariños delicados, decía más de lo necesario.

Porque Trápani amaba con un sentimiento de respeto que divinizaba ante sus ojos á aquella mujer divina.

Su amor era una especie de culto, porque Catalina era para él algo más que una mujer; era una mujer divina.

Había en su amor todo el misticismo de la religión, humanizado por aquellas formas artísticas y por aquellos ojos apasionados, donde se apercibían como al través de una tormenta, todos los sentimientos que puede brindar el corazón de esta sublimidad: una mujer.

Trápani guardó en el misterio de su espíritu aquel amor infinito, y miró al abismo de aque-

llos dos ojos cómo quien mira á la tierra prometida.

Una tarde paseando bajo los altos árboles de la quinta, aspirando el ambiente tibio y embalsamado de una tarde de Enero, Trápani no pudo contener su corazón, que se desbordó en poético y arrobador lenguaje.

Su palabra era suave y llegaba á su corazón como la brisa perfumada que dobla blandamente el tallo de la flor acariciando sus hojas.

Y la joven sentía algo de aquella languidez suprema, pero ya era tarde, demasiado tarde!

Catalina Benavidez era la prometida de Francisco Alzaga!

Trápani demasiado hidalgo, demasiado noble, creyó que Catalina amaba á su prometido con la embriaguez dulcísima del primer amor, y no quiso turbar la paz de aquel corazón que recién nacía á la vida de las pasiones.

Dobló sobre el suyo su amor, como la lápida de una tumba y sofocó sus sollozos.

Las últimas palabras se ahogaron en su garganta y se despidió de Catalina con la firme intención de no volver á verla sobre la tierra.

Desde aquel momento todo le fué indiferente.

Vivía como un idiota, acariciando aquella imájen que se levantaba en su corazón, como quien acariciá á un muerto.

Cobró por la vida un profundo hastío para todo lo que no fuera aquel recuerdo y esperó tranquilo la muerte de la materia.

Entretanto Catalina, inocente á todo, no sintió la fuerza de aquella pasión suprema.

Sin amar á Alzaga, con aquella vehemencia que levanta un mundo en cada latido del corazón, se casaba con él, sin dar á este acto toda su solemne importancia.

Era un joven interesante, rico, de una familia distinguida y que decía amarla con pasión: ¿á qué mas podía aspirar un corazón inocente y puro?

Sus padres se mostraban satisfechos de aquella alianza, á la que desde un principio no mostraron el menor impedimento, y los elogios de los amigos concluyeron de demostrarle que en aquel casamiento estaba la felicidad de su vida.

Preocupada con todo esto, no solo no puso atención á las poéticas frases de Trápani sinó que este fué bien pronto olvidado.

No tenía tampoco motivo para recordarlo.

El primer tiempo de su matrimonio, llenó su corazón con las nuevas impresiones que recibiera, no volvió á recordar á aquel que se había alejado de su trato por no turbar la paz de su corazón.

Cuando la sociedad fué tan hondamente conmovida por el crimen de los altos de Lafranca, nombrando á sus asesinos, Trápani pensó en Catalina y dos lágrimas asomaron á sus ojos.

—Pobre! exclamó—creí que hubiera sido más feliz!

Sin acercarse á la mujer querida él siguió con rara avidez todas las faces de aquel proceso ruidoso, hasta que se convenció que una desgracia era inevitable.

Y cuando la sentencia de muerte se hubo pronunciado, vistió de riguroso luto y se presentó en casa de Catalina.

Iba á reanudar una relación que ya podría cultivar sin temor de ofensa para nadie.

En los senos de su corazón empezaba á renacer una esperanza que lo transportaba á tiempos más felices y á aspiraciones más dulces.

Trápani encontró á Catalina más hermosa que nunca en medio de su dolor, observando con in-

timo placer que en ella no predominaba el sentimiento del dolor sinó el de la vergüenza.

O Catalina no amaba á Alzaga y poco le suponía perderlo, ó no se daba cuenta de todo el alcance de aquella tremenda sentencia.

Y al observar el desprecio y odio con que la joven hablaba de *ese hombre*, pudo constatar que el llanto que humedecía y enrojecía aquellos ojos espléndidos, era causado por la vergüenza de su situación desesperante.

Trápani sintió que no todo había concluído para él, la fuerza de la esperanza irradió poderosa en su corazón iluminando su espíritu y fué su palabra bondadosa y elevada el único consuelo que tuvo en su desgracia la Estrella del Norte. Catalina recordó entónces las pasadas gentilezas de Trápani, su ausencia durante sus tiempos de felicidad y su consolador regreso cuando la desgracia había golpeado su puerta de un modo tan doloroso.

Y al recordar todo esto experimentó un sentimiento nuevo de indefinible dulzura.

Era Trápani el único consuelo que experimentaba desde la fuga de Alzaga, la única palabra amiga que escuchaban sus oídos.



\*  
\* \*

La Estrella del Norte se aisló de todo y de todos.

La indiferencia por su hijo fué creciendo, como le lizo extensiva á todo cuanto los rodeaba.

Su trato con Trápani fué haciéndose cada vez más íntimo y necesario á su espíritu.

Su corazón empezó á ser presa de un nuevo sentimiento desconocido para ella.

El cariño que experimentaba por Trápani era de una intensidad completamente nueva é imperiosa.

A su lado se sentía feliz y cuando llegaba el momento de separarse sentía un profundo pesar que solo su vuelta disipaba.

Trápani había sentido reavivar su pasión con un ardor inconcebible.

La belleza de Catalina realzada por la desgracia, lo cautivaba por completo.

La pasión se desbordó al fin, y Trápani descubrió á Catalina toda la vehemencia de su cariño.

Y Catalina amó, amó por primera vez en su vida, con todo el ardor, con toda la pasión imperiosa de un amor primero.

Pero se ofrecía una dificultad insuperable.

¿Cómo dejar tomar pábulo á un amor que no podía legitimarse en manera alguna?

Ella quiso resistir, quiso arrancarse aquella pasión violenta, pero vió con dolor que todo esfuerzo sería inútil.

Ella trató de alejarse de Trápani, se lo pidió con lágrimas sentidas, pero dos días después volvían á verse sin haber podido ninguno de los dos prolongar la separación.

Llegó un momento en que una explicación fué ineludible.

Los corazones latieron fuertemente, los espíritus se conmovieron y los labios se movieron para dar paso en perfumadas frases á aquella pasión por tanto tiempo sofocada.

—Yo te amo desde que tuve suficiente criterio para apreciar tu belleza espléndida, dijo Trápani, estremecido de una manera íntima: creo

que mi amor es tan remoto en mí como los primeros días de mi existencia.

He sufrido al ocultarte mi amor, como no puedes imaginarlo.

Cuando ví muerta mi esperanza por tu casamiento con aquel miserable, creí que mi corazón y mi cráneo estallaran á impulsos de mi desesperación, y reconcentré mi vida en tu recuerdo.

Vivía de tí, sintiendo que el recuerdo de tu imágen arrobadora era lo único que podía embellecer mi existencia miserable.

Y te amé en mi soledad y en el misterio de mi retiro, con toda la pasión de que mi espíritu es susceptible.

Cuando se tuvo noticia del crimen cometido en Alvarez, hubo un momento en que me alegré, lo confieso, pero al pensar que aquella desgracia podría causar el dolor de toda tu alma, me arrepentí, lloré contigo y vine á consolar tu desventura en todo lo que me fuera posible.

Tu contacto reavivó mi amor con más pasión que nunca, ví con un júbilo incalculable que tú no amabas á Alzaga, que tu dolor era causado solo por la afrenta y dejé entónces crecer este

amor que hoy me domina al extremo de declarar que te amo de una manera imperiosa y superior á mis fuerzas.

Creo que no te soy indiferente, por lo menos, y que puedo hoy alimentar una esperanza de felicidad suprema, sin temor que me la arranquen.

Todo cuanto valgo, puedo y tengo, está dedicado exclusivamente á mitigar tu dolor y hacerte olvidar tu vergüenza: lo pongo á tus piés con un espíritu que no ha reflejado más que tu belleza, y un corazón que no ha latido más que para tí y por tí.

¿Quieres aceptar esta miseria á cambio tan solo de una mirada cariñosa de tus ojos espléndidos?

El mundo quedará así reasumido en ella para mí y habrá llegado también el día de mi felicidad.

Catalina escuchaba estremecida aquella palabra enamorada cuyo eco levantaba en su corazón una eterna primavera, con sus perfumes, sus brisas tÍbias, sus pasiones ardientes y su eterna poesía.

Aquella ternura, aquella melodía arrobadora

del lenguaje humano, eran sensaciones desconocidas para su espíritu vírgen, donde la pasión humana no había pulsado una sola cuerda.

Y contemplaba á Trápani en un éxtasis supremo, dejando arrullar su alma por las últimas ondulaciones de aquella pregunta apasionada.

Vuelta á la realidad de la vida, el imposible se cruzó antes sus ojos, y rompió á llorar de una manera desesperada.

El rubor del cariño asomó á su fisonomía de virgen, y balbuceó palabras que fueron un bálsamo para su corazón por tanto tiempo abatido.

—Dios sabe, dijo, que mi espíritu necesita del cariño que tan generosamente me ofrece, pero ¿cómo podremos unir nuestros destinos?

Yo estoy amarrada á ese hombre por una eternidad: los lazos que con él me unieron solo la muerte puede cortarlos y ese hombre ha escapado á la muerte que él mismo había traído sobre sí.

—Ese hombre no tiene nada que ver contigo, ni puede influir ya en tu destino: él ha muerto para todo lo que importa una propiedad ó un derecho.

Si ha escapado á su acción, no ha podido es

capar á su efectos, y por la sentencia que lo condenó á vergonzosa muerte, quedó declarada tu perfecta libertad individual.

Eres viuda, por suerte mía y nadie sobre el mundo podría arrebatarte á mi amor: una sola palabra tuya y nuestro destino quedará fijado.

—Siento algo que me arrastra á tí, en un vértigo que no puedo dominar.

Hay una voz que me impulsa á esta rara felicidad que me ha hecho experimentar el sonido de tu palabra y un terror vago de que no pueda realizar este sueño encantado.

Iluminada por los relámpagos de la pasión más pura, la belleza de Catalina crecía tomando un aspecto que no era de este mundo.

Trápani estaba absordo, había sido dominado por el vértigo y empezaba á sentir vacilar su razón por vez primera.

—Yo no he amado nunca! continuó Catalina, entrecerrando sus ojos lánguidos, lo comprendo ahora que siento en mi sér lo desconocido, lo incalculable de este cariño nuevo que recorre las venas, mezclado á mi sangre, como una brasa de fuego.

Si esta felicidad puede prolongarse como la

vida, bendito sea Dios que te ha inspirado! y bendigo la propia vergüenza y el dolor que me lo han revelado cuando más lejos la creía.

Y olvidándolo todo cayó en los brazos que le había tendido Trápani obedeciendo á un movimiento de intuición.

—Y bien, dijo, yo te arrancaré á la vergüenza injusta que la sociedad arroja sobre tu frente, para que puedas devolverla con tu más altivo desprecio.

La mujer de Trápani no es la viuda de Alzaga y las que hoy te señalan con su sonrisa más compasiva, tendrán que bajar la cabeza ante tu esplendor de astro.

La sociedad es así, alma mía! es preciso no dejarse poner su pié encima, porque en seguida uno se vé enterrado como un cadáver.

Catalina alzó su hermosa frente radiante de alegría, y envió á Trápani en una mirada todo el fuego de que era susceptible su alma.

\*  
\* \*  
\*

Desde el día siguiente Trápani empezó á hacer diligencias para su casamiento, siendo su primer paso presentarse á la curia para practicar las diligencias de estilo.

Pero aquí tropezó con la primera dificultad.

Si Alzaga había muerto para todos los efectos civiles, la Iglesia no lo consideraba así y por consiguiente declaraba que no podía conceder su permiso para el nuevo matrimonio, mientras no se presentara la partida que acreditase la defunción de Francisco Alzaga.

Trápani expuso una gran cantidad de argumentos sólidos trayendo en su apoyo las leyes más modernas, llegando hasta hacer á la Iglesia responsable del porvenir de Catalina.

Pero la Iglesia se mostró sorda á las más claras razones, negándose redondamente á conceder el permiso solicitado.



Todavía la Iglesia no estaba tan ducha en sus negocios, y lo que hoy se obtiene por una dispensa más ó menos cara, entónces no había esfuerzo capaz de obtenerlo.

Trápani no tuvo la buena idea de pedir precio por aquella dispensa y volvió desesperado á participar á Catalina la dificultad insuperable que le salía al camino.

Todos sus amigos letrados fueron consultados en la emergencia, y todos fueron de unánime opinión, pero la curia no cedió y Trápani vió con desesperación que su casamiento era imposible mientras viviera Alzaga.

Dado el cuerpo que últimamente había tomado la pasión de ambos, sería imposible sustraerse á sus fatales consecuencias y era esto, precisamente, lo que desesperaba al joven.

Catalina sentía que su pasión la dominaba, la arrastraba hasta medir el abismo á que se vería impulsada.

Entónces contrajo por Alzaga un odio tremendo, rogando á Dios lo hiciera desaparecer de la tierra de los vivos.

Aquel hombre, después de haber labrado su eterna desgracia, se cruzaba á su paso como

un espectro, disputándole todo aquello que pudiera ser agradable á su corazón.

Catalina, entregada así al combate de su pasión y su odio, no tuvo fuerzas para resistir por más tiempo y lo olvidó todo.

¿Qué consideraciones tenía que guardarle ella á la sociedad y al mundo, que sin razón la habían despreciado abandonándola á su injusta vergüenza?

Arrastrada por la pasión más ardiente no fué bastante ni aun la nueva mancha que iba á arrojar sobre la frente de su pobre hijo y se entregó por completo al amor de Trápani.

Catalina creyó que una nueva vida de felicidad y esperanza se abría para ella, entre las ondas perfumadas de aquel amor inmenso.

Y se dedicó á su culto sin preocuparse de todo lo demás.

Vivía exclusivamente para aquel amor que le hacía olvidar sus pasadas desventuras y gozar de momentos de suprema felicidad.

El cariño delicado y profundo de Trápani, la rodeó de todo aquello que pudiera contribuir á mejorar su físico y alegrar su espíritu tan quebrantado.

Su hermosura empezó á crecer nuevamente y aquella palidez enfermiza desapareció también de sus mejillas de nácar.

Así vivieron los dos amantes en medio del misterio y del cariño, sin que nada extraño viniera á interrumpir aquella felicidad suprema.

Pero el misterio no podía seguir, pues la maledvolencia de la gente debía encargarse de turbarlo con su palabra maldiciente.

La voz de que Trápani y Catalina llevaban una vida íntima empezó á desparramarse, la calumnia añadió su contingente empozñado y aquellos amores fueron el tema obligado de todas las conversaciones.

Trápani trató entónces de compensar aquella nueva amargura que venía á empeñar una vez más el fulgor de la Estrella del Norte, y la vistió entónces de todo el lujo que podía proporcionarle su fortuna cuantiosa.

Con aquel lujo y el lujo supremo de su belleza incomparable Catalina azotó el rostro de la sociedad que la había despreciado y pretendido olvidar.

Sus ojos espléndidos volvieron á irradiar su

fulgor supremo en los paseos y los teatros, pero en cambio ella empezó á dejar por todas partes los girones de su pudor y su vergüenza, que tan interesante la habían hecho en otros tiempos.

Había pisado el primer escalón que conduce inevitablemente á un abismo de ruina y de miseria.

Su hijo, que tal vez hubiera sido el freno salvador en aquella pendiente, se criaba lejos de ella, sus caricias no podrían levantar á la madre de su caída monstruosa.

Pobre mujer! ávida de felicidad y de cariño, agobiada por una tremenda desgracia, se había lanzado sin mirar atrás ante lo que ella creía el olvido de todo, sin mirar sus consecuencias.

La misma sociedad que la escarnecía, la había precipitado allí, haciéndola responsable de faltas ajenas á ella.

Todo pasa en la vida humana, y así aquellos momentos de felicidad encantada pasaron por el espíritu de Catalina, que volvió á encontrarse envuelto en las tinieblas de una nueva desgracia.

El pensamiento más caro de Trápani, era unir-

se á Catalina, en cuanto muriera Alzaga, y esta esperanza era la que cerraba los ojos de Catalina, á todo remordimiento y á toda consideración social.

Siendo la esposa de Trápani ¿quién podría reprocharle su conducta?

Pero Alzaga parecía que amenazaba vivir una eternidad, haciéndose superior á toda desgracia y á todo contratiempo.

Fué entónces que Terrada la vió con la segunda misión de Alzaga, recibiendo aquella sangrienta respuesta que decidió el rumbo que había de fijar Alzaga á su existencia.

La felicidad de los amantes duró así muchos años, esperando el cataclismo que debía consagrarla para siempre.

Fué entónces que Catalina se sintió herida por una nueva desventura, más tremenda aun, puesto que venía á herirla cuando menos lo esperaba.

Una noche, cuando más felices se hallaban, conversando sobre la realización de todos sus planes de ventura, Trápani se sintió mal.

Algo como un golpe de sangre hirviente subió

á su cabeza, que fué doblándose gradualmente sobre el seno gentil de Catalina.

Ayudada por los sirvientes, lo llevó al aposento y fueron llamados los mejores médicos que había en Buenos Aires, los que no eran muy famosos que digamos.

Trápani parecía muerto: los latidos de su corazón no se sentían y su cuerpo iba enfriándose poco á poco.

Catalina era presa de una desesperación terrible—creía muerto á su amante y junto con él todo cuanto podía hacerle agradable la vida.

—Esto no puede ser más que un desmayo! exclamaba en medio de desgarradores sollozos. —Su semblante está natural y tranquilo no viéndose en él ninguno de los rastros que deja la muerte.

Los médicos llegaron por fin y Catalina pudo ver disipadas todas sus dudas, pero de qué manera dolorosa é inconsolable!

Después de examinar con la mayor prolijidad aquel cuerpo que parecía dormido, los médicos declararon que no había nada que hacer allí, porque se hallaban en presencia de un cadáver.

La Estrella del Norte creyó morir de dolor y de vergüenza!

La muerte imprevista de aquel hombre noble y cariñoso, la dejaba en una situación tremenda.

¿Qué sería de ella, abandonada de todos y sin los recursos que habrían asegurado su porvenir?

Trápani no había tenido tiempo de pronunciar una sola palabra, porque había caído como herido por un rayo, precisamente cuando hablaba de tomar medidas que aseguraran el porvenir de aquella mujer á quien había dedicado su vida.

Poco pensó en su situación Catalina, pues el dolor de aquella muerte absorbió todo otro sentimiento.

Y era preciso separarse de aquel cadáver, y separarse para siempre.

Fué entónces que Catalina sintió la soledad y el desamparo en que quedaba.

Los amigos se hicieron cargo del cadáver, ayudando á los parientes, que lo condujeron al cementerio, depositándolo en el sepulcro de uno de ellos, pues Trápani, que creía vivir mucho

aun, no había pensado en prepararse su última morada.

El dejó una fortuna, pero ésta debía ser recogida por sus parientes más cercanos, que en lo que menos se preocuparían sería en la suerte de Catalina.

Aislada la pobre se reconcentró en su dolor y su soledad, vendió cuanto tenía para hacerse de recursos, y se dedicó exclusivamente á llorar al hombre que había dedicado su vida á hacerla tan completamente feliz.

A Catalina no le quedaba otro consuelo en la tierra—todo lo había perdido con la muerte de Trápani, que parecía haberse llevado al sepulcro cuanto podía servirle en la vida.

\*  
\* \*

Las alhajas empezaron entónces á tomar el mismo camino de los muebles, y la miseria se ofreció luego á su pensamiento en toda su horrible desnudez.

Catalina pensó entónces en alguna medida que



la pusiera á cubierto de situación tan tremenda, y el trabajo vino en seguida á alterar con sus horas de dolor, reuniendo un pequeño capital que le permitió comprar todos los útiles necesarios para hacer dulce, con cuyo comercio podía vivir sin carecer de las cosas más necesarias á la vida.

Catalina se dedicó á aquel comercio con ardor creciente, viendo que progresaba mucho más de lo que había soñado en sus más risueñas esperanzas.

Hacía grandes cantidades de dulce y masas que mandaba vender con los negros y negras que hacían ese negocio, al tanto por ciento.

Estaba de Dios que la desgracia no había de dar reposo á aquella alma tan azotada por la fatalidad.

El negocio que por algunos meses había marchado tan bien, empezó á dar resultados ruinosos.

Algunos vendedores empezaron á alzársele con el producto de la venta, bajo el pretesto de haber perdido el dinero, ó de que les habían arrebatado la mercancía.

Viendo la impunidad con que podían hacerlo,

porque la pobre señora no podía hacerse justicia por su mano, empezaron á seguir robándole y sacando á crédito nueva mercancía que ella les daba, en la esperanza de recuperar algo de lo perdido.

Estas nuevas desgracias que empezaron á minar su negocio hasta hacerle pensar otra vez en la miseria, le hicieron tomar por la vida una especie de aborrecimiento.

Empezó á mirar con indiferencia todo cuanto le sucedía y á despreciar profundamente á cuanta persona se le acercaba.

No tenía más cariño que para el recuerdo de Trápani, cuyo sepulcro visitaba diariamente.

Llegó un momento en que Catalina tuvo necesidades, careciendo de todos los medios para llenarlas.

Le fué imposible pagar el alquiler de la casa donde vivía y alquiló un cuarto en un patio donde vivían toda clase de mujeres, de toda clase de ocupaciones, especie de conventillo, donde la vida era sumamente barata.

Allí empezó para Catalina una nueva vida, de la que no tenía la más remota idea.

Todo su haber en este mundo se reducía á un

colchón de paja que tendió en el suelo, una botella vacía que dragoneaba de candelero y un cajón vacío que era su mesa y su silla al mismo tiempo.

El dolor y la miseria empezaron á perturbar su razón, abandonándose por completo, sin miramiento de ninguna especie.

Y Catalina empezó á dejarse arrastrar por el vicio que le salía al encuentro en cada puerta de sus vecinas.

El recuerdo de su pasada opulencia y felicidad se le hizo insoportable en medio de su espantosa miseria.

Y para olvidar empezó á beber, primero aceptando las invitaciones de sus vecinas, y después como un medio de olvido.

Cuanto peso caía á sus manos lo empleaba en vino ó aguardiente, y bebía y bebía hasta que perdía por completo toda sensibilidad.

Después del vino, siguió con el cigarro y con el juego, vicios á los que se entregó por completo.

Su cuarto concluyó por ser el salón donde se reunía aquel cúmulo de mujeres viciosas y córrumpidas.

Su lenguaje siempre fino y distinguido fué reemplazado por ese lenguaje vulgar é indecente de los conventillos.

Es que poco á poco había ido perdiendo todos sus sentimientos de delicadeza y educación, hasta que sin apercibirse de ello se había convertido en el sér andrajoso y miserable que hemos visto presentarse en casa del doctor O. defensor de pobres.

Como no pagaba sus alquileres ni siquiera pensaba en hacerlo, fué arrojada de aquel cuarto, yendo á habitar el rincón que le diera de limosna una negra, que parecía madre de todos los vicios conocidos.

Y fué allí donde concluyó de rodar al fondo del abismo, donde vamos á encontrarla en la situación más desesperante á que puede llegar un ser humano.

Veamos ahora lo que fué del hijo de aquella infeliz, á quién alcanzó el crimen del padre, de un modo tan terrible.

---

## **La fuerza del destino**

---

Francisco Alzaga se había criado y educado al amparo de la familia de su padre y junto con sus primos.

Era un hermoso niño cariñoso é inteligente, que no podía aún darse cuenta de su posición y su estado miserable.

Habituado á recibir de manos de sus tíos todo género de bienes, había concluido por mirar á éstos con un amor entrañable y un respeto profundo.

La historia de su padre, segun aquellos se lo había narrado, era triste y conmovedora.

Perseguido como salvaje unitario durante la tiranía de Rosas, había tenido que emigrar al Estado Oriental, donde murió poco después, sin haber podido volver á la patria.

No sospechando que la vida de su padre encerraba un crimen tan monstruoso, había creído esta historia, sin tratar de adquirir nuevos datos, pues le bastaba con lo que sus tíos le refirieran.

Francisco pues, se había educado y crecido, respetando la memoria de su padre y llorando la persecución del tirano que lo había hecho morir en tierra extranjera, privado de la asistencia y del cariño de los suyos.

Y así vivía feliz á este respecto, pues nadie tendría el coraje de sacarlo del error en que vivía.

Jóven de veinticinco años, era una persona distinguida, por sus condiciones de espíritu como por su educación esmerada.

Sin parecersele de una manera decidida, tenía, en su fisonomía algo del brillo de la Estrella del Norte, mezclado á la distinción natural de los Alzaga.

El joven alternaba en la primera sociedad sin haber recibido jamás el menor reproche ó desaire.

¿Quién se hubiera atrevido á enrostrarle una falta de que era inocente? pues aunque así lo

dispone un evangelio estúpido, hecho para sacar dinero, la falta de los padres, no pueden caer sobre los hijos, séres inocentes y puros que no pueden ser responsables de lo que no cometieron.

Esta monstruosidad puesta en boca de Dios mismo por los que se titulan sus ministros en la tierra, es la abnegación absoluta de la infinita grandeza del sér Supremo, cuya justicia sublime no puede herir la cabeza del inocente para castigo del culpable.

El hombre es hijo de sus propias acciones y no de las acciones de sus antepasados; cuyos crímenes ó virtudes poco ó nada pueden darle personalmente.

Así el joven Alzaga vivía entre la primera sociedad, siendo justamente acreedor al respeto de sus discípulos primero, y de sus amigos más tarde.

La historia terrible de su padre vivía fresca aún en la sociedad, á pesar de los veinte años transcurridos, pero la sociedad se había habituado á mirar en él, no al hijo del asesino de Alvarez sinó á un joven lleno de mérito que nada tenía que ver en aquel crimen, desconoci-

do para él, pues nadie había tenido el coraje de hacérselo conocer.

Respecto á su buena madre, nada tenía el joven que reprochase ó reprocharle.

Habiéndose educado en el pupilaje, poco estuvo á su lado y no pudo conocer de cerca la amargura suprema de aquella existencia desventurada.

Conocía las angustias de aquella vida desolada, pero las atribuía al trágico fin de su padre.

Es que Catalina había tenido verdadero talento para ocultar á su hijo todo aquello que pudiera haberle causado alguna mortificación ó desagrado.

Para él, como para los que no conocían la intimidad de su vida, era aquella una noble mujer que se había separado de la sociedad y del mundo, para guardar mejor la memoria de su esposo muerto en el destierro, mártir de ideas políticas que lo hacían más querido y respetable.

Educado en principios rígidos y con ejemplos palpitantes de virtud y honradez, Francisco Alzaga era un joven intransigente para todo proceder que no fuera ajustado á las más estrictas reglas de la delicadeza.



Aunque jovial y travieso, nunca se había mezclado á travesuras ni calaveradas que hubieran dejado un mal recuerdo.

Se divertía como el que más, sin haber dado lugar á la observación mas leve.

Así vivió en medio de la juventud de su tiempo, rodeándose del cariño y respeto de todos.

Sus amigos le consultaban sus pasos más serios en la vida, pidiéndole siempre su opinión, pues sabían que ésta obedecía siempre á su criterio sano y á un carácter recto y noble.

Su espíritu parecía templado en las grandes desgracias, para las que tenía siempre una palabra de consuelo y conformidad.

Qué le hemos de hacer! decía siempre, alguna variante ha de tener la vida para no ser monótona.

Ya vendrán sucesos mejores que hagan olvidar estas pequeñas contrariedades!

El corazón de Alzaga que no había tenido nunca esas expansiones tiernas del cariño, tropezó un día con una visión celeste bajo la forma embriagadora de una mujer hermosa.

Y amó con esa pasión íntima y arrebatadora de

los huérfanos del cariño, sin pretender ocultar una pasión que creía legítima y justa.

Francisco Alzaga fué correspondido con igual vehemencia, pues en su mirada espresiva y mansa estaba latente el reflejo de su espíritu bello y cultivado.

Fué una historia de amor sencilla y tierna que debía tener un desenlace tan dramático como inesperado.

Era la maldición de Alzaga que se extendía á los séres ligados á él.

Es un apellido que lleva consigo algo de fatal, que se hace estensivo hasta las personas que á él se ligan, sin que los que lo llevan con legítimo orgullo, hayan puesto nada de su parte para alimentar esta fatalidad.

Francisco fué correspondido con íntima ternura por la joven que había impresionado su corazón tan hondamente.

Era una hermosa niña, sencilla, sensilla y gentil, cuyo espíritu artístico conmovía desde su primera irradiación.

Su belleza hablaba al alma y á los sentidos con pureza incalculable.

Había en su sér toda la frescura y perfume de

una primavera, con toda la vorágine de los trópicos.

Y aquellos ojos tan humanos y cargados de pasión, miraban al alma como solo miran los ojos de una mujer, cargados por la electricidad estupefacta de una pasión primera del corazón que despierta bruscamente á la vida del amor, y que tiembla conmovido al contacto de ese soplo misterioso que llega hasta él de un modo inconcebible.

Es la pasión que habla de una manera poderosa en el sonido lejano de la pisada, en el éco de la voz, en la ráfaga de aire que trae el perfume que usa él en los cabellos ó en el objeto indiferente que él señaló con una palabra de cariño.

Alzaga se sintió amar de esta manera y su corazón quedó deslumbrado en las tinieblas de su orfandad.

Y al sentir este cariño sintió realmente que había en el hombre algo que lo elevaba hasta Dios, arrancándole á las miserias de la vida.

—Oh! el corazón humano! exclamó extasiado en la contemplación de aquel sér querido—yo no conocía esta fuerza motriz del sentimiento!

Y se entregó al culto de aquel amor que le presentaba la vida bajo una forma nueva y arrobadora.

El indiferente antes á la vida, amó desde entonces la existencia y conoció la ambición, la ambición noble de enriquecer su espíritu con todo aquello que fuera agradable á la mujer querida.

Ella pertenecía á una familia distinguida cuyo apellido no debe figurar aquí, y estaba educada con todo el recato y sencillez de aquellos buenos tiempos.

Desde que sintióla fuerza de aquella pasión, el joven resolvió encaminarla á un desenlace feliz, procediendo con toda la hidalguía de sus sentimientos.

Después de consultar á su tío, se hizo presentar en casa de la joven, asumiendo francamente desde el primer momento su verdadero rol de pretendiente.

Tal vez sus tíos presintieron que aquel enlace podía provocar la revelación del terrible secreto, pero no quisieron contrariar el corazón del joven.

De todos modos aquella familia, si aceptaba

el castigo de Alzaga era porque estimaba sus prendas personales y entónces no pondrían inconveniente en seguir ocultando al joven un secreto cuya revelación podía causar una eterna desgracia.

Los padres de la niña autorizaron á Alzaga á visitar á Julia, sin comprometer su palabra por el momento, pues manifestaron querer antes conocerlo bien de cerca en su vida íntima.

Mas que estimable debía ser este joven, cuando era aceptado de esta manera, á pesar de sus antecedentes de familia que solo para él podían ser un misterio.

Como es natural, no era Alzaga solo el deslumbrado por la belleza de Julia.

Había un estudiante de medicina que se había enamorado perdidamente de la joven, pero que contenido por el rango y la fortuna de la familia de Julia, había dado á sus amores un giro estudiantil, tratando de dar tiempo á avanzar en sus estudios, para presentarse como candidato á marido en condiciones de ser aceptado.

Los amores del estudiante, á quien llamaremos Gomez, se habían limitado hasta entónces á seguirla en los paseos, esperar los domingos en

el átrio de la iglesia su salida de misa, como astrónomo que espía el paso de Vénus, para tener el placer de saludarla de una manera picaresca y seguir la estela luminosa de su paso.

A veces dejaba caer un humilde ramito por entre las rejas de la ventana y mataba una media hora de la tarde en la próxima esquina espionando un relámpago de sus ojos espléndidos.

Ella no miraba con indiferencia al estudiante, sonreía ante la travesura de sus ojos expresivos y respondía con cierto agrado á su lejano saludo.

El estudiante se le había hecho simpático obligándola á pensar en él, pero su corazón permanecía frío, sin sospechar que aquella simpatía pudiera dejenerar en amor.

Usando de mil comedimientos y atenciones con los padres de Julia, en algunas reuniones que con ellos se encontró, el futuro médico había logrado inspirarles cierta simpatía cariñosa, á lo que llamaba jovialmente «preparar el terreno.»

Sus colegas de hospital dábanle bromas terribles que él aceptaba alegremente, pero habían

concluido por reconocer en Julia á la novia de Gomez.

Sus travésuras le habían dado entre sus compañeros un gran prestigio, pues algunas mariposas habían quemado ya sus alas en el fuego de su corazón.

Así es que cuando él decía:—«El día que entre á estudiar quinto año, la pido y al presentar mi tesis me caso y doy un banquete»—escuchaban su palabra lo más sériamente posible, contentándose con responder:—es muy capaz de hacerlo como lo dice!

Algunos otros prójimos habían intentado la misma conquista, pero todos fueron recibidos de la manera mas glacial.

Ninguno de ellos pudo contar este triunfo fabuloso obtenido por Gomez:—hacerse contestar un saludo.

Pero un día se presentó Alzaga y la estrella de Gomez desapareció de su cielo.

El estudiante notó un día la indiferencia de Julia.

—Sin duda está resentida porque no pasé ayer, se dijo, y su plantón en el poste de la esquina fué mas largo al día siguiente, esperando una mirada de su novia.

Pero pasó esa tarde, otra y otra, sin que el perfil de Julia asomara á la reja de la ventana.

Gomez sintió una amargura que le dió ganas de llorar, y esperó el domingo para esperarla en el átrio y convencerse que sus amores habían terminado.

Llegó el domingo y Julia se presentó al templo como siempre, radiante de hermosura y dejando á su paso una onda de perfume arrobador.

Pero pasó por su lado altiva é indiferente, como si jamás lo hubiera visto allí.

Porque Julia lo había mirado, pero nada le había dicho con sus ojos expresivos, ni había respondido el saludo trémulo y suplicante que le dirigió.

—¿Qué significaba aquello?

Pálido y azorado, con el llanto agolpado al corazón esperó la terminación de la misa sin querer creer en la realidad de su desventura.

Pero Julia volvió á pasar por su lado con la misma indiferencia que había entrado y sin siquiera notar el dolor profundo que aquel desencanto debía haber impreso en su semblante.

Gomez tenía suficiente penetración para comprender lo que pasaba en el corazón de la joven.



—Ella ama, pensó, no puede haber duda, y su amor no puede datar de mas de ocho días.

¿Pero quién es el sér maldecido que me arranca del corazón esta caricia suprema?

Yo lo sabré y nos entenderemos—la amo demasiado para dejar que me la roben sin luchar con todos los elementos á mi alcance.

Desde ese momento se dedicó á espiar los pasos de Julia y lo que sucedía en la casa, llegando bien pronto á despejar la incógnita.

Su rival, y su rival afortunado, no era otro que Francisco Alzaga.

El veneno de los celos revolvió entónces su ponzoña en su corazón bondadoso, inspirándole pensamientos tremendos.

—Pues bien, probaremos, se dijo, y en último caso esgrimiré hasta el arma mas cobarde: quiero á esa mujer con toda mi alma, y no será de nadie sinó mia.

Desde entónces el carácter de Gomez se transformó por completo—se volvió silencioso y retraído, con gran asombro de sus camaradas que no podían penetrar la causa de aquel cambio tan repentino.

—Si así he sido siempre, decía Gomez sin

querer confesar su secreto por temor á las bur-las; es que voy entrando en años y cada edad tiene su manifestación natural.

Sus compañeros no tardaron mucho en despejar la incógnita, á fuerza de indagar qué desventura podía haber sido capaz de alterar de una manera tan radical el carácter de Gomez.

Y una vez descubierto el bolzaso que había sufrido en sus amores, empezaron á hacerle las mas picantes chausouetas y bromas mas endiab-ladas.

—Pues bien, es cierto, dijo Gomez un día fuera de sí, me han soplado la dama, pero esto es solo momentáneamente.

Voy á ponerme en igualdad de condiciones y veremos si gano ó nó el internato una vez sacada la plaza á concurso.

—No hay tu tía, decían los estudiantes alegre-mente—el día de su tesis llegará y entónces en vez de banquete y bendición curial vas á recibir una de tohallazos que no la aguantarás ni con costillares de repuesto.

—Veremos, contestó Gomez lívido de coraje y de celos: puede, ser que salga vencido, cosa di-fícil, pero juro por la memoria de mi padre que

si esa mujer no es mía, no lo será tampoco del señor don Francisco Alzaga.

Y había en aquella promesa algo del frío de un puñal que es levantado por brazo vigoroso para herir en la espalda.

Los celos habían trastornado á Gomez por completo, al extremo que él mismo aseguraba sentirse capaz de la mayor cobardía para recoger la palma de la victoria.

¿Cuál era el arma que pensaba esgrimir en último caso, seguro de eficacia?

Veamos hasta que punto la pasión de los celos puede transformar á un sér humano.

Al día siguiente de esta promesa, Gomez se hizo presentar en casa de Julia, siendo bien recibido por sus padres.

Tal vez en otra época el recibimiento no hubiera sido tan cordial, porque hubieran temido una estudiantada.

Pero visitada Julia por Alzaga y correspondiendo á la noble pasión que había inspirado ¿qué podían temer?

Gomez empezó á frecuentar la casa, pero en condiciones desiguales pues Alzaga visitaba to-

das las noches, mientras que él sin esponerse á un fracaso no podía hacerlo sinó un par de veces á la semana.

En sus primeras visitas el estudiante hizo lujo de su infinita travesura y de todos los recursos de su talento para llamar la atención de Julia, pero comprendió que aquellos primeros tiros no habían dado en el blanco, lo que empeñó mas y mas su amor propio.

Alzaga, seguro del amor de Julia, había comprendido los esfuerzos de Gomez adivinando en él un rival.

Pero su alma generosa no experimentó mas que un sentimiento de compasión, que se tradujo en este pensamiento dicho silenciosamente al oído de su amante.

—Debe ser muy desventurado el sér que ama sin esperanza de verse correspondido.

Y Julia que comprendió lo que aquello quería decir, no pudo menos que admirar tanta grandeza de alma.

Dos meses duró esta lucha, en la que Gomez comprendió que era necesario cambiar de táctica pues así su derrota era inevitable.

—Ya están encima los exámenes, pensó: doy mi tercer año, de manera que meta bulla y enseguida pido permiso para visitar con frecuencia: veremos si templándome en tono de arrullo saco tajada.

El exámen llegó y Gomez lo dió brillante—no se hablaba de otra cosa.

Los padres de Julia, que habían *calado* al estudiante accedieron en recibirlo con la frecuencia que quisiera, convencidos de la pasión de su hija por Alzaga.

¿Qué mejor despedida que la frialdad con que sería recibido por el objeto de su pretensión.

Gomez empezó pues á visitar asiduamente, desplegando todos sus recursos, pero bien pronto se convenció que todo empeño sería inútil.

Una noche en que Alzaga faltó la visita, por motivos de enfermedad, el estudiante aprovechó la coyuntura é hizo su profesión de fé.

—Es inútil que insista, replicó apremiada la jóven, sintiendo que el rubor subía á sus mejillas: mi corazón está comprometido y lo que es mas aún, interesado.

Ruego á usted que no insista y que siga dispensándome su amistad pero de otra manera.

Gomez se retiró confuso y corrido, jurando á Alzaga un odio mortal.

—Está bien, decía, renuncio á su amor, única cosa que no se puede tomar por fuerza, pero tampoco será tuya, aún á costa de una canallada.

Los estudiantes que comprendían la derrota de su compañero por su estado de abatimiento, trataron de consolarlo, pero solo lograron aumentar sus celos y su rencor por el afortunado rival.

En aquellos días tuvieron lugar los sucesos que terminaron en la batalla de Cepeda y Gomez llegó á alimentar una esperanza mezquina.

Tal vez la muerte viniera á librarlo de un enemigo tan odiado!

Era ya una esperanza nueva!

\*  
\* \*  
\*

Llamada á sus cuarteles la bizarra guardia nacional de Buenos Aires, Alzaga como Gomez se apresuraron á acudir al llamado de la patria.

Todas las provincias se venían sobre Buenos

Aires, con sus viejos odios y su vieja bandera, y se hacía imperiosamente necesario el esfuerzo de los bravos.

Tanto Gomez como Francisco Alzaga tomaron su puesto de sacrificio en el batallón que mandaba el doctor don Pastor Obligado, el primero porque allí se hallaba eurolado; el segundo por no separarse de su rival aunque como practicante de medicina, otro era su puesto.

Todos saben como pasó aquella campaña, hasta la retirada de Cepeda.

Parte de la guardia nacional de Buenos Aires, formó en los cantones de la ciudad, y al batallón de Obligado tocó guarnecer el cantón establecido en el Retiro, donde estaba hasta hace poco la carpintería mecánica del señor Landois.

En aquel batallón formaban los jovenes más distinguidos, de modo que aquel cuartel era una eterna jarana que se renovaba á cada momento.

Cada cual recibía de su familia diariamente la comida y aquella multitud de regalos delicados y cariñosos que vienen siempre envueltos en la sonrisa angelical de la buena madre.

Mozos solteros todos ellos, recibían tambien

la flor y la carta de la dama de sus pensamientos, lo que motivaba nuevas bromas y daba lugar á las mas alegres farsas.

Francisco Alzaga, feliz y contento, tomaba una parte activa en aquellas traviesas bromas, dando expansión á su espíritu sutil y epigramático.

Gomez no se le separada un momento, pensando siempre en la manera de hacer sentir á su rival el odio tremendo que le profesaba.

Las bromas mas pesadas que le dirigían, las farsas mas hirientes eran todas inventadas por Gomez, que espiaba con una expresión de placer supremo la mala impresion que ellas podían causarle.

Todos habían observado que Alzaga recibía unas cartas misteriosos, que se ocultaba para leerlas de todos sus compañeros.

A veces estas cartas iban acompañadas de pequeños y perfumados paquetitos, cuyo contenido ninguno había podido penetrar aunque todos lo sospechaban.

Cada carta ó cada paquete de aquellos, producían en Gomez un efecto infernal, porque



para él aquello debía proceder de la divina Julia.

Los celos mas espantosos renovaban su odio por Alzaga y renovaban interiormente la promesa de despedazar su porvenir, aunque tuviera que valerse del mas monstruoso recurso.

Él había fingido por su rival un falso aprecio, hasta el extremo de lograr engañarlo por completo.

Durante la noche tenían sus conversaciones mas ó menos expansivas en que se referían sus aventuras más íntimas y sus amorios mas ó menos inocentes.

Alzaga había guardado siempre una rigurosa incógnita de sus tiernos amores, prefiriendo soportar las pesadas bromas de sus compañeros, á revelar el secreto de su correspondencia.

Una noche entre los soldados nombrados para el servicio, estaban Francisco Alzaga y Gomez.

La noche era lluviosa y aburrida, de esas en que el fastidio se apodera de todos, si no se ameniza la conversación con algunos cuentos humorísticos.

La expansión se produjo bien pronto y las

aventuras de amor fueron como siempre el tema de la conversación.

Bien pronto se entabló un diálogo animadísimo entre Gomez y Alzaga.

Aquél había referido un par de aventuras de aquellas capaces de hacer reir un muerto, y exigía de Alzaga iguales confidencias, que el joven se negaba á hacer.

—Yo no he tenido ninguna aventura de amor, decía, no he hallado quien me haga caso!

—No embrome ni sea egoista! ¿usted me va á hacer creer que nunca ha tenido un amor de esos que no se olvidan?

—Ninguno, ¿y porqué lo iba á negar?

—Es una manía como cualquier otra, que yo soy el primero en respetar, pero que tengo el derecho de poner en duda.

—¿Usted se olvida sin embargo; que yo he frecuentado la casa de Julia y que he sido testigo de sus apasionados diálogos?

¿Va usted á negarme que esas cartas que recibe y esos paquetitos tienen otras procedencia?

Alzaga se puso colorado hasta los ojos, y miró á su compañero con cierto inocente asombro.

—Es inútil negar, camarada, añadió Gomez yo soy lobo viejo muy difícil de engañar.

Y empesó á dar cierto giro sério aunque amistoso á la conversación.

Gomez había meditado un pérfido golpe, que debía dar aquella misma noche, así es que en su conversación no había otro objeto que preparar el terreno.

Alzaga creyó que Gomez procedía de buena fe, interesándose por sus planes, y no tuvo inconveniente en abrirle su corazón.

Y le confió sus amores y los planes que tenía para el porvenir, ponderando el amor intenso que le profesaba la gentil Julia.

A medida que Alzaga hablaba, Gomez iba palideciendo hasta el extremo de parecer un cadáver.

Tan engolfado estaba Alzaga en la conversación, y en la narración de sus amores que no notó ni la palidez, ni los estremecimientos de Gomez, cosas que no habían perdido de vista los demás testigos de aquella escena.

Cuando Alzaga concluyó de hablar, Gomez estaba lívido.

Los celos se habian agolpado á su corazón y sentía el deseo mas vehemente de matar á aquel hombre aborrecido.

—Todo me parece muy bien, replicó al fin, con voz temblorosa, y me alegraría enormemente que así sucediera, pero mucho desconfío del éxito de esta aventura, por las dificultades que hay que vencer.

Alzaga creyó notar entónces cierta agresión en las palabras de Gomez y se arrepintió de haber estado tan expansivo, pero era ya tarde para retroceder.

—Sin embargo, dijo, yo no dudo del éxito poseo por completo el corazón de Julia y la buena voluntad de sus padres.

¿Qué podría hacerlos retroceder de las concesiones hechas?

—No niego que haya mucho adelantado, prosiguió Gomez cada vez mas hiriente, pero se cruzarán inconvenientes de última hora, que son los peores.

—¿Y por qué no se han de allanar?

—Quién sabe! usted sabe que los padres cuando se trata de casar una hija, son capaces de

ir á buscar hasta los antecedentes que pueda haber tenido el abuelo del novio: como si por eso fuera uno á dejar de ser quien es.

A medida que hablaba Gomez, algo de infernal se iba dibujando en su semblante, algo que sin podérselo explicar, iba sacando á Alzaga poco á poco de su actitud tranquila y pacífica.

¿Qué se proponía aquel jóven? ¿provocar una cuestión ruidosa respecto á sus amores? ¿irritarlo hasta producir un lance?

—Tal vez despechado y celoso con mi confianza, pensó entónces Alzaga principiando á comprender, quiere este desgraciado hacerme ir á un terreno que no quisiera pisar y se limitó á mirar á su rival como si esquivara dar una respuesta.

—Los padres de Julia, son orgullosos y algo estupidos, además.

No digo que Julia, no sienta una pasión verdadera, apesar de que hubo un tiempo en que yo pudo esperar lo mismo que usted, pero dudo que los viejos consientan en la cosa.

Aquí tocó á Alzaga el turno de palidecer y temblar como al contacto de una pila.

Instintivamente miró su fusil que había dejado apoyado contra la pared, y calmándose todo lo que le fué posible, dijo á Gomez.

—Presumo que usted no querrá cometer la cobardía de injuriar una niña pura é inocente, pero cumplo con el deber de prevenirle que si esa es su intención no estoy dispuesto á permitirselo en manera alguna, menos, cuando usted conoce mi posición respecto á ella.

—Qué disparate! objetó Gomez lanzando una carcajada como un bayonetazo—¿por qué he de ofender yo á esa niña?

Su prevención es estemporánea, amigo mio, pues el inconveniente que yo apuntaba no está de parte de ella!

Alzaga estaba trémulo y conmovido—sentía un deseo irresistible de ahogar á aquel hombre entre sus manos, pero se contenía á duas penas porque no quería mezclar el nombre de aquella niña inocente, á un escándalo de cuartel.

—No tengo porque querer conocer los inconvenientes que usted apunta, dijo queriendo terminar aquella conversacion, sé mis negocios y á nadie doy ingerencia en ellos,

—Mal hecho! muy mal hecho! respondió Gomez cuya irritación había llegado al colmo— conforme yo he escuchado á usted en sus fantásticas revelaciones, es necesario que usted me escuche un par de argumentos.

En primer lugar, es bueno que usted sepa que mucho antes que usted, mis ojos se habían posado sobre aquella mujer que fué desde entonces la sonrisa de mi presente y la felicidad de mi futuro.

Usted se cruzó en mi camino y con mejor exterior, sedujo á esos viejos imbéciles, pero esto no quiere decir que yo esté vencido.

No puedo ser mas leal en la lucha, puesto que muestro mis armas de combate.

Julia no puede ser su mujer amigo mio, porque parecè que el destino no lo quiere así, ni lo consentiría yo, mientras Dios me conserve la vida, que espero gozarla muy grandes y largos años.

Alzaga estaba transformado: la mas justa cólera llenaba su alma y sentía latir su corazón bajo el peso de la indignación y la vergüenza.

El deseo de estrellar el cráneo de aquel hom—

bre con la culata del fusil era poderoso, pero contenido siempre por no mezclar á Julia en el escándalo á que se le provocaba.

Gomez por su parte deseaba llegar cuanto antes al fin de aquella escena, que era el golpe de gracia para su odiado rival.

—Comprendo que es doloroso, prosiguió, tomando sus medidas para no recibir algun golpe producido por la ira que veía algoarse á la juvenil cabeza de Alzaga.

—Basta, constestó el joven—no sigamos adelante que el sitio no es aparente—si su idea es provocar una querella, el momento no es oportuno—quedo notificado y mañana, al dejar el servicio nos podremos entender.

—¿Querella? ¡qué disparate!—mi objeto es mostrar á usted amigablemente el abismo á que rueda!

Yo amo á esa mujer, por lo menos tanto como usted puede amarla, he sido provocado á una lucha cuyo fin sería la posesión de su persona, y saldré triunfante.

Producido el inconveniente que apuntaba quedo yo en mejores condiciones, y entónces no hay que dudar del éxito.



—Y porqué queda usted en mejores condiciones, preguntó Alzaga, con la mirada extraviada y el ademan amenazador.

—¿Porqué? repuso Gomez con expresión sátnica—porque en mi frente no hay ninguna mancha, porque yo no soy el hijo de un asesino.

Lívido y formidable, con la mirada brillante y el puño crispado, Alzaga se levantó semejante á un espectro.

—¿Quiere decir que yo lo soy? exclamó con una voz que había perdido su timbre humano.

—Y cómo nó! replicó Gomez poniéndose también de pié—usted es el hijo de Francisco Alzaga, condenado á muerte por asesino de su amigo Alvarez!

—Miserable! rugió el joven, fuera de sí—miserable cobarde! y se lanzó sobre su fusil y apuntó á Gomez.

Pero en aquel mismo instante fué tomado por dos compañeros que desviaron el arma en momentos que salía el tiro, salvando así á Gomez de una muerte segura.

—Es natural agregó Gomez, el hijo de un asesino tiene que asesinar á su vez — gracias

mis amigos por haberme salvado de una muerte alevosa.

—Nosotros no podemos ser los amigos de un cobarde miserable, dijo con ademán impouente el Dr. Obligado que había acudido al cuerpo de guardia.

Lo que usted acaba de hacer es monstruoso y cobarde —esto es mil veces peor que clavar el puñal por la espalda.

Usted no es digno ni siquiera del desprecio de los hombres honrados y esta verdad la palpará usted bien pronto.

—Yo el hijo de un asesino! exclamaba Alzaga, haciendo supremos esfuerzos por librarse de los brazos que lo oprimían y apoderarse del fusil que le habían quitado.

—Caballeros! amigos míos, ¿es cierto lo que ha dicho ese hombre? preguntaba con acento desgarrador: Dr. Obligado: usted que ha conocido á mi padre—¿no es verdad que ésto es una calumnia baja y cobarde?

—Calma, joven, contestó el noble jefe tendiéndole su mano á Alzaga — esto no es más que un acto impremeditado, cuyas consecuencias no ha medido ese hombre.

Puede usted estar tranquilo porque es acreedor al respeto de todos.

Gómez quiso hablar, pero su palabra fué ahogada por cien voces que decían:

—Silencio! donde hablan los hombres de honor no debe sonar el éco de los cobardes!

Y fué obligado á guardar silencio y á quedar preso en el cuerpo de guardia, mientras el desventurado Alzaga era conducido á su alojamiento preso de una fiebre tremenda.

Aquella noche la pasó en medio de un delirio continuo, en que lamentaba la desgracia que así lo anonadaba, é increpaba amargamente al autor de la revelación.

Al día siguiente fué enviado á su casa, por orden del comandante, pues la enfermedad amenazaba asumir proporciones alarmantes.

Tres días permaneció Alzaga postrado por una fiebre intensa; no escuchaba lo que le hablaban y preguntaba sin cesar si era cierto lo que le había dicho Gómez.

—Mi padre no ha sido un asesino? gritaba, no puede haber sido condenado á muerte, pues él murió en la Banda Oriental, víctima de las persecuciones de Rosas.

Todos trataban de persuadirlo que aquello era una calumnia infame, pero no podían convencerlo de aquella aseveración.

—¿Pero es verdad que ha habido un Alvarez asesinado? preguntó un día.

—Sí le respondieron, un tal Alvarez que fué asesinado por sus amigos Jaime Marcet y Fermín Arriaga, pero tu padre nada tiene que ver con eso; entónces creo que hasta era soltero.

Desde aquel día Alzaga no volvió á hablar ni una sola palabra sobre aquel asunto: ó se había convencido que todo era una mentira infame, ó había tomado una resolución que debía ponerlo en dominio de la verdad.

La familia de Julia mandaba diariamente á saber de su salud, lo que refrescaba á cada momento la herida de su alma.

Todos sus sueños de felicidad se habían desvanecido de aquella manera dolorosa, pues Gómez al fin venía á tener razón.

¿Cómo podía ser admitido en el seno de una familia honorable, el hijo de un asesino condenado á muerte?

El deseo imponderable de conocer la verdad

lo hizo mejorarse rapidamente hasta que pudo levantarse y salir á la calle.

Su primer diligencia fué hacer una visita á la familia de su prometida.

En aquellos diez días de cama, Alzaga había envejecido diez años.

Su tez fresca y sonrosada se había marchitado y empalidecido al extremo de inspirar lástima.

Julia quedó aterrada ante el aspecto de su amante: parecía un hombre próximo á morir.

No pudo contener el llanto y se abrazó de su buena madre como si quisiera implorar un amparo contra aquella visión terrible.

Alzaga pidió al padre de Julia lo escuchara un momento, y le habló de esta manera:

—Mi enfermedad ha sido causada por la revelación de un miserable, que mis parientes dicen no ser cierta pero que yo estoy en el deber de averiguar.

Esto contraría de una manera estupenda los deseos de mi corazón, pero estoy resuelto á soportar resignadamente mi desgracia, si es que ella no tiene remedio.

Y al expresarse así, la voz del joven temblaba de una manera sollozante.

—Me han asesinado mi porvenir, continuó— yo podría callar la infamia y realizar mis sueños de felicidad, pero las consecuencias me aterran y he venido á ver á usted para que me escuche y me ayude en el trance amargo.

—¿Pero de qué se trata? preguntó el padre de Julia seriamente alarmado ¿qué desgracia puede haber sucedido á usted que lo haga expresarse de esta manera?

—Una, tremenda, alguien que conoce mis amores y que tiene el deseo vehemente de verlos terminados por un interés infame, me dijo que yo era el hijo de un asesino; que mi padre había sido condenado á muerte y que esta infamia me inhabilitaría para casarme con la hija de usted.

—Poder del diablo, exclamó el padre de Julia, expantado ante la impresión que había causado al joven la revelación del secreto.

El que tal ha dicho debe ser un miserable solo digno de una estocada— aún siendo cierto el hecho, y por esa misma causa, su revelación es más infame.

—La impresión que recibí fué horrible, el extremo de obligarme á guardar cama como usted lo sabe.

Durante esta enfermedad he tratado de indagar la verdad sin poderlo conseguir.

Ahora pienso dar todos los pasos tendentes á averiguarla porque aunque mis tios me aseguran que es una calumnia, ella por lo menos ha dejado en mi espíritu una duda que quiero disipar de una manera evidente.

¿Puede usted decirme algo al respecto?

—Yo no puedo decir á usted otra cosa que lo que le han manifestado sus tios, replicó el padre de Julia, compadecido profundamente de ante la desesperación del joven.

Sin embargo, voy á agregar lo siguiente:

Sin hacer el menor caso de aquella infamia ni preocuparme un segundo en su averiguación aseguro á usted con satisfacción íntima que mi casa le está ahora más abierta que nunca.

El joven tendió su mano efusivamente á aquel hombre noble, dominó un momento su conmoción, y replicó enseguida.

—Pero yo no podría vivir con la duda: una

vez que sepa la verdad volveremos á vernos.

Y salió de allí sintiendo su cabeza asombrosamente debilitada.

Buscó sus amigos y empezó á hacer sus indagaciones ¿pero quién se hubiera atrevido á disipar sus dudas?

Todos le respondían de una manera negativa, pero Alzaga veía cierto embarazo en la manera con que se le respondia.

La duda empezó á invadir más vigorosamente su corazón, convenciéndose que por aquel camino nunca llegaría á la verdad.

Fué entónces que cambió de táctica y empezó á hacer averiguaciones sobre el asesinato de Alvarez, en que fecha se había cometido y cómo se había llevado á cabo.

Todos se lo referían de la misma manera, pero omitiendo todos el nombre de su padre.

Según aquellos con quienes habló, los asesinatos de Alvarez no habían sido otros que Marcet y Arriaga.

Con todos aquellos datos de fechas exactas y jueces que en el crimen habían intervenido, Alzaga ocurrió á la mejor y más segura fuente: el juzgado del crimen.



Allí, en el archivo, debía de existir la causa original que, pedida de cierto modo, no podía serle negada.

Alzaga se presentó en la escribanía y pidió le facilitaran la causa seguida contra los asesinos de Alvarez.

—Necesito apuntar algunos datos, dijo, que deben justificar la memoria de mi padre, por lo que suplico se me permita verla solamente un minuto.

Una causa fallada ya, y pedida por un momento para fin tan noble y cariñoso, ¿cómo negarla?

El escribano, por el pedido, suponía que el hijo conocía el crimen del padre, y no tuvo el menor inconveniente en facilitar la causa.

Una vez que el joven la tuvo en la mano y hubo leído su título, respiró de una manera ruidosa—al fin iba á conocer la verdad! al fin iba á saber si su padre figuraba en aquel sumario infame!

Con una avidez febril, ojeó el expediente buscando sus últimas páginas.

¿Qué le importaba á él conocer el procedimiento bueno ó malo que se había seguido?

¿qué le suponía el trámite de la causa y las declaraciones que en ella figuraban?

La sentencia, la terrible sentencia era lo que deseaba conocer, pues allí hallaría todo resumido!

Por fin halló lo que buscaba y en aquella página hundió la mirada febril y dilatada por la ansiedad.

De pronto dió un puñetazo tremendo sobre el expediente, se puso de pié en un movimiento vertiginoso, y exclamó mirando al escribano.

—Es verdad! pobre Julia! ella me amaba con toda su alma pero la fatalidad la ahogará: no se lo diga, usted amigo mío, porque yo no quiero que ella lllore, son demasiado hermosos sus ojos!

—¿Pero qué es lo que usted dice? preguntó el escribano, sospechando que algo de espantoso pasaba en el espíritu de aquel joven, que lo miraba de una manera vaga, enjugando el sudor que brotaba de su frente espaciosa.

Digo que la muerte es la muerte y que la maldición de los condenados alcanza á los inocentes!

Escriba usted que mi amor es un cancer y que la vida es un desatino de la divinidad.

El escribano, lamentando haber mostrado al joven el sumario, estaba aterrado ante aquel estado de desesperación que indudablemente había turbado la razón al hijo de Alzaga.

Iba á hacerle una pregunta, cuando aquel tomó su sombrero y se despidió con una sonrisa tremenda.

Era una sonrisa sarcástica é hiriente, bajo dos ojos que lloraban, ofreciendo el contraste más conmovedor.

Iba por la calle gesticulando alegremente, pero mirando de una manera vaga y como indiferente á todo.

Así llegó á su casa y se presentó á don Félix Alzaga.

—¿Qué tienes Francisco? preguntó aquel hombre cariñoso y noble, aterrado por el aspecto de su sobrino — tú no estás bueno.

—Y ¿qué le importa á usted? contestó riendo de una manera convulsiva: los hijos de los asesinos no tenemos salud—siempre estamos bien!

—¿Volvemos otra vez á las andadas? ¿no te he dicho ya que era una calumnia miserable y estúpida?

—Me voy á visitar á mi novia; agregó el jo-

ven como si nada hubiera oído —es bueno que ella también conozca la sentencia y me escupa á la cara; que hermoso es ser el hijo de un asesino.

Don Félix Alzaga empezó á temer que el pobre joven hubiera perdido la razón y trató de calmarlo por todos los medios bondadosos á su alcance, pero todo fué inútil.

Alzaga estaba dominado por una gran excitación nerviosa, y sin emplear la fuerza hubiera sido imposible detenerlo.

Por doloroso que le fuera, se resolvió á emplear este último medio obligando al joven á guardar cama y enviaron á buscar médicos.

Estos examinaron al enfermo, y sus temores resultaron ciertos.

Francisco Alzaga había perdido la razón y era víctima de una locura tranquila y dolorosa, que fué clasificada de melancolía profunda.

A intervalos lloraba y á intervalos se quejaba de un modo lastimero, pero no pronunciaba una palabra.

Era un ser completamente extraño á todo lo que pasaba á su lado, al extremo de tener que emplearse la zonda para alimentarlo.

La causa de la locura del joven se hizo pública bien pronto, por la manera como se había producido.

Y todos escuchaban con verdadera lástima la narración de aquella desgracia.

Julia enfermó de dolor, sabiendo que ella había sido la causa indirecta é inocente de aquella verdadera catástrofe.

Era la ambición de poseerla lo que había determinado la acción villana de Gomez.

Alzaga fué puesto en cura con todo el cariño y la dedicación de que era susceptible su familia.

La misma Julia lo visitaba, acompañada de sus padres, en sus momentos de calma.

Pero ni siquiera la presencia de la hermosa niña era capaz de arrancarlo á su melancolía.

En un par de meses, aquella cabeza inteligente, tan llena de esperanzas é ilusiones, había encarnecido de una manera notable.

Su rostro se había enflaquecido y demacrado y aquellas pupilas tan llenas de luz otras veces, se habían hundido entre las órbitas, sin conservar un destello de inteligencia.

Francisco Alzaga era un viejo insensible á todo.

Su melancolía, con la asistencia extrema que se le prodigó, fué modificándose poco á poco, hasta que se convirtió en un ente inofensivo, sin conciencia de su estado.

Hasta su cráneo había concluido por modificarse, tomando todo el aspecto de un microcéfalo.

Mucho tiempo permaneció en aquel estado, hasta que se le permitió salir á la calle.

Cuantos no lo habrán visto vagar por todas partes como un idiota y conociéndolo simplemente por el loco Alzaga!

La causa de su locura, que era el tema de los primeros días, desapareció junto con su memoria.

Los que conocían su triste historia, lo miraban con invencible lástima.

Los jóvenes de aquella época, que ignoraban la tragedia que hemos narrado, provocaban sus dichos originales con esta sola palabra; loco!, á lo que inmediatamente respondía con esta otra: pizcueta!

Julia, desde que la locura de su prometido fué

un hecho irremediable, se encerró en su casa donde permaneció muchos años sin dejarse ver por otras personas que las de su familia.

Había amado á aquel hombre con toda la fuerza de su espíritu práctico, y quería vivir de su recuerdo, ya que no tenía otro recurso.

En cuanto á Gomez, una vez que se dió cuenta del mal terrible que había causado, experimentó un agudo remordimiento.

Despreciado por todos cuantos conocían su acción infame, se encerró en el hospital, de donde no salió hasta recibir el título de médico.

Alzaga vivió muchos años en el mismo estado de idiotismo hasta que lo hemos perdido de vista, suponiendo que haya muerto.

---





## **Dolores**

---

La viuda de Marcet había seguido un camino tan diverso.

Esta mujer que tanto había sufrido en la vida llevó su abnegación por su marido hasta la exageración del deber cumplido.

Venciendo el abatimiento en que la sepultura el dolor, ella reclamó los despojos de Jaime Marcet, dándoles sepultura en el mismo sepulcro donde su hermano dormía el sueño eterno.

Mientras toda la ciudad se entregaba al regocijo causado por la noticia de la paz con el Brasil, ella, sumida en el silencio de su dolor, cumplía este último y piadoso deber.

Desde entónces se encerró en su dormitorio, donde endulzaba las horas amargas de su vida, cuidando de la tierna y angélica Dolores, que crecía al amparo de su amor sublime.

En aquella niña había reconcentrado la pobre

mujer todo el cariño y todo el dolor que encerraba su corazón.

Solo en un día al año podía vérselo en la calle vestida de riguroso luto y cubriendo su rostro con un velo espeso.

Este era el día de difuntos en que iba á visitar y llevar unas flores á la tumba que guardaba todos los seres que amó en la vida.

Y así vivió muchos años, años que dedicó á la educación y al amor de la pobre Dolores.

Ella educó su corazón y su inteligencia con esquisito esmero, hasta que formó una mujer virtuosa y útil.

Entónces, y no teniendo ya nada en que ocupar su tiempo, levantó el corazón á Dios, y el tiempo y la plegaria por los que no existían fueron la distracción de sus penas.

Viendo conducta tan ejemplar, sus parientes y amigos la rodeaban tratando en mitigar los dolorosos recuerdos que habían abierto tan profundas heridas á su corazón.

Pero qué consuelo podían llevarle que no lo tuviera en el inmenso amor de su hija!

Dolores, con sus ternuras y sus delicadezas, embellecía la existencia de aquella mujer, que

de otro modo hubiera sido positivamente insoportable.

Dolores se casó por fin, y la viuda de Marcet tuvo en su yerno otro hijo que contribuyó en cuanto le fué posible á endulzar los últimos años de su vida.

Al fin de muchos años de esta vida relativamente feliz, la pobre señora murió como mueren todos los buenos, rodeada de las bendiciones de los suyos y del cariño y respecto de cuantos la conocieron y la trataron.

Y su cuerpo fué á reposar al lado de aquel malvado que envenenó con sus procederés criminales una existencia feliz y tranquila.

La viuda de Marcet como el padre de Arriaga fueron justamente sentidos por toda la sociedad que supo apreciar al gran corazón de que estaban dotados.

Morían con la conciencia tranquila del deber cumplido.

Así se extinguieron aquellos tres apellidos, sin dejar más rastro que el de Dolores, en quien se perdió el último.

Vamos á entrar ahora á la parte más dolorosa y tocante de esta tragedia.



## El Anfiteatro

---

Una noche del otoño de 1866, dos vigilantes golpeaban la puerta del Hospital de Mujeres, conduciendo á una pobre mujer, víctima de un fuerte ataque al corazón.

La noche era en extremo fría y lluviosa y los pocos viaudantes que cruzaban la calle lo hacían con paso precipitado y envueltos en sus abrigos.

Los agentes de la autoridad esperaron un momento y viendo que no acudían á abrir la puerta y temiendo que lo crudo de la noche concluyera con el pucho de vida que aun quedaba á la enferma, volvieron á llamar de una manera más precipitada.

Poco después se dejaba oír el chancleteo soñoliento y perezoso del portero, que abrió, preguntando el clásico «qué se ofrece».

• —Esta mujer, respondió uno de los vigilantes;

que ha sido atacada de una enfermedad violenta, y que el comisario nos manda dejemos aquí.

—¿Y por qué no la llevan á su casa? preguntó con toda insolencia el San Pedro de aquel cielo de desventuras.

Es mucha amoladura esto de que á cada momento lo han de incomodar á uno con semejante noche, para recibir al primer haragan que se le ocurre enfermarse en la calle; que la lleven á su casa y se acabó la fiesta.

—Es que no tiene casa y si la tiene, no está en estado de dar las señas: déjese de renegar el ruin haragan y cumpla con su deber que para eso le pagan!

—Siquiera roventara! repuso entonces el estimable portero, franqueando el paso—esta chusma no sirve más que para dar trabajo!

La pobre mujer dejó oír un gemido y apenas halló la fuerza suficiente para llevar su mano hasta los ojos y enjugar sus lágrimas.

—Esto es lo que saben estas perdidas, gruñó el rebelde portero—vienen aquí á pasar cómodamente alguna morruda tranca, y se quejan si uno no las sirve al pensamiento, como si valieran mucho—miren que princesas estas!

Uno de los vigilantes, más desalmado que el compañero, soltó una ruidosa carcajada ante esta salida. El otro por el contrario creyó que debía indignarse y dejando caer su mano veterana sobre el hombro del gallego, le dijo terminante y enérgicamente:

—Cumpla con su deber sin echarlo en cara, el muy canalla, si no quiere que dé cuenta y le haga perder el conchavo.

El gallego, dominado por el argumento del agente, recibió la mujer diciendo:

—¡Vaya que ahora ni una broma se puede gastar! ¡ni que fuera uno á mancharlos!

—Es que son malas bromas, cuando se trata de pobres que á gatas pueden llevar un fardo de huesos. ¡Hay que ser más comedido con los pobres!

La pobre mujer miró á aquel raro vigilante, agradecida al interés que por ella se tomaba, y se dejó conducir por el portero.

Este cerró la puerta apresuradamente para verse libre de mayores recriminaciones, y aunque regañando y con el peor modo posible, guió á la recién llegada hasta donde se hallaba la hermana de guardia aquella noche.

La pobre mujer apenas se podía tener en pie: su debilidad debía ser extrema.

Mientras el portero iba á pasar aviso al practicante, que entonces lo era, según creemos, el doctor Peron, la hermana condujo á la pobre enferma hasta la cama que debía ocupar.

Mucho tiempo debía hacer que aquella desventurada no se hallaba en contacto con una buena cama, á juzgar por el suspiro de infinita satisfacción que lanzó al hallarse entre aquel pobre y miserable lecho.

Iba á hablar, tal vez á agradecer á la buena hermana aquellos primeros cuidados, cuando fué acometida por un violento chucho.

Fué necesario arroparla y abrigarla prolijamente para que sus miembros ateridos cesaran de temblar y entraran en un calor leve.

Cuando el practicante la vió, media hora más tarde, declaró que ante todo era necesario atender á la debilidad extrema que la postraba: después pensaremos en la enfermedad, añadió, que por grave que sea, siempre lo será menos que esta debilidad que la está matando.

Un poco de caldo y una media copa de vino



volvieron algo de sus fuerzas á aquel cuerpo moribundo.

Recién entonces pudieron darse cuenta de la extraña mujer que tenían por delante.

Entre sus facciones, terriblemente enflaquecidas y pálidas por el hambre y la vigilia, brillaban dos ojos negros, espléndidos, que parecían dos astros sumidos entre dos órbitas humanas.

Aquellos ojos, aunque apagados por la miseria y el espanto, eran todavía espléndidos, entre su cueva de huesos y pestañas.

Miraban con una suavidad arrobadora, iluminada de cuando en cuando por lampos de pasiones de otro mundo.

Eran dos ojos imponentes que atraían con una fuerza magnética irresistible.

El resto de las facciones, á pesar de su extraña flacura, era bello y aristocrático: se comprendía que aquella mujer debía haber sido de una belleza arrebatadora y pertenecido á una clase social muy distinta á la que aparentaba su miserable estado.

Su cuerpo era bello, de una belleza de formas que se sobreponía á la destrucción tremen-

da de su físico que el primer soplo de la muerte empezaba á helar.

Sus manos eran blancas y artísticas, cubiertas por una piel finísima que acusaba trasparenteándola hasta la última articulación, hasta la más escondida venita.

¡Hermosa mujer! exclamó el practicante, mirando á la enferma y á la hermana, muy hermosa debe haber sido, cuando su estado miserable que acusa infinitas miserias no ha podido destruirla por completo.

La hermana de caridad creyó de su deber ponerse colorada ante la traviesa mirada del practicante, pero no pudo menos de exclamar con él: ¡muy bella debe haber sido!

La pobre mujer pareció reanimarse ante aquellos cuidados é inteligente asistencia: estuvo mirando un buen rato á la hermana y al practicante, cayendo poco después en una especie de letargo que poco á poco fué tomando el carácter de un sueño apacible.

—Es preciso dejarla reposar, dijo el practicante, pues este sueño ha de producir mejores resultados que todas las drogas juntas: es lo

que necesita, y la naturaleza se encarga de venir en su socorro.

Hermana, si se despierta ó algo ocurre, no tiene más que mandarme llamar: esta enferma me ha interesado más que ninguna otra.

Y el practicante se retiró pensando en el mundo extraño que encerraban aquellos dos astros negros en forma de ojos.

Y pensando en la nueva enferma, no pudo conciliar el sueño.

La hermana, respetando el plácido sueño de la enferma, se retiró haciendo el menor ruido que le fué posible para no turbarlo, y se puso á observarla desde lejos.

Como al practicante, aquella enferma la había impresionado de una manera rara.

No podía olvidar el foco de aquellos dos ojos, y le parecía sentir su brillo á pesar de los párpados cerrados que los cubrían.

¿Quién sería aquella mujer, que á pesar de sus harapos tenía todo el perfume de una dama de primer rango social?

Aquel sueño tranquilo duró todo el resto de la noche y parte de la mañana.

Al día siguiente cuando el doctor Señorans

empezaba su visita, la enferma despertó y abrió desmesuradamente sus grandes ojos, mirando con asombro á todas partes, como si quisiera darse exacta cuenta del paraje donde se hallaba.

A los pocos minutos de mirar la vasta sala, se dejó caer sobre las almohadas, con profundo desaliento y no pudo ocultar dos gruesas lágrimas que, antes de caer, temblaron sobre sus mejillas descoloridas.

Y un suspiro largo y tristísimo, pareció envolver este lamento: «estoy en el hospital!! ya no me falta más tramo que el osario general! cúmplase la voluntad de Dios!

Cuando el doctor Señorans llegó á la cama de la nueva enferma y la miró, quedó impresionado de la misma manera que lo había sido el practicante y la hermana que la recibió.

—Estraña mujer! exclamó—qué ojos espléndidos! parece un cadáver que mira con dos soles.

Todo el personal del hospital de mujeres se hallaba preocupado con la recién venida.

La misma secular doña Plácida, hermana partera del hospital, había sentido deponer su génio

de erizo; y su habitual humor endiablado, ante tan extraña enferma.

Probablemente por primera vez de su vida sintió compasión por un ser que sufre, si es que el espíritu pinchante de doña Plácida es capaz de sentir impresión por algo de esta vida.

Y todos rodearon la cama de la enferma que ocultó su rostro entre las ropas, huyendo á aquella curiosidad desmedida.

El doctor Señorans, con esa indiferencia clásica de los médicos del hospital, tomó el pulso á la enferma y empezó su reconocimiento.

Ella no hizo la menor resistencia, prestándose como automáticamente á la voluntad del distinguido profesor: se limitó á mirarlo simplemente, haciendo un movimiento como si hubiese querido tragarse el llanto que le subía á la garganta.

Cuando el médico terminó su exámen, Peron empezó el suyo,—aquí la enferma miró con estrañeza, pero no hizo la menor resistencia ni observación, prestándose al segundo, como se había prestado al primer exámen.

—¿Quién es usted señora? preguntó Señorans con involuntario respeto, siendo tal vez la vez

primera que daba este tratamiento en aquella sala.

La enferma se incorporó ligeramente y con una voz que parecía un sollozo, dijo:

—Yo no soy más que la sombra dolorosa de una existencia feliz, dijo y se volvió á dejar caer sobre la almohada.

Es la misma frase que hemos oido sonar dos años antes en el estudio del doctor O. defensor de pobres.

—¿Pero cómo se llama usted? agregó el médico dulcemente.

—Mi nombre no es necesario para nada—él ha sido olvidado por todos y yo no quiero resucitarlo entre las camas numeradas de un hospital—y mirando el número colocado á la cabecera de su cama, agregó:

—Aquí me llamaré la catorce ó el catorce—supongo que para ustedes seré lo mismo.

Y había un dolor infinito en el acento de aquella mujer desventurada.

—Sin embargo, observó Señorans—su nombre es necesario á los libros del establecimiento... ahora, si para darlo vá usted á hacerse violencia, ya buscaremos medio de subsanarla.

—Ninguna—qué violencia me he de hacer! mi nombre ha muerto para los vivos, de tal manera, que creo que ninguno ha de conocerlo!

Vea usted, yo soy Catalina Benavidez, la que en un tiempo feliz mereció el nombre de la Estrella del Norte, la viuda de Francisco Alzaga, el asesino de Alvarez!

Y después de un sollozo prolongado, dejó vagar por sus lábios secos y descoloridos, una sonrisa helada.

La incógnita estaba descubierta—el misterio que envolvía á la estraña enferma, había cesado de ser.

Y efectivamente, apesar de los embates del tiempo, la desventura y la miseria, solo la belleza insuperable de Catalina Benavidez podía haberse conservado reconcentrada en sus ojos.

Peron y Señorans quedaron absortos mirándola.

—Me asombro por muchas cosas, contestó Señorans francamente: á juzgar por su situación actual, usted debe haber sufrido de una manera tremenda, y á pesar de su sufrimiento se conserva usted bella.

No es éste un cumplimento, porque no es

éste el lugar ni la situación de hacerlo—es una verdad que no se puede retener al mirar sus ojos.

—Mis ojos! pobres mis ojos! ellos han llorado amargamente todas las desventuras de la vida si el llanto secara las pupilas como seca la fisonomía, yo sería ciega hace muchos años, pero el destino ha querido hacerme ver toda clase de miserias como sentir todo género de sinsabores.

Bella, bella á pesar de todo! y mis ojos se han hundido en sus órbitas, y mis huesos parece que quieren ya romper la piel, y las arrugas de mi frente indican las profundas cicatrices que en ella ha dejado el dolor.

Hubo un tiempo en que esa frase arrancaba una sonrisa á mi espíritu, porque había quien fuera feliz en contemplar esa belleza y en aspirar su perfume acariciante.

Hoy todo eso ha concluído, como ha concluído todo en mí, y esa frase no puede sonar á mi oído sino como una sátira dolorosa.

Hasta la misma muerte huye de mí, como si tuviera horror al contacto de mi cuerpo marchito y enfermizo.



El destino se ha cebado conmigo con una crueldad estupenda—ha sido preciso que yo apure hasta el último horror, para tener al fin el derecho de descansar en paz.

¿Y en dónde se me concede ese reposo? en el osario general donde son arrojados aquellos que cruzan la existencia como unos párias sin tener quien acompañe su último sueño, ni quien distinga su fosa, aunque sea con este letrero: “aquí se pudre fulano.”

Aquí Catalina se puso á llorar de una manera imponente, como si aquella última herida del destino fuera superior á todo esfuerzo.

—¿Quién cerrará mis ojos, sollozó con espanto, cuando el soplo de la muerte empañe la pupila helando el cuerpo?

Y sin embargo yo no hice nada para merecer este fin trágico y sombrío; hasta la misma muerte ha sido injusta conmigo, no diré que no la he llamado muchas veces con todo el ardor de mi alma.

Señorans y todos los que rodeaban aquel lecho estaban conmovidos profundamente: no podía darse mayor desventura en un sér humano!

Aquella transición del salon opulento, á la sa-

la del hospital, del bienestar y la riqueza, al lecho numerado de aquel último asilo de la miseria, era terriblemente desesperante: no podía sentirse sin que temblaran las carnes.

Pobre mujer! aquello era más de lo que buenamente puede sufrir un sér humano, era la manifestación de la desventura en todo su apogeo conmovedor.

—No hay que desesperar, señora, exclamó el buen doctor, tratando de consolarla—nadie sabe el fin que le está reservado en esta vida que no guarda para nadie una felicidad completa: cuando menos se espera, cambia la suerte de las criaturas, de una manera súbdita.

Quien sabe todavía si usted no puede ser relativamente feliz.

—Feliz! ¿y qué más feliz que lo que soy actualmente? exclamó ella sonriendo, y aquella sonrisa fué como una puñalada.

¿Que me faltaba que recorrer en la vida? ¿el hospital y el osario? pues ya vé usted que estoy en un lecho numerado del primero, mientras el osario abre su boca insaciable para devorar mi cuerpo.

Ya presiento mi cercano fin y todo consuelo

es inútil: si hubiera algun otro horror que apurar en la vida, no digo que no—pero ya he bebido todo el veneno que existe sobre la tierra, bajo todas las formas posibles.

No me queda ninguna amargura que probar sinó la de presenciar mi propio entierro y esto es imposible.

Vea usted—si hay algún sér que tuviera el derecho ó maldecir su existencia sería yo, á no dudarlo, porque ella ha sido una verdadera vía crúsis.

Yo he visto desaparecer uno á uno todos mis afectos, todas mis ilusiones, todas mis esperanzas.

Ni una sola se ha escapado aunque fuera bajo la forma de un simple giron.

Solo conservo el llanto, eso si, parece haber sido eterno para mis ojos! por más que haya llorado nunca ha sido suficiente, las lágrimas se han renovado constantemente hasta marcar un surco sobre mis mejillas y dejar en ellas una expresion como un sollozo.

Por eso veo con serenidad este número 14 de mi cabecera; ya sabía yo que éste sería mi fin y que de él solo una muerte repentina podría librarme.

Era necesario cortar aquel diálogo que debía mortificar terriblemente á la enferma y que aumentaba la gravedad de su estado.

—Ahora es necesario que usted descanse, dijo el médico y fortalezca su físico, por medio de una alimentación cuidada y de un reposo continuo: su enfermedad no es de una gravedad mortal y pronto curará.

—¿Y para qué quiere que cure? ¿no he sufrido ya bastante? felizmente sus palabras no envuelven una verdad sinó un consuelo que me arroja su alma piadosa.

Siento en mí ya el gérmen de la muerte, que será el fin de mis sufrimientos: no hay nada eterno sobre la tierra y mi dolor toca ya á su término.

Alguna vez ha de serme dado bendecir á Dios! reposaré pues como usted lo prescribe, pero será para hacer más llevaderas estas últimas horas.

El médico y el practicante siguieron su visita y Catalina cerró sus bellos ojos.

La pobre no se engañaba, su enfermedad no tenía cura.

El sufrimiento horrible de tanta desventura, había engendrado una hipertrofia al corazón

que podía determinar la muerte de un momento á otro, aunque también podía retardar por más ó menos tiempo el tremendo desenlace.

—Hay otra dolencia más, había dicho el profesor, tal vez más terrible que la primera por los sufrimientos que la acompañan y que es igualmente mortal.

—Sin duda, replicó el practicante, me ha parecido también que hay allí un cáncer que tal vez gane el tiempo á la hipertrófia: ha avanzado mucho ya para poder detener la rapidez de su marcha.

—Cierto, su observación es exacta, añadió el profesor—es una existencia á que la muerte ha sitiado por diferentes puntos—también creo constatar una alteración mental bastante grave, pues ella podría terminar en un reblandecimiento cerebral.

Pobre mujer! no sé como la locura no se ha pronunciado ya! debe haber tenido una naturaleza de bronce para resistir las miserias físicas y morales porque ha pasado!

Yo creo que el mismo horror del fin tremendo que le espera vá á apresurar su muerte.

La pobre enferma fué rodeada desde aquel mo-

mento, por todos los cuidados que prescribió el médico y mil otros que se le prodigaron espontáneamente.

Y la pobre mujer miraba con franco asombro el fenómeno de que todavía hubieran sobre la tierra séres que se condolieran de ella y le tendieran una mano caritativa.

Y confesaba su asombro con estas sencillas palabras:—ha sido necesario que venga al hospital como enferma, para saber que la caridad era otra cosa que una palabra vacía.

Nunca nadie ha tenido caridad conmigo, al contrario! yo he recibido el mal que han arrojado en mi camino con toda crueldad, aquellos que más debían haberme tendido una mano cariñosa.

Si alguna vez intenté reclamar para mí la caridad ajená, el aire con que fuí recibida heló el pedido sobre mis lábios, que no se atrevieron á formularlo.

Y llegué por la senda que me marcaba el destino, hasta aquí donde siquiera he experimentado el placer de ver que la caridad no es solamente una palabra.

Veamos nosotros qué nuevos acontecimientos habían empujado hasta allí á aquella desgraciada.

---

Ella había vivido de limosna en el rincón miserable que la concedía en un cuarto la negra que conocen nuestros lectores.

Con ella había partido Catalina los pocos pesos que la casualidad ó la suerte ponía en sus manos.

Y aquella negra la socorría también en todo cuanto le era posible.

Cocinera en una casa de familia, llevaba todas las noches una buena cantidad de pan y sobrantes de comida, con los que cenaban las dos en fraternal armonía.

Pero sucede que la mayor parte de los días, Catalina no se hallaba en casa, pues salía por la mañana á vagar las calles y se había juntado con un par de amigas de aquellas que no había ya reprimeda que les viniera bien.

Y en esa compañía vagaba las calles á asistía

á reuniones descomunales donde la moral dejaba siempre un largo girón.

Abandonada de todos, de nadie se recataba, siendo su única venganza exhibir los andrajos de su escasa ropa por los parajes más centrales.

Después de tres ó cuatro días de esta vida formidable, regresaba al rincón que le concedía la negra, donde descansada otros tres ó cuatro, comiendo bien y riendo siempre como si nunca hubiera conocido una existencia mejor y más acomodada.

—¡Pero niña!—solía decirle la buena negra— ¿por qué no busca un conchavito para arrancarse de esa vida que no le conviene? así tendría su tiempo ocupado y podría ayudarse mucho.

—No seas zozna! ¿quién me va á querer conchavar á mi? ¿no sabes que tengo una maldición encima?

Además, esta vida me conviene, es la única manera que tengo de engañar la desesperación que me roe las entrañas.

—Pero niña, piense que algún día puedo morirme yo, y ¿cómo va á quedar usted sola y des-



amparada? ¿quién va á darle de comer si usted no quiere buscárselo?

—Dios proveerá—cómeré en los cajones de basura como otras muchas; y para remojar esa comida como Dios manda, no faltará quien me alcance un par de pesotes.

Tengo amigas muy industriosas, si vieras! son capaces de espichar una pared!

Y reía como una loca, pues ya entonces su razón se hallaba bastante alterada.

Entre sus amigas contaba en efecto con algunas de aquellas mujeres en las que el vicio ha hecho presa bajo todas las formas y todos los aspectos: borrachas consuetudinarias que soltaban la limeta para empuñar el naipe y cuya palabra hubiera provocado el asombro de un veterano.

La pobre negra la veía llegar muchas veces acompañada de un par de amigas de esta calaña y no podía contener la pena que saltaba á su corazón y era entonces que le daba sus más saludables consejos.

Pero ya Catalina no estaba en estado de es-

cucharlos, y concluía por pedirle que se dejara de incomodarla.

—Si te soy un estorbo le decía, si te pesa el rincón que me dás, dímelo con franqueza y me echaré el colchón al hombro.

La pobre negra callaba entonces y se consolaba con llorar, no atreviéndose á agregar una palabra por temor de que la niña fuese á hacer lo que decía, y se mudara Dios sabe á donde.

Y Catalina seguía la farra á que la arrastraban sus amigas, sin medir la profundidad del abismo á que rodaba de una manera terrible é inevitable.

Se amanecían en los bailes y velorios de último género, matando la noche y el recuerdo de sus desventuras, según decían.

Atorrantes verdaderas en todo el sentido gráfico de la expresión, no hacían la menor distinción entre el día y la noche.

La existencia se contaba entre ellas por acontecimientos que les servían para medir el tiempo que contaban desde que llevaron presa á Fulana, ó desde que asesinaron á Zutana, ó desde que tajearon la cara de Mengaua.

Y así hacían rodar la miserable existencia,

sin preocuparse lo más mínimo del día de mañana.

¿Y qué significaba para ellas el día de mañana sino la continuación ineludible del de hoy?

Catalina gozaba de cierto prestigio entre estas mismas amigas, prestigio que le daba su absoluta superioridad en todo y que ella solía hacer valer de cuando en cuando para obtener de ellas lo que quería.

Muchas veces sus ausencias de casa de la negra se prolongaban por quince días, al extremo de que la creía muerta.

Pero al fin aparecía más flaca, más amarillenta y con la ropa convertida en un solo girón.

Entonces, cuando la ausencia había sido tan larga, era mayor también el descanso.

Se tendía en su miserable colchón, única propiedad que le quedaba en el mundo, donde permanecía muchos días, hasta que alguna de las amigas iba á buscarla con el anuncio de alguna nueva diversión que duraba otra quincena.

Así se iba consumiendo esta existencia miserable, en una vida que no podría resistir la naturaleza más robusta.

—Y si usted se enferma niña, le preguntaba

entonces la negra, ¿qué va á ser de usted? Sujétese un poco y quédese quieta en casa porque el día menos pensado puede sucederle algún mal chasco.

—No seas infeliz, respondía—el día que yo me enferme ha de ser de muerte, y entonces cualquier cosa que me suceda me será indiferente.

Ahí está el hospital donde se puede ocurrir en último caso, y donde al fin y al postre he de acabar mis días, si Dios no me manda, como se lo pido, una muerte repentina.

Un día sucedió por fin lo que la buena negra había predicho en varias ocasiones.

Después de una ausencia de quince días, Catalina regresó al cuarto de la negra, y no fué poco su asombro al verlo ocupado por una italiana.

Preguntó por ella suponiendo que se había mudado y tuvo que escuchar una respuesta dolorosa, que le anunciaba su completa orfandad.

La pobre negra hacía once días que había muerto, víctima de una puntada al costado.

Preguntó por los muebles, por su colchón, pero nadie pudo indicarle qué fin había tenido

el miserable mueblaje, no se sabía quién lo había recogido.

—¡Aquí yace mi postrera esperanza! exclamó Catalina á la puerta de su último asilo y salió á la calle.

Ya no tendría más que los bancos de las plazas donde descansar las fatigas del cuerpo.

Y desde aquel día empezó para ella la verdadera vida de atorrante, que debía llevarla á la cama numerada del hospital de mujeres.

Durante el día vagaba las calles en compañía de sus amigas, y asistía con ellas á las farras que se armaban en casa de la una ó de la otra, farras que duraban muchas veces dos ó tres noches seguidas.

Pero estas tales orgías tenían sus buenos como malos días, tenía que irse turnando hasta que quedaba á vivir de la limosna que recogía y dormir en los bancos de las plazas bajo las recobas.

Fué entonces que se hizo más popular, pues aquellas dormidas al aire libre provocaban aventuras en las que tenía que mediar la policía.

En aquellos buenos tiempos la autoridad no

era tan severa con los que tomaban pensión nocturna en las plazas.

El dormir en un banco no era motivo para ser conducido á la comisaría; así es que los vagamundos tenían aquel recurso supremo.

Sin tener ya quien le tendiera la mano, ni quien le alentara siquiera con una palabra amiga, Catalina fué idiotizándose poco á poco, y dejándose arrastrar por el ejemplo del vicio hasta que perdió por completo toda conciencia de su estado y hasta de su sér mismo.

Todo había llegado á serle indiferente hasta la exageración: lo mismo le era quedarse en un banco sola su alma, que en otro donde dormía apasiblemente la tranca alguno de tantos bandidos que, como ella, no tenía más domicilio que aquél.

En la noche que la hemos visto entrar al hospital se había retirado de una rita, cuya duración fué de tres días con sus noches correspondientes.

Allí se había bebido con exceso y se habían hecho desarreglos de todo género, de modo que cuando se retiró, estaba ya enferma.

Dió vuelta por la ribera, haciendo tiempo pa-

ra que llegase la noche, y cuando las primeras sombras empezaron á envolver la ciudad, tomó el camino de la plaza del Parque, subiendo la calle de Cangallo.

Siendo aquella plaza la de más tupida plantación, ella le ofrecía una guarida más segura contra las sátiras de los paseantes y de los calaveras traviosos que concurren á las plazas á aquella hora para campear fruta pintona.

Allí se acurrucaba en un banco, bajo un mazo de paraisos, y evitaba, reduciéndose al menor bulto posible, la mirada de los concurrentes.

Aquella tarde se sentía enferma de una manera rara, que no dejaba de infundirle un temor serio.

Le parecía que el corazón se había dilatado de una manera inmensa y el aire faltaba á sus pulmones hasta el extremo de temer una asfixia.

Tuvo que detener el paso varias veces para no caer, pues temía no poder levantarse más.

Así llegó hasta el mercado del Plata donde se detuvo por centésima vez, teniendo que apoyarse en uno de los puestos de fruta para no caer á la vereda.

Le parecía que el corazón había crecido hasta sofocar los demás órganos y ya la respiración había llegado á ser materialmente sofocadora.

Se detuvo un momento y quiso seguir caminando para llegar más pronto á un banco, como quien se apresura á su cama antes que lo tome un chucho.

Pero no pudo dar un paso á pesar de los inmensos esfuerzos que hizo.

Sintió que su garganta se cerraba negando el paso á la respiración, que su corazón se dilataba más todavía, y dando un prolongado alarido, se desplomó sobre la vereda.

En el acto se juntó á su alrededor un gran número de curiosos, que comentaba á su modo el suceso.

—Es una muerta! pobre mujer! exclamaba uno  
—sabe Dios si no ha muerto de hambre!

—Qué muerta ni que muerta!—agregaba otro  
—alguna borracha á quien el aguardiente ha agarrado por los talones! su facha no es de otra cosa.

Y los comentarios seguían sin que una alma piadosa se comidiera á levantarla del suelo.



El frío era intenso y una lluvia menuda y penetrante contribuía á hacer más conmovedor el cuadro.

Y aquel cuerpo helado cubierto por unos andrajos mugrientos, seguía tendido en media vereda, sirviendo de tema á los comentarios de aquel público de curiosos, cruel y descomedido.

Por fin y después de cinco minutos que podían importar la vida de la enferma, se dejó ver la policía, representada por un par de aquellos honestos gallegos que la servían, quienes cargaron con aquel cuerpo exánime, que condujeron á la comisaría de la sección 3<sup>a</sup>.

Fué allí que la desventurada recibió los primeros auxilios, administrados por un boticario que se mandó llamar, auxilios que se redujeron á hacerle aspirar un poco de éter y darle unas fricciones sobre el corazón y los pulmones.

Media hora después, Catalina volvía en sí, en la comisaría, preguntando donde se hallaba.

—Está bajo el amparo de la autoridad, repuso el comisario—vamos á esperar un carrito que he mandado buscar á la policía y cuando venga la remitiremos al hospital.

—Prefiero ir á pie con tal de ir ahora mismo

dijo con voz desfallecida la pobre mujer: yo creo que me voy á morir de un momento á otro, y si esperamos más, entonces mi remisión sería inútil.

—Pero es que la noche está muy fría, llueve y quizás esto agrave su mal.

—Estoy acostumbrada á la interperie y sus rigores no pueden causarme mal alguno: hace muchos años que no tengo más techo que la bóveda del cielo y mi pobre cuerpo ha concluído por habituarse á todos los cambios del tiempo.

El estarme aquí sin ningún socorro médico es lo que puede apresurar mi fin: entonces, si se me quiere hacer algún bien, pido se me deje ir al hospital, sin pérdida de tiempo.

Ante estas razones cedió el comisario y dándole por compañía los mismos gendarmes que la habían conducido hasta allí, la remitió al hospital donde la hemos visto entrar y alojarse bajo el número catorce.

---

Los primeros días de su permanencia en el hospital. la pobre Catalina sintió aliviarse su mal de una manera notable.

La buena alimentación y el uso moderado del vino le habían devuelto parte de las fuerzas perdidas, y se encontraba más conforme.

Pero todavía no había podido habituarse á aquel estado de espantosa miseria y abandono.

Ni una sola persona se había acercado á informarse si aun estaba viva, ó había concluído de penar.

Y esto era lógico! ¿quién sabía que había ido á parar al hospital, llevaba per la hipertrofia que minaba su corazón sofocando sus últimos latidos?

Allí lloraba ella sus últimas lágrimas, completamente olvidada de todos!

Su situación era inconsolable!

Allí estaba rodeada de séres tan miserables como ella misma, á quienes el vicio y el abandono había llevado allí, y cuyos lamentos conmovían hasta las lágrimas.

Todas se quejaban hondamente de su infortunio clamando á la muerte amiga que debía arrancarlas á una vida de horribles martirios.

Una pedía que no abrieran su cuerpo y la dejaran gozar tranquila del descanso de la muerte.

Otra pedía le quitaran un dolor tremendo que le roía las entrañas, y aquella en fin suspiraba para que le dejaran ver á su hija, pues el próximo día de entrada ya sería tarde porque habría muerto.

Cuando los quejidos se hacían fuertes y continuados, se acercaba la enfermera y les imponía silencio de la manera más brutal.

Y las pobres tenían que obedecer por no ser tratadas con todo el rigor del régimen interno del establecimiento.

Allí se perdía hasta el derecho de llorar sus males—era prohibido por las enfermeras el quejarse en alta voz.

La primera vez que Catalina oyó á una enferma pedir no la sometieran á la autopsia, sintió un horror supremo, y preguntó á la pobre enferma qué significaba aquello.

—Nosotras somos el libro de enseñanza de los hospitales contestó aquella infeliz—una vez muertas, pasamos á ser propiedad del médico y los practicantes que, extendiéndonos sobre una mesa de marmol, nos despedazan el cuerpo para ver cual ha sido la enfermedad que ha concluído con nosotras.

Los trozos de nuestro cuerpo se reparten entonces como materia de estudio una vez que se han servido de ellos, los arrojan sabe Dios donde!

Un estudiante de medicina que conocí yo en tiempos más felices, me ha explicado todo esto, con detalles mucho más tremendos: por eso es que yo pido que una vez muerta me dejen descansar en paz.

Al oír esto, Catalina sintió enderezar la mata espesa de sus cabellos, á impulsos del horror, y ya se vió extendida sobre la mesa del anfiteatro y se sintió dividir en múltiples pedazos que se repartían los estudiantes, y se arrojaban á la cara con una impiedad espantosa.

Catalina lloró amargamente toda aquella noche, y en los cortos momentos que logró dormirse, soñó con una porción de escenas análogas.

Al día siguiente, cuando el médico se presentó á pasar la visita, tenía los ojos enrojecidos por el llanto y su respiración era más fatigosa que de costumbre.

Notando el médico que el estado de la enferma había sufrido una brusca alteración, le preguntó si sentía alguna novedad.

--No señor, repuso Catalina, yo me he empeñado por algo que he sabido, y que es demasiado horrible.

Y con infinita amargura refirió cuanto había dicho el día anterior la desgraciada número ocho.

— Y yo tampoco quiero que me despedazen continuó, si no me promete Vd. que seré enterrada sin que toquen á mi cadáver, prefiero irme á morir en media calle!

— No tema Vd. señora, dijo el médico con acento bondadoso, y mirando de uno manera severa á la número ocho.

Eso no se hace sinó en los raros casos de enfermedades completamente desconocidas, para indagar la causa de la muerte.

Usted está libre de eso, en primer lugar, porque por ahora está Vd. muy lejos de la muerte, y en segundo, porque su enfermedad es tan sencilla como conocida.

No tenga entonces el menor temor de tal suceso, porque son locuras de aquella infeliz.

— Lo comprendo que todo eso me lo dice Vd. por consolarme, pues demasiado conozco que me quedan muy pocos días de vida: y es mejor así porque ya estoy cansada de sufrir; le muer.

te será recibida por mí como una señal de que Dios perdona todos mis errores, pero para morir tranquila quiero que usted me prometa que no ha de permitir estudiar sobre mi cuerpo.

—Como sé ciertamente que lo que es de esta vez Vd. no muere, no tengo inconveniente en prometer cumplir su deseo: esté pues tranquila y no se preocupe más de estas cosas que no son sino sueños de la cabeza debilitada y enferma de la número ocho.

—Pobre de mí, dijo aquella llorando amargamente, quiera el cielo que así sea!

Catalina quedó más tranquila desde aquel momento, pues se explicaba perfectamente las razones que le había dado el médico.

Pero pocos días después pudo observar cuanta razón había tenido la infeliz número ocho para suplicar que no la llevaran al anfiteatro.

Cinco días después de aquella conversación que Catalina no podía olvidar, la número ocho tuvo un violento ataque [que hizo temer por su vida.

Acudió primero el practicante y poco después el médico del hospital, que vivía en la misma

casita que ocupa hoy el sabio doctor Samuel Molina.

Todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles.

En vano se le prodigaron las atenciones más esquisitas, la número ocho dejó de existir al cabo de dos horas de sufrimientos indescriptibles y sin cesar un solo momento de pedir que no la llevaran al anfiteatro, que la dejaran descansar en paz, que harto había sufrido durante su vida.

Las camas ocho y catorce estaban situadas una frente á la otra, de modo que Catalina estaba forzada á mirar cuanto pasaba en el lecho de su vecina.

De pronto todo lamento cesó, se sintió primero la respiración fatigada de la enferma, á la que se sucedió el silencio helado de la muerte.

—Pobre infeliz! exclamó el practicante en voz baja, al fin ha dejado de padecer!—y le cubrió el rostro con las ropas de la cama.

Catalina, en el colmo del horror, cerró los ojos para no seguir viendo.

Pero entónces escuchó la voz del practicante,



que pronunció palabras que helaron la sangre en su corazón.

El doctor ha dispuesto que lleven este cuerpo al anfiteatro—dijo el practicante: es preciso hacerle la autopsia.

Catalina hubiera lanzado un grito imposible de traducir si el más hondo espanto no hubiera ahogado su voz.

Pobre número ocho! había tenido razón en sus lamentos! luego era cierto cuando había referido!

Desde aquel momento puso toda la fuerza de su voluntad en curarse: ya no quería morir, el hospital le causaba horror.

Creía que todas las enfermas que morían eran sometidas á la autopsia, y al pensar que ella sería una de tantas, un frío glacial recorrió todas sus venas.

A los diez días de estar en el hospital, se sintió mejor, al extremo que el médico le permitió levantarse y salir al gran patio á tomar el sol del medio día.

Con qué placer infinito la pobre mujer se

sentó bajo los rayos del sol, al lado de un arbolito!

Cada paso que daba por el inmenso patio le parecía un paso que la alejaba de la mesa del anfiteatro.

La fisonomía pálida y moribunda de la número ocho, se le había grabado en la imaginación de una manera indeleble.

A cada momento cría verla clamando porque no le hicieran la autopsia!

Catalina siguió levantándose por espacio de varios días: la idea de que muy pronto saldría del hospital había levantado su espíritu, al extremo de sentirse presa de una alegría dulcísima.

Entonces, acompañada de las enfermas convalecientes, recorría los patios y jardines del hospital, haciendo interiormente los más serios proyectos de reforma.

A veces, sentada en un banco y rodeada de aquellas infelices que como ella, esperaban ser dadas de alta muy pronto, les refería la historia de sus infortunios y como había venido ella á pagar el crimen de un miserable.

Y las otras enfermas, al conocer la brillante

posición que ella había ocupado, la escuchaban con profundo respecto unas, mientras que otras creían que todo aquello eran fantasías de un cerebro desequilibrado.

Daba pena entonces escuchar el acento de supremo dolor con que hacía estas narraciones.

—Qué feliz era yo entonces, decía, cobijada bajo el ala de la fortuna, acariciada por el amor de los míos y la admiración de los estraños.

Mi belleza era proverbial entonces, y una mirada mía se disputaba como prenda de felicidad.

Oh! yo debía haber muerto entonces, si mi vida iba á tomar un giro tan terrible!

Así no hubiera penado tanto, ni hubiera marchado bajo una eterna calamidad y sobre todo género de desventuras.

¿Qué me queda hoy de todo aquello? lo que queda al esqueleto de su vestimenta de carne: lo que queda en un edificio faustoso devorado por el incendio!

Y aquella infeliz rompía á llorar entonces con toda la amargura de su alma.

Todo ha desaparecido de mi lado, cariño, riquezas, hermosura, juventud y calor—creo que

hasta siento en mi pecho el corazón como un pedazo de hielo.

Y es tan lejano el recuerdo de aquellos tiempos venturosos, que muchas veces pienso que todos ellos no son más que visiones fantásticas de mi espíritu fatigado y hambriento de felicidad!

Pero todo es cierto—hubieron labios que me acariciaron con palabras de amor infinito, ojos que vivieron de mi belleza, espíritus pendientes de una sonrisa de mis labios frescos y bellos.

Y hoy no soy más que uno de esos armazones de espléndidos ramos de flores que después de haber alegrado y perfumado la alcoba y los sentidos, son arrojados al cajón de la basura, con sus flores marchitas y descoloridas que exhalan perfumes desagradables.

Y lloraba y lloraba, sin que bastaran á consolarla las palabras de los convalecientes que la escuchaban y de la misma hermana de caridad que la cuidaba.

—Yo no sé, agregaba, como el horror no me ha muerto, ya que la miseria no lo ha hecho!

Cuando comparo mi alcoba nupcial con el sitio que ocupa aquí mi cama numerada, me pa-

rece que ya debo haber muerto y que mi espíritu ha transmigrado al ser miserable que represento.

Y entonces acudía á su mente el recuerdo de Trápani, de Trápani tan cariñoso y complaciente que había derramado á su paso y á manos llenas, toda la felicidad que es capaz de engendrar el amor unido á la fortuna.

Y recordaba de qué manera fatal había muerto, por el error de un médico que no había sabido distinguir la muerte real de la muerte aparente.

Trápani enterrado vivo! este era uno de los grandes dolores que lloraban sus ojos, era esta la mayor tortura de su corazón.

—Es que el sér humano hasta del dolor hace costumbre, decía entonces; sino este golpe me hubiera llevado á la tumba, no lo habría podido resistir mi corazón.

Mi vida desde entonces, puede decirse que ha sido una borrasca perpétua—he tratado de olvidar por medio de distintas sensaciones, embruteciendo mi razón y haciéndome insensible á todo —y he olvidado al fin, aunque temporalmente—he olvidado, y es por esta razón que he podi-

do sobrevivir á mis grandes infortunios aunque de una manera miserable é incomprensible.

Aquí he encontrado una puerta de olvido desconocida para mí: la caridad.

Si como el médico me lo dice, mi mal no es de los que matan y llego á curar, he de quedarme aquí á curar la agena llaga con la misma pasión que he abordado las mías—la práctica de la caridad es también un gran consuelo, que yo no conocía y que aprendí aquí—ella por lo menos engendra el cariño y la gratitud en aquellos que reciben el bien de nuestras manos.

En medio de mis desgracias y las injusticias conmigo cometidas, yo había llegado á odiar y despreciar la humanidad, con todo el rencor de mi alma.

Y sin embargo hoy veo que todavía hay algo digno de cariño y de respeto, que cura la llaga agena por el solo placer de hacer bien y sin mirar siquiera el cuerpo que la ostenta. •

Bendita sea entonces la caridad que, después de haber curado mi cuerpo, abre en mi alma una fuente de consuelo! veo en ella que aun hay algo que puede hacerme llevadera la vida.

Después de estas conversaciones, Catalina se

sentía más conforme y más contenta, la sonrisa volvía á renacer en sus lábios y se sentía mover á impulsos de una nueva vida.

Decía á las hermanas que creía que al fin Dios se había apiadado de ella y la había perdonado.

Había un día en la semana, que era de suprema amargura para ella: el día de visita pública.

Era la única enferma para quien la vida no guardaba el menor recuerdo!

Todas las enfermas del hospital recibían la visita de sus familias, de sus parientes ó de sus simples amigas.

Quien acariciaba de una manera infinita la angélica cabeza del hijo querido, quien oprimía contra su corazón á la tierna hermana, quien estrechaba la mano leal de la amiga, portadora de un socorro y de una flor, quien en fin quemaba sus lábios ardientes y apasionados sobre los labios del amante ó del novio!

Para todas había una caricia, para todas había un consuelo y una esperanza solo ella permanecía allí, olvidada sin que le fuera ofrecido tan solo la más indiferente de aquellas miradas.

Entonces su llanto era verdaderamente amargo é inconsolable, pues la realidad de su vida se le ofrecía en toda su deforme desnudez.

—No tendré, pensaba, ni siquiera una mano amiga que cierre mis párpados, cuando la muerte robe á mi cuerpo la poca vitalidad que le queda.

Las nobles damas de Beneficencia que conocían su nombre y su historia, la socorrían continuamente con ropas y dinero, recomendándola á hermanas y enfermeras.

Pero esto no bastaba á calmar la inmensa sed de cariño que se había apoderado de Catalina en sus últimos tiempos.

Ella necesitaba amar y tener quien la amara también y entonces recorría como un vértigo en su recuerdo, todas aquellas personas con quienes la había ligado la amistad, aunque lejana.

Pobre Catalina! triste, muy triste se le ofrecía el final de su jornada!

---



## En el Ataud

---

El médico se acercaba con frecuencia á su cama, por pura fórmula.

Ya sabía él que la muerte de aquella enferma era inevitable y la misma enfermedad no ofrecía para él nada digno de observación ni nada extraño.

Era la marcha lógica de un mal, harto conocido para la ciencia.

Había días en que ella se sentía perfectamente bien: paseaba los patios espaciosos del hospital y se entretenía en cuidar las plantas ó conversar con las demás habitantes de tan triste morada.

Otros días no abandonaba la cama, acosada por agudos dolores ó sofocada por su corazón horriblemente dilatado.

Pero este estado no duraba más de uno ó dos días, al cabo de los cuales se levantaba como si estuviera buena.

La vida arreglada que llevaba, y la alimentación sana y nutritiva que se le daba, la habían transformado, á pesar de su penosa enfermedad que le devoraba el físico poco á poco.

Catalina se había repuesto, comparativamente y hasta podía decirse que había embellecido, porque su color se había modificado y las órbitas se habían llenado un poco: sus ojos brillaban de una manera más límpida y sus lábios habían recobrado algo de su color.

—Me parece que pronto vamos á tener que extenderle el alta, le decía el buen doctor compadecido de la enferma: ya asoman á la cara los colores de la vida.

—Dios lo oiga! Dios lo oiga! decía ella, y aunque yo no saldré más del hospital, deseo poder estar pronto en estado de empezar mi nueva vida útil á los demás.

Una mañana se sintió mal y con muchas ganas de llorar.

Sentía el pecho lleno por el volúmen de su

corazón y un desconsuelo que jamás había experimentado.

Sin saber por qué, aquel día le había dado por pensar en la muerte, diciendo que algo interno parecía decirle que aquel era el último día de su vida.

Consultado el médico, le dijo que aquello era una simple aprensión, pues lejos de haber empeorado, su convalecencia iba adelante, hasta el punto de poder asegurarle que muy pronto la daría de alta.

—Cosa extraña! decía Catalina, me siento morir en medio de un desfallecimiento dulcísimo y yo que tenía horror á la muerte, yo que hasta anoche mismo deseaba verme pronto buena, miro venir la muerte con cierto placer.

Una sola cosa me pesa hasta producirme un doloroso terror: el pensar que han de destrozarme como á la pobre número ocho, para ver en mis entrañas los estragos de mi mal.

Los sufrimientos tremendos de mi vida, me hacen acreedora á la compasión después de muerta—yo quiero que usted me dé su palabra de honor de que no se tocará mi pobre y descarnado cuerpo.

—Pero usted sueña, amiga mía, está usted tan lejos de la muerte, como yo mismo puedo estarlo á su juicio.

—Quien sabe! la misión del médico es también consolar, y cuando una enfermedad no tiene remedio, se suele usar del consuelo alejando toda idea de muerte!

Yo tengo ahora el presentimiento de la muerte, la creo inevitable en mí, y es por eso que le ruego me haga la gracia de mi propio cadáver—que no lo descuarticen, doctor!

—Pero sí yo le garanto que por ahora la muerte está muy lejos de usted!

—A pesar de eso! ¿tan duro le es á usted empeñarme su palabra de que no se tocará á mi cadáver?

—No quiero que usted crea que puede existir ni siquiera un peligro remoto—yo le prometo que su cadáver, dada la hipótesis de que Vd. muera será respetado y no entrará al anfiteatro.

—Gracias! á la pobre número ocho se le hizo igual promesa, y sin embargo, yo misma escuché la orden de llevarla á la sala de autopsias: apesar de esto, no sé porque creo en su palabra y tengo fe en que se ha de cumplir—de otro

modo moriría en medio de la desesperación más terrible.

—Yo nunca he faltado á mi palabra, terminó Señorans, y si es mi promesa lo que necesita usted para tranquilizarse puede estar tranquila, mucho más ahora, que el peligro de muerte es completamente imaginario.

Y se retiró dejando á la enferma más consolada aunque sin haber podido destruir la creencia de que el fatal desenlace se acercaba rápidamente.

—Es probable que el número catorce muera hoy, dijo á la hermana enfermera: si tal sucede, pueden enviar á enterrarla, porque no se le hará la autopsia.

Catalina siguió toda la mañana sumida en una languidez deliciosa.

Veía avanzar la muerte paso á paso, pero no la temía: la miraba con tranquilidad y hasta con delicia.

Después de las 12 llamó á la hermana que recorría la sala, y le dijo que sentía ya su próximo fin.

—Espero la muerte muy tranquila, le dijo,

porque el doctor me ha prometido que no me harán la autopsia.

El sin duda por no afligirme dice que estoy mejor y que por ahora no he de morir, pero mi corazón me sofoca ya, arrancándome toda duda.

—El médico sostiene que usted está bien, pero si usted piensa lo contrario y está tan conforme ¿por qué no recibe los auxilios de la religión?

—He pensado en eso hermana, pero no ahora; tengo un deseo irresistible de dormir—cuando despierte, le avisaré á usted para que me proporcione ese consuelo: si es que he de morir, quiero morir al amparo de la religión cristiana, porque aunque he sufrido mucho he pecado mucho también, hermana mía.

—Bien, descanse usted, descanse, dijo la buena hermana—cuando despierte yo le tendré todo pronto.

Catalina se dió vuelta del lado de la pared y quedó profundamente dormida: la hermana se retiró en puntas de pie para no turbar aquel sueño tan apacible.

Las cuatro de la tarde serían, cuando á la hermana le pareció que debía despertar á la en-

ferma para darle algún alimento pues aquel día no había probado nada.

Preparó una buena taza de caldo, y vino á despertarla, suponiendo que el buen caldo y un traguito de vino la ayudarían y darían ánimo para ponerse bien con Dios.

La llamó varias veces, pero la enferma no despertó.

—Duerme tan tranquilamente que me parece un crimen despertarla, pensó, y se retiró con su taza de caldo.

A eso de las 8, Catalina despertó, tomó el caldo, unos tragos de buen vino y volvió á dormirse sin dar tiempo á que viniera el sacerdote que fué á buscar la hermana.

Cuidadosa esta por el sueño tan persistente, fué á consultar al practicante, quien le dijo que la dejara dormir cuanto quisiera.

—Durmiendo descansa bien, dijo, y se aliviará algo hasta que venga la muerte, desenlace inevitable de su enfermedad.

Durante aquella noche y cada media hora, la hermana se estuvo acercando al lecho número catorce para observar á la enferma, pero ésta ni

siquiera había cambiado de posición—dormía con la mayor tranquilidad y dulzura.

Cuando el doctor vino á la visita, aún no había despertado.

—Duerme, duerme desde ayer á la tarde, contestó la hermana, con una tenacidad que me tiene alarmada.

—Ha dormido todo el día y toda la noche, sin haber despertado una sola vez.

—Bien, contestó Señorans tristemente, como si presintiera una desgracia: recuérdela usted suavemente, para que esté despierta cuando yo llegue á su cama.

Cuando la hermana se retiró, dijo el doctor á sus practicantes.

—Es raro que no haya muerto mucho antes! era una hipertrófia capaz de aniquilar el corazón de un toro, no sé cómo esa infeliz ha podido resistirla tanto tiempo.

—Es cierto replicó aquel, era una naturaleza de un vigor insospechable—tendremos una buena autopsia.

—No, y lo siento mucho, porque sería muy interesante: le he prometido que nadie tocaría á su cadáver y por esta vez quiero cumplir mi



promesa: no sé por que esa mujer desventurada me mueve á una compasión tan íntima que ni siquiera deseo ver su cadáver, si como me sospecho ha muerto.

Es sensible porque la dilatación del corazón debe ser enorme —pero no importa, ya tendremos otros casos análogos.

—La vida de esa pobre señora, sobre todo en sus últimos tiempos ha de haber sido espantosa.

Quien había de decirle á ella que vivió en medio del lujo más desmentido y de los más cariñosos ánimos, que había de tener un fin tan dramático y miserable.

---

Entre tanto la hermana enfermera se había acercado al número catorce para recordarla, como lo había pedido el médico.

La enferma, dada vuelta á la pared, conservaba la misma posición en que se había dormido la noche anterior: parecía no haber hecho un solo movimiento.

La hermana la llamó dos veces suavemente, pero no logró despertarla.

Deseando hacerlo antes que llegara el médico, fué á moverla con la mayor delicadeza, y al obtener que el cuerpo ofrecía una dura resistencia á la presión de la mano quedó aterrada.

Para una persona práctica como ella en el manejo de enfermos la verdad no podía ocultarse mucho tiempo.

Le tocó entónces el semblante y retiró la mano conmovida y horrorizada: aquel semblante á que la muerte había embellecido, estaba helado y cadavérico.

No había allí que vacilar: el número catorce había muerto, hacía ya muchas horas.

La hermana cubrió con la punta de las sábanas aquel semblante lívido y esperó orando piadosamente, que se acercara el médico.

Este desde lejos había visto todo lo que hizo la hermana, y comprendido lo que pasaba, así es que apenas llegó á su lado preguntó—¿ha muerto nó?

—Si señor, y por la frialdad del cuerpo, parece que hace mucho tiempo que la muerte se ha producido.

Tan esperado era aquel suceso, que la fisonomía del médico no se alteró en la menor contracción.

Descubrió el semblante de la enferma y lo examinó breve pero atentamente.

Aquel semblante que podía decirse diáfano, estaba bello, asombrosamente bello.

Sus negros y grandes ojos abiertos aún, conservaban el brillo extraño, apesar de la muerte —parecía que aún la retina podía ser herida por las imágenes que tenía delante.

Toda la fisonomía ofrecía un aspecto raro é imponente que solo la muerte es capaz de imprimirle.

Parecía que sus facciones se hubieran afinado y embellecido con la muerte, volviendo á reaparecer en ellas la suprema belleza que habían tenido treinta años antes.

No parecía la misma mujer que había entrado al hospital un mes antes.

Era una espléndida cara de mármol con los ojos de un vivo, pues su pupila negra é intensa conservaba toda la expresión debida y toda la luz que irradiaron en sus mejores tiempos.

Qué contraste raro y fantástico ofrecían aque-

ilos dos ojos vivos en aquella cara helada por la muerte.

Tanto el doctor como el practicante, no podían separar los suyos, de aquella cara fuertemente interesante y de aquellos ojos que miraban así desde otra vida!

El doctor escuchó el corazón, pero no se apercibía nada parecido á latido--el cuerpo estaba tan frío como el semblante: observó el pulso, queriendo encontrar algún resto de vida.

¿Pero qué movimiento podía haber allí, cuando el corazón estaba parado?

El doctor Señorans se retiró del lado de la cama, sin dejar de observar aquellos ojos que parecían seguirlo con su mirada inmóvil.

--¿Qué se hace con ésta? preguntó discretamente la hermana, viendo que el doctor nada le decía, como era de práctica en tales casos.

El practicante miró con expresión de súplica, esperando que fuera enviada á la sala de autopsias, pero Señorans fué leal en su promesa.

--Llévenla al depósito fúnebre, dijo y pueden mandar enterrarla no mas; yo prometí que así había de hacerlo.

Y se arrancó como haciendo un supremo es-

fuerzo, á la atracción particular de aquellos dos ojos.

La hermana entónces, sin dejar de orar por el descanso de aquella, cerró piadosamente sus párpados, para huir también á aquella mirada sobrenatural.

---

Momentos después el cadáver de Catalina era conducido al depósito fúnebre.

Aquel día y el anterior, habían sido fatales para el hospital.

En el depósito fúnebre se veían tres cadáveres, sin contar los que ya se habían mandado sepultar por la mañana.

En sus respectivos cajones de pino, cada uno de aquellos cuerpos esperaba su turno para ser conducido al sitio del eterno descanso, donde se estrellan todas las miserias de la vida.

Catalina fué acomodada y clavada á su vez, en uno de aquellos cajones miserables y débiles hechos así, además de la economía municipal,

para facilitar la más pronta asimilación del organismo á la madre tierra.

A eso de las dos de la tarde, vino el carro y se llevó dos cajones, quedando los otros para el tercer viaje de aquel día de muerte, que se hacía una ó dos horas después.

Pero el carrero, por inconvenientes ajenos á su voluntad, demoró más de lo que era de esperarse y recién á las cuatro y media llegó al hospital.

Se le había roto una rueda y fué necesario perder más de una hora en componerla.

El cochero hizo presente que ya era tarde y que los enterradores se iban á negar á recibir más cajones.

Pero las hermanas, que eran poco amigas de que los cadáveres pasaran la noche en el hospital ordenaron, en nombre de la superiora, que los dos últimos cajones, fueran conducidos á la Recoleta, que aquello no era sinó un pretesto que la haraganería sugería al carrero.

Este cargó de muy mala gana aquellos dos últimos cajones, y emprendió su tercer viaje al campo santo, donde llegó después de la cinco y media.

En aquel momento salían los dos últimos enterradores, que habían quedado hasta esa hora por un exceso de quehacer.

—Vaya que á todos se les ha antojado morir-se en este día! exclamó uno de ellos, como si aquí no fuéramos más que máquinas de enterrar!

—Que le hemos de hacer amigo! respondió el carrero, con su filosofía especial —nadie se muere porque quiere y cuando la muerte llega no hay que mezquinarle el cuerpo!

—Sí, pero nosotros no somos de piedra y ya hemos concluido nuestra tarea de hoy que ha sido muy recargada.

Por también que nos paga la municipalidad para que compadree con nuestro trabajo!

—Y que le vamos hacer, en el mismo caso estoy yo,\* pero tengo que hacer lo que me mandan.

Ya les dije que era tarde pero no hubo tutía: que cargue! dijeron, y no tuve más que cargar «y á volar que hay chinches».

—Pues por eso mismo, contestó el enterrador que ya se había echado el saco al hombro— por eso mismo volamos nosotros.

Hasta mañana no se entierra, amigo no hay

cuidado que por esperar no se han de cansar esos!

—¿Y dónde dejo la carga? porque lo que es yo no vuelvo con ella al hospital—no tengo necesidad de oír gruñidos ni retos.

—Pues deje la carga depositada en la capilla y mañana serán los primeros que atendamos.

—Bueno, pero siquiera echenme una manito que por esto no se les van á escaldar las manos!

—Ya bueno, dijo el enterrador sacudiendo la ceniza á su pito, pero eche pronto que ya es tarde y el puchero nos espera.

El carrero, ayudado de los enterradores, bajó los dos cajones y los condujo á la capillita del cementerio, donde debían quedar hasta la mañana siguiente.

Concluida la operación, cada uno tomó por su lado, satisfecho de haber terminado la tarea de aquel día, que parecía haber sido excesiva para todo.

---

Sería las doce de la noche más ó menos, cuando el encargado de la Recoleta, un bueno y



honesto genovés, sintió grandes voces y gritos, como si alguien pidiera socorro.

El fuerte viento que se había levantado esa noche, agitaba los árboles de una manera impetuosa, produciendo un ruido que ahogaba todo rumor un poco lejano, así es que impedían al buen genovés entender lo que significaban aquellos gritos.

La lluvia que había empezado á caer copiosamente, al chocar en los cristales de los sepulcros, aumentaba el bullicio, de modo que los gritos solo se oían á largos intervalos.

El genovés se echó de la cama al suelo y saliendo á la puerta de su covacha, se puso á escuchar atentamente y á discurrir qué podía ser aquello.

Pero solo pudo oír gritos entrecortados, que le pareció provendrían de alguna pelea.

En un momento que el viento y la lluvia hubieron calmado oyó que sacudían violentamente la puerta de reja y una voz que parecía pedir socorro.

Oh! siempre lo mismo! pensó el buen genovés—algún escándalo en la calle, de borrachos

peleadores! y se entró á su covacha á continuar el interrumpido sueño.

Por aquellos tiempos habían tenido lugar algunos escándalos á inmediaciones de la Recoleta, escándalos que habían escarmentado al genovés, de prestar socorro á nadie, pues una noche lo habían desmayado de un garrotazo.

Así es que se tapó hasta las orejas porque los gritos no volvieran á interrumpirle el sueño, y quedó profundamente dormido.

Entre tanto aquellas voces provenían de algo muy diverso, á lo supuesto por el guardian de los muertos.

Los gritos los lanzaba, con una angustia suprema, una mujer que, parada ante la reja de fierro la sacudía con una desesperación espantosa.

¿Qué hacía aquella mujer, á tales horas, turbando con sus gritos la imponente quietud del campo santo?

Aquella mujer no era otra que Catalina, que pasaba por la situación más desesperada de su desventurada existencia.

He aquí lo que había pasado, según todos los datos que tenemos y la versión de personas de

aquella época que recuerdan con horror aun aquella triste tragedia.

A eso de la una de la noche, Catalina, que no estaba muerta, sinó bajo un terrible ataque de aquellos que aparentan una muerte perpétua principió á volver en sí dentro del ataúd donde había sido clavada.

El aire apenas penetraba por las junturas del cajon torpe y ligeramente hecho como todos los de hospital, y la respiración principiaba á hacerse imposible.

Catalina fué á incorporarse y su cabeza chocó contra la tapa del cajón—quiso estirar los brazos y estos tropezaron con las maderas que encerraban el cuerpo.

Con un terror imposible de pintar ella comprendió al momento lo que había ocurrido y su desesperación fué entonces espantosa.

Había sido enterrada viva!!

¿Cómo describir todo el horror de situación semejante?

El recuerdo de Trápani acudió á su memoria y el terror que experimentó la privó un momento de toda acción.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que fué encajonada?

Esta era la duda tremenda que acudía á su imaginación, haciéndola agitarse en una convulsión espantosa.

Si estaba aún en el hospital, aquello podía tener remedio, pues lo más probable era que la sintieran si llamaba.

Pero si estaba ya enterrada ¿cómo iba su voz á hacerse oír sobre la gruesa capa de tierra que la cubría?

El momento no podía ser más tremendo ni más desesperante la angustia.

El ruido de la lluvia torrencial llegaba á sus oídos como una cosa lejana, lo que la hacía suponer hallarse en las entrañas de la tierra.

Momento terrible!

La pobre mujer desesperada y sintiendo asfixiarse, empezó á golpear la tapa del ataúd, y á hacer esfuerzos tremendos por levantarla, al mismo tiempo que gritaba con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero ningún ruido llegaba á sus oídos, acusando la proximidad de una persona viva.

Los esfuerzos, los gritos y el llanto, trajeron la fatiga consiguiente.

Los pulmones necesitaban más aire y la asfíxia principió con su agonía estupenda y su desesperación pavorosa.

Aunque el cajón era débil, estaba bien clavado por casualidad, siendo extrema la debilidad de Catalina, que no le permitía vencer aquellos obstáculos.

Sus dedos vertían sangre, despedazados en la juntura de la tapa, sin haber conseguido que ésta cediera un ápice.

El momento era ya supremo, dos minutos más de lucha y vendría la postración total detrás de la cual estaba la más tremenda de todas las muertes.

Para Catalina era indudable ya que se hallaba debajo de tierra y que el peso de esta era lo que le impedía hacer saltar la tapa.

Esta misma certeza hizo que la desesperación llegara al colmo; la pobre enterrada viva reunió todo su aliento en un esfuerzo espantable, é incorporándose lo más que pudo y apoyada la espalda en la tabla inferior, hizo la última tentativa

forzando la tapa con la cabeza, las manos y las rodillas.

Las tablas cedieron más pronto que los clavos y la tapa del cajón saltó hecha astillas.

Con qué delicia suprema aspiró la columna de aire fresco que penetró al ataúd y con que placer inefable se convenció que no estaba más que encajonada y que el entierro aun no había tenido lugar!

Creyéndose aun en el hospital, saltó del cajón con una agilidad febril y se dirigió rápidamente hacia la puerta, que dejaba penetrar una débil claridad.

—Me he salvado! gracias Dios mío! gritó saltando afuera, donde fué detenida por la lluvia y el viento.

¿Dónde se hallaba? ¿en el patio del hospital ó en algun depósito fúnebre donde había sido llevada para hacerle la autopsia?

Los relámpagos que se seguían uno á otro, se encargaron de revelarle el tremendo misterio.

Se hallaba en el campo santo, insepulta por una casualidad que la arrancaba de una muerte monstruosa por la que tantos habían pasado.

Catalina sintió que la sangre se agolpaba á

su cabeza escureciendo su razón, y temió volverse loca.

Fue entónces que, viendo la reja á la luz de un relámpago, se prendió á ella en medio de la desesperación más aterradora, y empezó á sacudirla dando aquellos terribles gritos que habían despertado al guardian del cementerio.

La lluvia caía á torrentes sobre su cabeza, y el viento agitaba sus escasas ropas que, pesadas por la lluvia azotaban sus piernas.

Catalina empezó á ver visiones horribles; esqueletos, que bailaban á su alrededor entonando canciones acompañadas por el castañeteo de sus huesos.

Le pareció que todas las tumbas se abrían y de cada una de ellas se asomaba un esqueleto repugnante que la llamaba riendo á carcajadas y le brindaba un sitio de reposo en su helada vivienda.

É iban saliendo de sus cájones, que producían al abrirse ruidos siniestros é imponentes y se le aproximaban para tomar un sitio en aquella fiesta infernal.

—Por Dios! gritaba la infeliz ya media loca—

no me lleven, no me hagan mal, que yo no los he ofendido! yo no quiero morir todavía!

Y los esqueletos de huesos blancos, y algunos vestidos aun con girones de carne ó pedazos de cabellera, respondían á sus súplicas con carcajadas estridentes y canciones siempre acompañadas por el choque de los huesos.

Aquello era ya más de lo que humanamente podía soportarse sin perder la razón.

Catalina se prendió á la reja ya con la desesperación de la locura, y la sacudió en un último esfuerzo, como si pretendiera arrancarla.

Entonces le pareció que aquellos esqueletos se agitaban en una danza imponderable, le pareció algo más horrible todavía.

Creyó que uno de aquellos cadáveres que aun no había perdido toda su carne, se le aproximaba tendiéndole los brazos y exalando un olor imposible de clasificar: el olor que despiden los cadáveres en el segundo periodo de descomposición y que dura semanas enteras en el olfato del que lo ha aspirado una sola vez.

Catalina quiso gritar y la voz se ahogó en su garganta, quiso huir de allí pero no pudo arran-



car los piés del suelo ni las manos de los barrotes de la reja.

Y el cadáver aquel, nauseabundo y sonriente, seguía aproximándose, siempre tendiéndole los brazos y siempre sonriendo con su boca sin lábios y su cara sin mejillas.

Hubo un momento en que creyó sentir sobre su frente el hálito helado de aquella boca espantosa, y sobre sus hombros el contacto de aquellas manos descarnadas, mientras los demás esqueletos le gritaban:—ese es el compañero que te hemos elegido en el mundo de los muertos.

Su cerebro no pudo resistir más la lucha que mantenía, hacía ya más de media hora, con aquellas crueles visiones y estalló por fin en aquella cabeza, á la que se agolpó toda la sangre.

Y al creer que el cadáver la agarraba para estrecharla sobre el pecho, lanzó su último grito y se desplomó, resbalando sus manos por el barrote á que se había agarrado.

Y aquella lluvia torrencial siguió cayendo sobre el cuerpo, ó mejor dicho, sobre el cadáver ya de aquella desventurada, muerta por la im-

presión que hizo en ella el hecho de verse enterada viva y aquellas visiones horribles.

A la mañana siguiente y cuando el encargado del cementerio vino á abrir la puerta, se encontró con aquel espectáculo conmovedor.

Prendida aún á la reja de fierro, y en un charco de agua, estaba el cadáver de la mujer de Alzaga, rígido y helado.

Repuesto de su primera impresión, acudió á la capilla donde sabía se hallaban los dos cajones del hospital, y tuvo entonces la explicación del enigma.

El cajón hecho pedazos, explicaba perfectamente la presencia de aquel cadáver—se trataba de una mujer enterrada viva, y la misma sin duda que había lanzado los gritos que lo sacaron de su primer sueño.

El genovés, no queriendo abrir la puerta por no mover el cadáver, saltó las paredes del cementerio y se fué á la comisaria respectiva, donde hizo una relación detallada de lo que acababa de ver.

La policía acudió entonces al cementerio, recogió el cadáver y llamó al médico de la repartición, quien constató por medio de una

autopsia, después de cerciorarse, que aquello era realmente un cadáver que:

La primera vez, aquella mujer, que aún no se sabía quien era, había estado muerta aparentemente, cuando fué encajonada, y que ahora la muerte había sido producida por un violento ataque á la cabeza.

La tragedia de la Recoleta hizo profunda sensación en la sociedad, á la que la prensa se encargó de hacer saber que aquella muerta de una manera tan trágica, no era otra que la mujer de Francisco Alzaga, vivo aún en un pueblito de Misiones y que á la fecha debe contar ochenta años de edad.

Las personas que lo han visto últimamente, dicen que vive unido á la paraguaya de quien hablamos anteriormente y que tiene ya un buen número de hijos.

Hé aquí narrado en sus menores detalles, uno de los crímenes que más han conmovido nuestra sociedad, por las personas que en él tomaron parte.

Mañana empezaremos la historia de otro, de igual fuerza dramática y de conmovedores detalles.



# UN SABIO

---

Al siguiente día de su llegada á Santander, ó acaso sin sacudirse el polvo del camino, dáse á conocer en tertulias y corrillos diciendo, con la mayor impavidez, que España es un país de estúpidos, y que la capital de la Montaña es el último rincón del país, puesto que no hay un solo montañés que conozca *la telematología*, ni la *filosofía del sentimiento estético en sus relaciones con la actividad del yo pensante, en, dentro, sobre, sobre en y por debajo de la conciencia universal*. Pero esta ignorancia no le sorprende en un pueblo en que *todavía* oyen misa los hombres que se llaman ilustrados, y desconocen á *Jeeéguet* (muy arrastrada la J) ó Hegel, como decimos las personas vulgares.

Y ahora que el lector sabe algo sobre la venida de este huésped, voy á decirle otro poco acerca de su procedencia.

La humana debilidad tiende, por instinto, á lo más cómodo, hacedero, y comprensible.

Por eso á los grandes apóstatas, aunque arrastrados á la apostosía por el demonio de la soberbia, ó de la codicia, ó de la concupiscencia, nunca les han faltado inocentes que formen su cortejo.

Pero llegó el siglo XIX, hijo legítimo de la glacial filosofía del XVIII y la masa dócil á tantas voluntades durante tantos siglos de controversias y de charlatanes, endurecióse como el mármol, y hasta el más lerdo se convenció de que en estos días esplendorosos, de luz y de *pronunciamientos*, ya no cabe el cisma, por la sencilla razón de que se separa de la verdad católica no es para proclamar otra *creencia*, sino para dudar de todas; y dudar de todas equivale á carecer de entusiasmo, que es hijo de la fe; y careciendo de fé y de entusiasmo, no cabe la disputa, ni por consiguiente la escuela. Es decir, que los disidentes de la verdad «ya no creen en brujas,» ó hablando más en carácter de *época*, están «curados de espantos», en plena *despreocupación*. Deducción lógica de esto: No puede darse una ocasión que sea menos á propósito que la presente para fundar sectas religiosas y sistemas filosóficos.

Pues bien, lector; en ninguna otra, después que el mundo es mundo, se han hecho mayores esfuerzos para arrastrar á la razón humana á los extremos que más la repugnan; jamás se ha visto mayor cúmulo de desatinos presentados como armas de seducción, unos en el campo religioso, otro en el filosófico y otros en el de la política: siendo inútil advertir que todas estas agrupaciones, tan diferentes entre sí, coinciden

en un punto: el consabido odio á *las viejas instituciones y creencias*.

Ni de los fundadores, ni de los pontífices, ni de los apóstoles (aunque todo ello suele andar en una sola pieza) de estas doctrinas, ni siquiera de los adeptos que lo sean *de veras*, voy á ocuparme aquí, gracias á Dios.

Pero es el caso que al rededor de estas colmenas de insípida melaza, bulle de continuo un enjambre de zánganos impresionables, que, so pretesto de un amor desmedido á lo *nuero* y á lo *fuerte*, pero incapaces de elaborar cosa propia, aunque sea mala, van chupando, á hurtadillas, cien desatinados de filosofía, cincuenta extravagancias de lo religioso y doscientas majaderías de la política: y con estas provisiones en el buche, mal digeridas, así por falta de jugos como por la indigesta condición de lo engullido, échase zumbando por esos mundos de Dios, y aun pretenden elevar su vuelo hasta las águilas, porque les han dicho que aquello que les nutre el menguado entendimiento se llama *ciencia moderna*.

Uno de estos *sabios* es el huésped consabido.

Y ya que tampoco ignoras de dónde viene, continúo leyéndote todas las señas particulares de su pasaporte.

Generalmente es *tipo* por su figura, ó por el corte de su vestido, y joven; porque no se concibe

que pueda llegar nadie á la edad de las canas con tantos grillos en la cabeza.

Ni la experiencia, ni la erudición más vasta en el campo de los *viejos sistemas*, le merecen el menor respeto; porque él ha asistido durante dos meses á una cátedra de filosofía krausista en la universidad de Madrid, y sabe, por boca de uno de los oráculos españoles de esta escuela alemana, que, « *cada filósofo debe construir su propia ciencia sin necesidad de abrir un libro.* » Y tan al pié de la letra ha tomado el consejo, á tal extremo ha llevado el asco á los libros, que ni siquiera conoce la gramática castellana.

Ya hemos visto, al dársele á conocer al lector, qué desparpajo le presta ó le infunde esta *ilustrada* ignorancia; más como aquella tesis la repite donde quiera que halla tres hombres reunidos, y como no es raro que entre tantos haya muchos á quienes sobre de buen sentido lo que les falta de *ciencia moderna*, su temporada de verano es una pelea sin tregua ni sosiego.

Porque es de advertir que, aunque de pronto se le escucha como quien oye llover, una vez *metido en barro* ya no hay paciencia que sufra tantas salpicaduras al sentido comun, única *ciencia*, á mi entender, que se *construye* sin abrir un libro, por la sencilla razon de que no hay libro que enseñe á construirla cuando Dios ha negado á alguno la *materia prima*.



Sin este lastre en la cabeza, claro es que, como todo lo henchido de aire, ó ménos pesado que él, este sabio, no bien se agita un poco, ya está dando tumbos por el espacio y perdiéndose de vista en el infinito. Por esto lo primero que *discute*, y con doble afán si hay mujeres en el auditorio, es á Dios, es decir, *al Dios de las viejas creencias*.

Eso de *Dios Trino y Uno*, tiénelo él por *logomaquia*.

La *conciencia humana* no siente este concepto *absurdo*; la mente por tanto, no le penetra, no le alcanza.

Entonces es la ocasión de echar atrás las solapas del levisac, poner la cara bosca, y lanzarse sobre los ignorantes con este párrafo que, segun el sabio, es claro, perceptible y concluyente:

—«*Dios es el absoluto ser, en su total unidad é integridad, como lo que es y de lo que es, en la esencial sustantiva unión y composición del ser y del existir, del conocer y del pensar, dándose y determinándose en, dentro y debajo de la unidad, sabiéndose de sí, para si y consigo, congrua, individual y homogéneamente, ántes y sobre toda determinación concreta de la materia cáotica en tiempo y espacio, medio en que lo objetivo y lo subjetivo recíprocamente comulgan.*»

En seguida apoya su aserto con la autoridad

de los *santos* padres ó pontífices de *su* iglesia, Krause, Sanz del Río y Salmeron, mira en derredor de sí con cara de lástima, y pasa á otra cosa.

Nada le *repugnaba* tanto cuando él *era* católico «por no disgustar á su *pobre* madre que creía como una *inocente* todas *esas cosas*,» como los milagros, lo sobrenatural; y lo del premio y el castigo inmediatos á la muerte del cuerpo, ni más ni menos que si Dios llevara una cuenta corriente á cada una de sus criaturas. Esto es empequeñecer la idea, á graviar á la razón humana, que es un destello divino, etc., etc.

Y hé aquí que comienza á cantar endechas al *espiritismo*, de cuya secta se declara partidario y hasta miembro integrante. Y siendo espiritista, cree, por ende, y así lo manifiesta, que los espíritus vagan por el espacio, ramoneando de planeta en planeta como carneros trashumantes, para purificarse por una serie de transmigraciones, hasta que Dios los llame junto á sí, después de juzgarlos dignos de Él; cree, por tanto, en los meta espíritus, y que el hombre está en la tierra de tránsito, procedente ya de otro planeta, ó de otra criatura de diferente condición social ó naturaleza, y ni siquiera niega que pueda él mismo haber sido asno tiempos atrás, por más que— ¡otro contrasentido!—no le guste que se lo llamen. En fin, repugnándole todo lo sobrenatural,

y hasta negándolo con indignación, nos cuenta entusiasmado que se pasa las horas muertas hablando mano á mano con el espíritu de Confucio... ó con el de Saicho Panza (pues inspirados *eruditos* hay en la secta, que se lo han tragado), si es *mediun*, por su propia virtud, y si nó, por la del hermano que la posee; y le cuentan que esto está perdido, y que la Iglesia caerá, que prevalecerá lo que quieran Bassols, Solanot y otros cuantos apóstoles de la doctrina famosa... Y todo esto y mucho más se lo cuentan en parábolas y rengloncitos entrecortados, que necesitan luego una interpretación no poco ingeniosa.

También en este trance tapa la boca á los incrédulos que se rien al oírle, con nombres propios. En seguida enjareta una letanía de los más sonados en España entre políticos y militares, los cuales sujetos hacen lo mismo que él, *aliquid amplius*, en esas conferencias con los espíritus; cuya prueba, no por ser irrecusable, porque es la pura verdad, levanta un ápice la cuestión ante el testarudo y arranciado sentido común que escucha al sabio; pues se obceca aquel inconquistable tribunal en sostener que en ninguna parte hay reunidas; en menos terreno, más extravagancias, más monomanías, más opuestas condiciones sociales que en un manicomio, y,

sin embargo, á nadie se le ha ocurrido tomar por lo sério aquella algarabía de insensatos.

Indígnale también que existan *todavía* hombres que se llaman ilustrados sosteniendo que la raza humana, entera y verdadera, procede de Adán. Parécele absurda esta *teoría*; y buscando otra verosímil, y hasta solar más noble á la humanidad, agárrase á Darwin, y pónese muy hueco al declarar con este otro sabio, que el hombre descende del mono—cosa que muchos *ignorantes* no negarían si todos los ejemplares de la especie fueron idénticos al preopinante.—Verdad es que el sustentar esta teoría le permite soltar la palabreja *antropiscos* ó *antropoides*, que no es despreciable para un sabio de su calibre, y tapar con ella el rqsuello al que le pregunte por la raza que debió llenar el abismo que separa al cuadrumano famoso, del más estúpido de los hombres... Por eso me gustan á mí los sabios (y no aludo ahora la de mi cuento): se tropiezan en sus investigaciones con un abismo sin fondo, y le cúbren con una palabra rimbombante; y saltando sobre ella, para no sentir el vértigo que les perdería, siguen adelante tan satisfechos como si la senda no tuviera un bache: todos ménos retroceder ante el precipicio, para buscar otro camino más seguro y más frecuentado. Digo esto, porque la tal palabreja es la tapadera que ponen los darwinistas sobre el

abismo de su peregrina teoría. ¡Como si el tal abismo no fuera para ellos toda la cuestión!

Volviendo ahora á nuestro sabio, digo que si logra hacerle descender de esas alturas en que se mece tan á su gusto, y bajar al mundo terreno, se le ve lanzarse rápido sobre la memoria de los grandes hombres; porque ésta es de las águilas que no pierden el tiempo cazando moscas. La calidad del auditorio es lo que menos le importa.

Así, por ejemplo, al primer tratante en caldos que halla á mano, le enreda en una discusión sobre Cervantes.

—*Concedo*—dice el *generoso* sabio—que no fué el autor del *Quijote* un hombre *enteramente vulgar*, teniendo en cuenta la época en que vivió; pero ¿qué materiales dejó preparados para la *arquitectónica* de la ciencia moderna? ¿No están sus obras impregnadas del estúpido fanatismo religioso? Lo mismo á él que á Calderon les faltó la *filosofía de la estética*, que les hubiera enseñado lo poco que valían sus creaciones *por sí, mediante, en, con relación al idealismo trascendental, en cuanto, sobre, antes y después de*.

Por el mismo procedimiento demuestra el *idiotismo* de Colon, la *candorosa* ignorancia de Agustín (como no cree en brujas, le suprime la santidad,) el espíritu *mezquino* de Raimundo Lulio, la *charlatanería* de Balmes; y la sublime metafísica de las coplas de Mingo Revulgo.

Ninguno de estos hombres, ni otros infinitos que cita sin pararse en barras, hicieron cosa alguna en beneficio de la humanidad *progresiva*; les faltó la gran idea del símbolo, del *schema*, ó sóase *la gráfica determinación en que la naturaleza y el espíritu se unen en forma de lenteja*.

¿Necesito añadir que la aspiración política de este mozo es ir tan lejos como puedan llevarle *las corrientes de la idea nueva*, ó los huracanes de la libertad de su altivo pensamiento?

Así es, en efecto; y conste que, según propia declaración, para colocarse en la senda que necesita su razón sin trabas ni cortapisas, ha comenzado por tomar en una *lógica masónica* el nombre de *Wamba*, y por jurar, *á oscuras*, sacrificarse en cuerpo y alma á la voluntad de un superior á quien no conoce, sin que le sea lícito preguntar jamás el *por qué* ni el *para qué* de los esfuerzos que se le *impongan*.

En fin, lector ignorante, después de volcar este ollon de potaje religioso—filosófico—político en plazas, casinos, tiendas y cafés, es cuando el sabio, para rematar la obra, encaja este ribete, respunteado con aires de protección y tono campanudo:

—Esto se llama, señores, estar penetrado del *ideal de la humanidad*; esa ciencia sublime, mediante la cual, el hombre, *artista de su vida*, de-

*terminándose en todas las esferas de la actividad, se hace divino en, bajo, mediante Dios.*

Mas á pesar de la sustancia de este luminoso dato, oigo al asombrado lector preguntarme: Pero ¿adonde va ese mozo con semejante galimatías en la cabeza?

¿Adonde vá?—En Madrid al Ateneo, si hemos de creerle.

En Santander, á lo que hemos visto, á difundir la luz, á tomar el aire . . . y, *aliquando*, á la ruleta.

Mañana . . . (si antes no se cura) al Limbo que es la mansión adonde van á parar los que en vida tuvieron la enfermedad debajo del pelo.

FIN

**OBRAS DE EDUARDO GUTIERREZ**

EDITADAS POR LA CASA N. TOMMASI

---

---

— SILUETAS MILITARES —

---

---

**A M O R F U N E S T O**

---

---

**El Asesinato de Alvarez**

---

---

***Los Enterrados Vivos***

CONTINUACION DEL ASESINATO DE ALVAREZ







A. BELOT

## LOCURAS DE JUVENTUD

en 32° de páginas 320

A. BELOT

## *La Boca de la Señora X.....*

en 32° de páginas 272

A. BELOT

## LA JUGADORA

en 32° de páginas 320

A. BELOT

## *La Mujer de Fuego*

en 32° de páginas 328

## LAS MIL Y UNA NOCHES

CUENTOS ÁRABES

*En 32° de páginas 484*

Edición ilustrada con ocho láminas

## NUEVAS PUBLICACIONES

E. GUTIERREZ

## SILUETAS MILITARES

AMOR FUNESTO

ASESINATO DE ÁLVAREZ \* LOS ENTERRADOS VIVOS

En venta en todas las librerías.



1896

